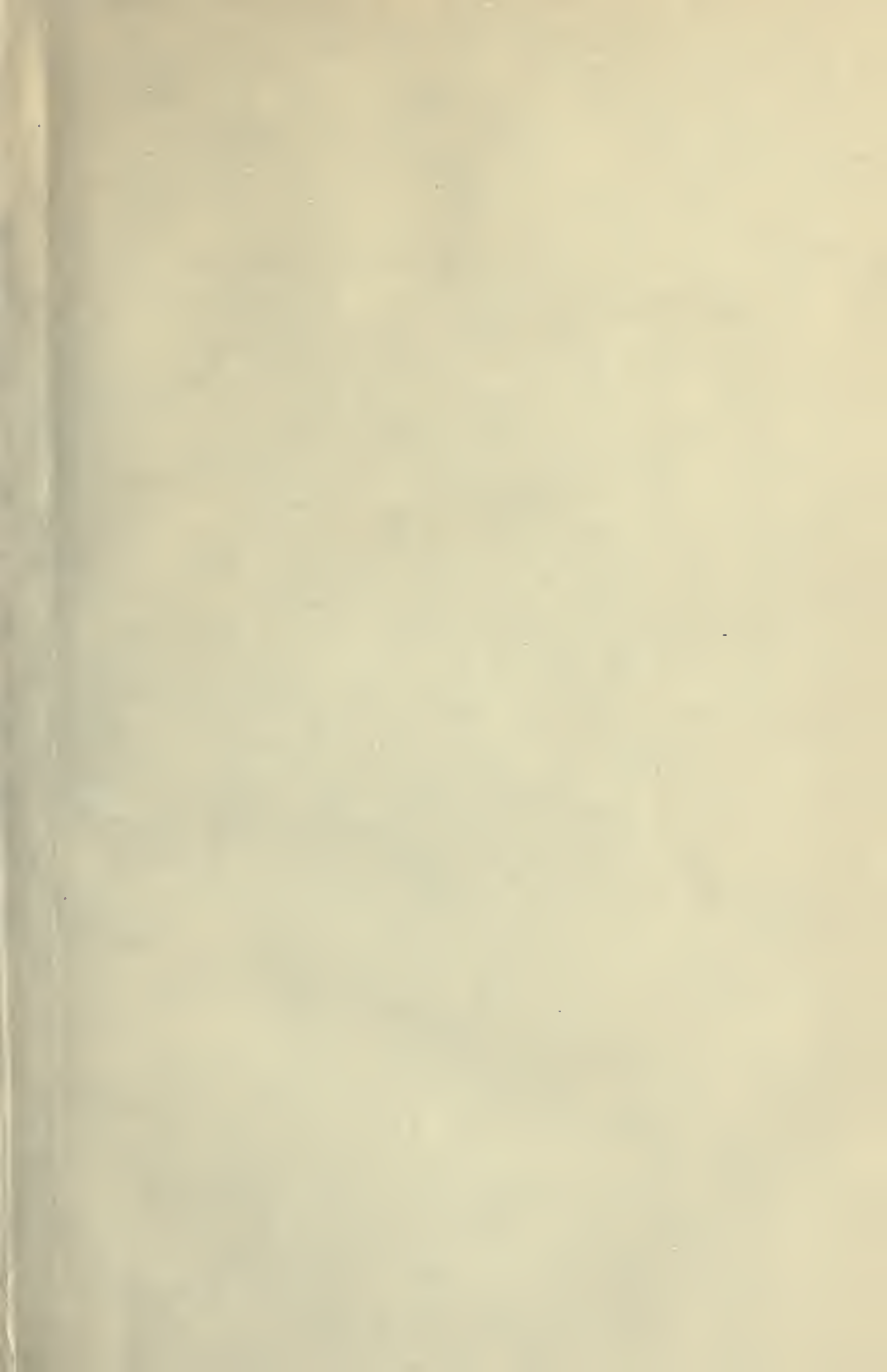
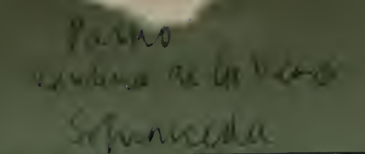








DISCURSO

DEL EXCMO. SR.

D. PATRICIO DE LA ESCOSURA,

INDIVIDUO DE NÚMERO

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA,

LEIDO ANTE ESTA CORPORACION

EN LA SESION PÚBLICA INAUGURAL

DE 1870.

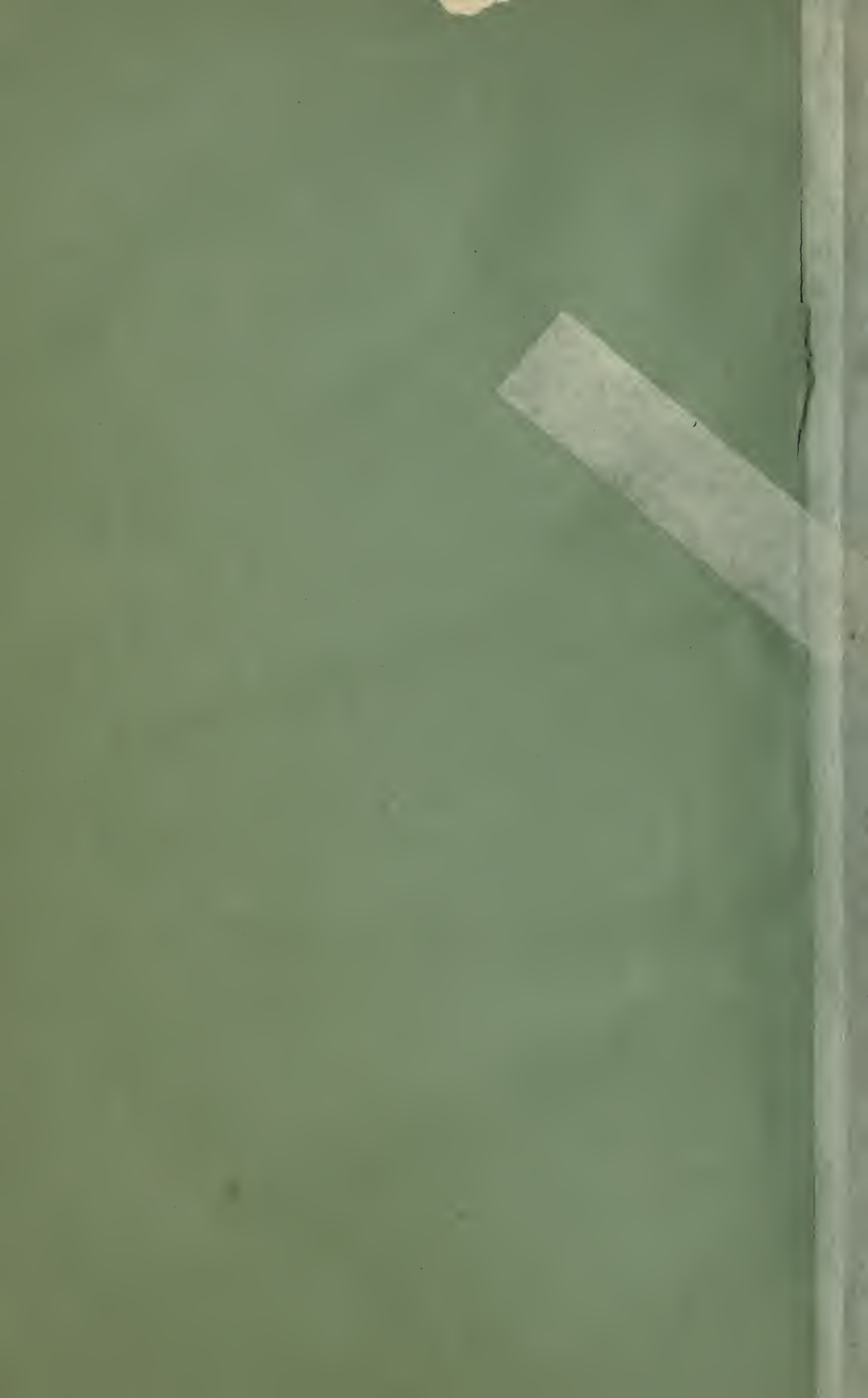


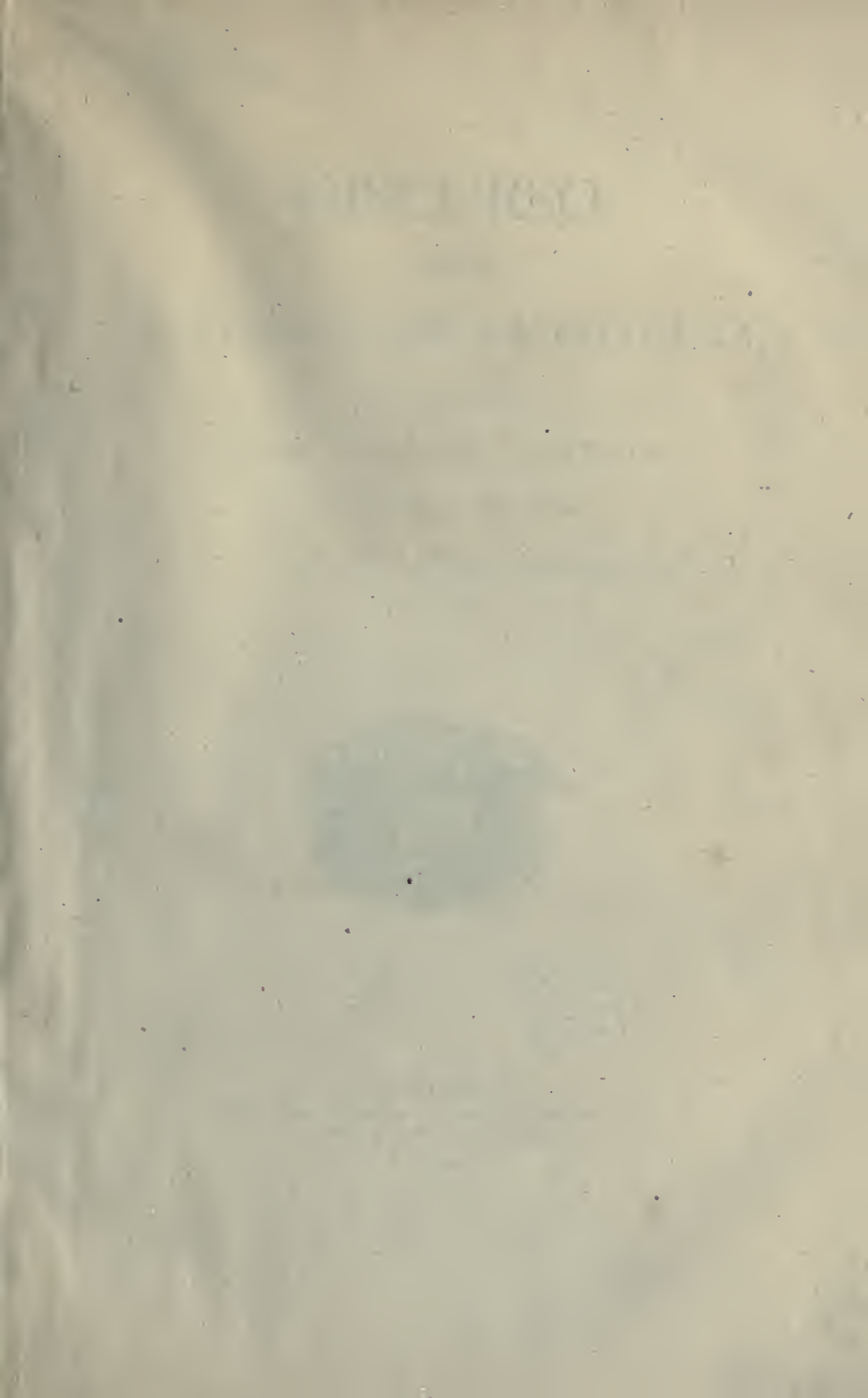
MADRID,

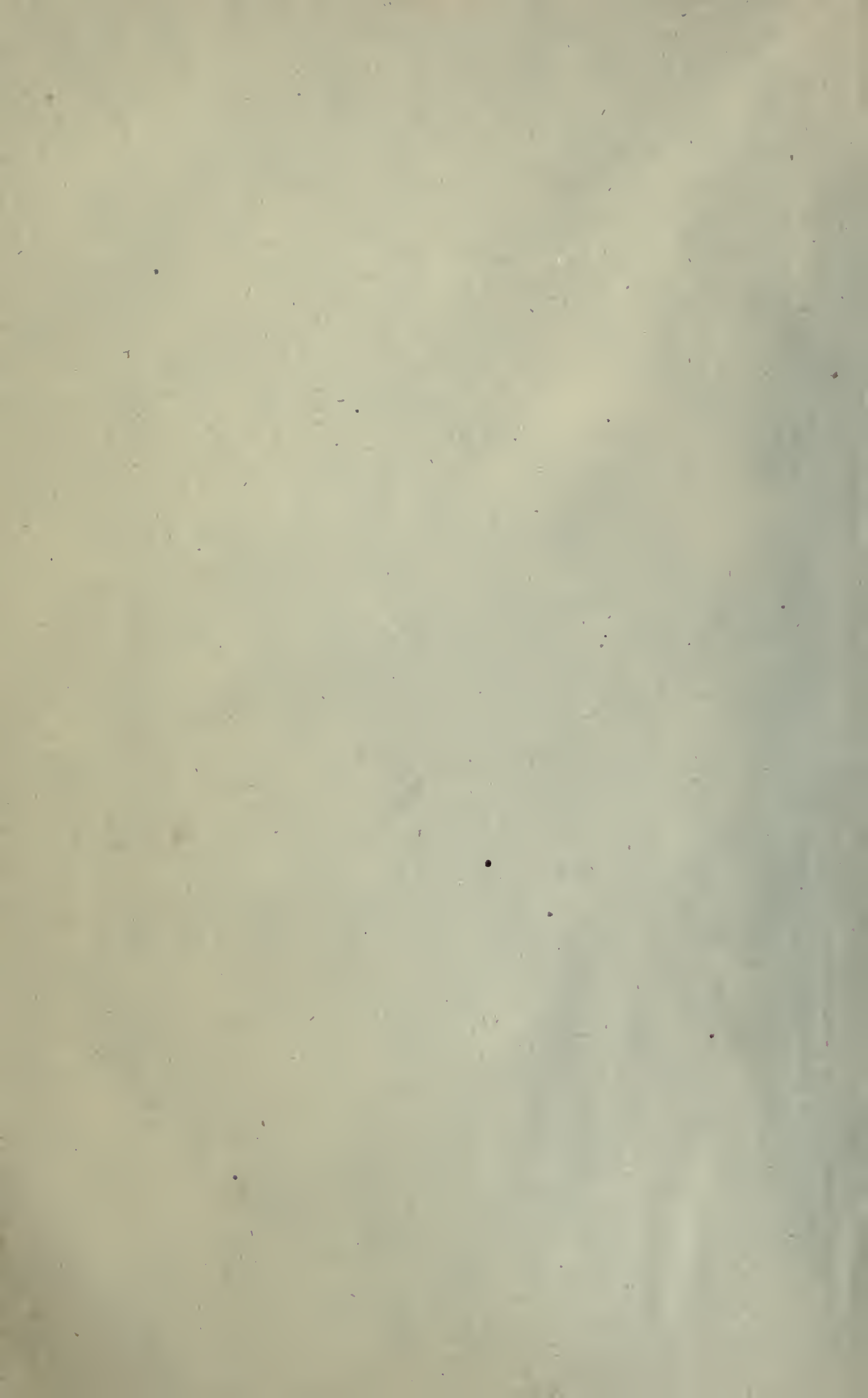
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,

calle del Duque de Osuna, número 3.

1870.







DISCURSO

DEL EXCMO. SEÑOR

D. PATRICIO DE LA ESCOSURA, y Morr

INDIVIDUO DE NÚMERO

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA,

LEIDO ANTE ESTA CORPORACION

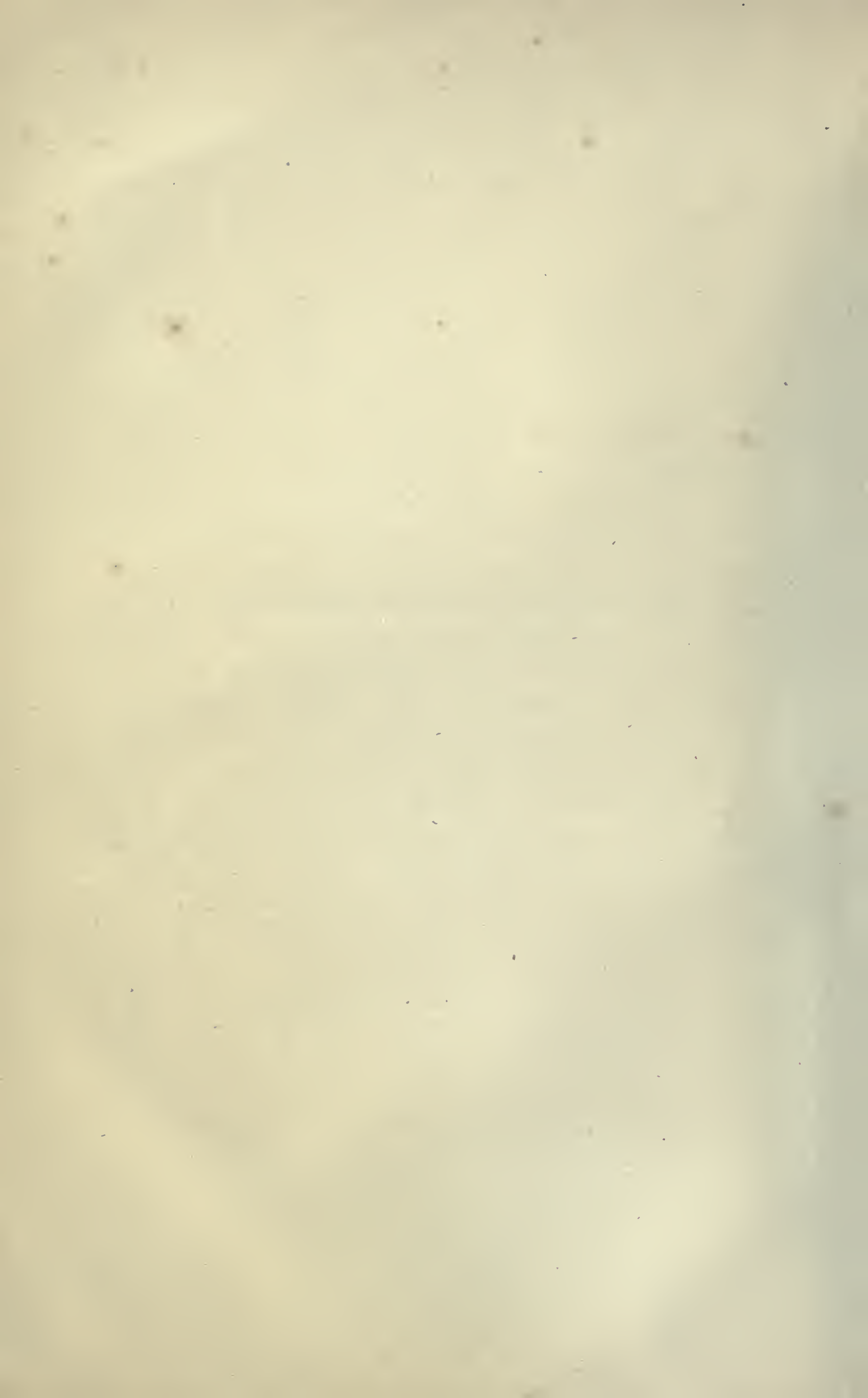
EN LA SESION PÚBLICA INAUGURAL

DE 1870.



MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.
1870.

TRES POETAS CONTEMPORÁNEOS.



Excelentísimo Señor:

De cuantos elevados puestos, de cuantos honores oficiales he logrado, mucho más que merecido, en el discurso de mi azarosa y ya larga vida, ninguno estimé jamas tanto como el de ingresar en esta ilustre Academia; favor que debí á vuestra simpática indulgencia, ántes de llegar á la edad madura, y que proporcionó á mi honrado y estudioso padre la satisfaccion de ver entre vosotros y de llamar colega al primogénito de su numerosa prole.

Perdonad, Señores, si ese recuerdo os parece aquí inoportuno: yo no lo creo tal, ni acierto á resistir tampoco á los impulsos del corazon, que siempre pudieron, y áun hoy pueden todavía en mí, mucho más que el raciocinio.

Al dirigiros en público la palabra, en esta solemne inauguracion de nuestras ordinarias tareás del presente año académico, siento imperiosamente la necesidad de confesar cuán poco digno me creo de la silla que ocupo sin llenarla; y al mismo tiempo tambien la de justificar, hasta donde cabe, la inmerecida honra que al concedérmela me dispensasteis.

Dos solos títulos conozco en mí, Señores, para sentarme entre vosotros. Dos títulos, en verdad, escasos; pero que como únicos, habréis de permitirme que alegue: mi amor á las letras, y mi aficion perseverante á su estudio.

Antes de entrar en la adolescencia, ya el huracan de las persecuciones políticas me arrojaba á la emigracion, como suele el viento en el desierto arrastrar, en su ira, el casi imperceptible brote que á vegetar comienza en su abrasada arena; trájome luégo la juventud sus ardientes ilusiones y sus inevitables extravíos; lleváronme, áun en ella, el deber, la honra y mi opinion á los campos de batalla; salí apénas de ellos, cuando me encontré otra vez envuelto en el torbellino de la política, ó más bien de la civil discordia, á que Dios, en su enojo, parece haber condenado para siempre á nuestra desdichada patria; y no he menester deciros, pues por demas lo sabeis, cuantas veces me ha obligado, Señores, á separarme de vosotros la necesidad de una nueva hegira, harto más dolorosa para el padre de familia, con el cabello ya encanecido, que pudo serlo la primera para el mozo imberbe.

Pues bien, Señores; con verdad os lo digo: el amor á las letras y la aficion al estudio jamás me abandonaron ni un solo instante.

Niño, solo y en país extranjero, estudiaba y escribia; jóven, ni la pasion ni el deleite me divorciaron jamás de los libros; en los campamentos hiciéronme más de una vez olvidar riesgos y privaciones, las bellezas de nuestros clásicos que mi memoria recordar podia; y nunca en mí el político ha podido sobreponerse al literato.

¿Y sabeis, Señores, á quién, despues de Aquel que de todo es autor; sabeis á quién y á qué le debe, el que tiene el ho-

nor de dirigiros la palabra, esas dos modestas condiciones, en gracia de las cuales le habeis dispensado tantas y tantas otras como le faltan para merecer su asiento?

Pues débeselo, humanamente hablando, en primer lugar á la buena educacion y mejor ejemplo que le dieron sus padres, y en segundo al favor que la Providencia se dignó dispensarle, deparándole un incomparable maestro, y dándole por condiscípulos, por íntimos amigos, por verdaderos y tiernísimos hermanos, tres hombres, honra todos de nuestro siglo literario, y dos de ellos, Señores, nuestros colegas hasta que á mejor vida fueron llamados.

Pagado ya el tributo de mi sincerísima gratitud y filial veneracion á la memoria de aquellos á quienes debo el sér, y lo que hay en mí de honra y amor al trabajo; pagado, repito, ese tributo, que podrá no ser muy oportuno ni estar en consonancia con las ideas de aquellos que pretenden hacer de cada hombre un sér á sí propio reducido, sin orígenes que le obliguen, ni más vínculos que los de su propio interés, que con el resto de la humanidad le enlacen, pero que mi conciencia me exigia, y vuestra benevolencia me perdonará simpática; voy, Señores, á procurar, en el desempeño de la obligacion que cumplo con este Discurso, haceros olvidar lo insuficiente del autor, apelando al interés que no puede ménos de tener para nosotros la memoria de tres insignes poetas, nuestros contemporáneos.

¿Qué otro asunto hubiera yo podido elegir, no diré más digno de vosotros, porque en el vasto campo de vuestra literaria jurisdiccion cabe y se encierra un incomensurable tesoro, sino por una parte académico, y por otra, hasta cierto punto, en la medida de mis escasas fuerzas?

Voy, pues, prévia solemne protesta de mi insuficiencia, á ocupar vuestra atencion por breve espacio con el recuerdo de tres dignísimas personas, de todos vosotros conocidas y para los más muy caras; y al propio tiempo con una rápida ojeada á sus respectivas obras, y un sumario juicio de ellas.

Medio siglo ménos un lustro entero hace, Señores, que á una más que modesta casa, al extremo de la misma calle y de la acera misma de que es parte el edificio en que en este momento tengo el honor de hablaros, concurrian diariamente, juntos y á la misma hora, una vez de ordinario, y dos en ocasiones, cuatro, no sé si diga niños ó jóvenes, porque si la edad del mayor alcanzaba ya entónces á diez y nueve años, la del menor frisaba apénas en los quince.

Tres de ellos procedian del áun hoy célebre colegio de San Mateo, suprimido poco tiempo ántes por un espíritu reaccionariamente meticuloso, y que, como establecimiento de enseñanza privada, en verdad no me atrevo á decir que haya tenido hasta hoy reemplazo digno.

El cuarto de aquellos estudiantes era un muchacho, ya de regreso, en tan temprana edad, de una emigracion política; predestinado, á la cuenta, á ser, miéntras le dure la vida, juguete de los caprichos de la fortuna, y que á la sazon, abandonando la carrera de leyes que ya tenía comenzada, y áun relativamente adelantada, iba á entrar, por inclinacion y necesidad, en la de las armas. De éste os hablo en primer término, para desembarazarme desde luégo de su insignificancia, y poder libremente ya tratar de sus tres ilustres condiscípulos.

Sosegado, juicioso y de gran aplicacion al estudio, aunque, como diria Cervántes, con sus puntas y collar de burlon y

satírico, revelaba en su porte y en la autoridad moral que sobre sus tres compañeros hasta cierto punto ejercia el mayor de los cuatro jóvenes, algo de aquel espíritu dogmático y formalista reinante en nuestra antigua, y ya hoy sólo tradicional, magistratura, á que su padre pertenecia en muy alta esfera, y él mismo ha pertenecido más tarde, en el país donde le hizo la casualidad nacer, cuando su suelo era español todavía, no en la España nuestra patria comun entónces.

Seguíale en años, pero no en aplomo, si bien se le aventajaba en el ingenio, como más tarde habia de sobreponerse á muchos, un niño de cuerpo débil, valetudinaria salud, rostro expresivo, ojos á que yo no he conocido, Señores, otros semejantes, y un conjunto, en fin, de tal índole, que si nada tenía de bello estéticamente hablando, cautivaba, no obstante, la atencion apénas visto, y, á poco que se le mirase, revelaba la inmensidad del talento en aquel frágil vaso encerrado.

Nacido tambien en la América Meridional, aunque de padres españoles, el mancebo de quien vamos tratando trajo consigo á la vida, como compensacion acaso de una capacidad intelectual pocas veces, y sólo á privilegiados mortales concedida, cierta apatía física y moral, cierta irresolucion tímida en el carácter, que en la época á que voy refiriéndome, si no estorbaban las travesuras propias de la edad de nuestro estudiante, imprimíanles un sello de graciosa singularidad, haciéndole ingenioso en la invencion, temerario en el propósito, y luégo, al ejecutar, falto de audacia, aunque nunca de cómica agudeza.—Estudiaba entónces poco, pero retenia con maravillosa presteza cuanto á sus condiscí-

pulos escuchaba, y de tal modo hacia instantáneamente suyo el estudio ajeno; tan al vuelo, por decirlo así, se asimilaba las explicaciones del maestro, que más de una vez, ése y nosotros sus condiscípulos, oyéndole exponer con lucidez pasmosa las más difíciles lecciones, llegamos á suponerle hipócrita en su desaplicacion, sin embargo notoria.

Ésa y su falta de firmeza de carácter, que ya dejo indicada, procedian originariamente, sin duda, de su misma naturaleza; pero las circunstancias de sus primeros años contribuyeron grandemente á que, con el tiempo, se hicieran incurables, en vez de corregirse como conviniera.

Huérfano de padre, separado de su madre y hermano por la inmensidad de los mares, y sin más familia ni amparo en Europa que una señora anciana, su parienta, más con él encariñada que á propósito y en condiciones para dirigirle, el futuro autor del *Hombre de Mundo*, entregado á sí mismo desde la niñez, hubo forzosamente de navegar en el piélago de la vida, durante sus primeros y más peligrosos años, como bajel sin piloto, no con rumbo fijo, sino derivando á merced de las corrientes y al capricho de los vientos.

¡Qué superioridad de talento, Señores, qué específico y sólido mérito no supone, en un mozo que en tal abandono comienza y atraviesa la mejor parte de su existencia, el haber logrado en vida la eminente posicion literaria y la más que decorosa social en que le sorprendió la muerte; y haber dejado un nombre que puede en el Teatro inscribirse al lado de los de Moreto y de Inarco Celenio, y en el Parnaso lírico junto al de Rioja ó Melendez!

Y no quiso la Providencia que fuera él solo la celebridad

futura que se formára entónces en nuestra modesta escuela de la calle de Valverde, y bajo la direccion del sabio maestro de que os hablaré más tarde, pero cuyo glorioso venerado nombre habeis ya todos, sin duda, adivinado.

No estaba solo, nó, como gran poeta lírico, el amado condiscípulo de quien hasta aquí hemos tratado: teniamos otro, dos años más jóven que él y que yo; otro desde la cuna inspirado vate; otro de gallarda presencia, fiero continente, rizado y negro cabello, mirada de águila, amarga sonrisa, cabeza digna del cincel de Fídias, y ante cuya tumba, harto prematuramente, por desdicha, abierta, hubiera podido con sobra de razon exclamar Cervántes, como ante el cadáver del pastor Grisóstomo: «Ese cuerpo, Señores, que con »piadosos ojos estais mirando, fué depositario de una alma »en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas!»

Porque, en efecto, Señores, en efecto: infinita parte de sus riquezas habia puesto el cielo en aquella alma esencialmente poética, en aquel corazon mal juzgado en virtud de especiosas apariencias, en aquel colosal entendimiento, para quien todo era fácil, y que si alguna vez, por la pasion cegado, pudo incurrir en tan lamentables como pasajeros extravíos literarios, nos ha dejado, no obstante, en sus escasas pero inmortales obras, títulos bastantes á justificar la inmensa popularidad de que su nombre goza.

A su tiempo analizarémos, si bien rápidamente, al poeta: dejadme ahora deciros y proclamar á la faz del orbe, con la seguridad de quien se envanece de haber conocido al insigne vate tanto ó más á fondo que ninguna otra persona en este mundo; dejadme deciros y proclamar, repito, obedeciendo á un tiempo á la voz de mi conciencia y á la de

la santa amistad, que nunca hallé hombre para mí y para muchos, quizá para demasiados, más entrañable, leal y tierno que el autor del *Diablo Mundo*, cuya amargura escéptica tenía mucho más de aparente y ocasional, que de cierta y característica.

Su corazon, que de manos del Creador salió impresionable, amante y entusiasta, pudo, en momentos dados de dolor inmenso, contraerse hasta aparecer petrificado; mas apénas lo agudo de su pena hacia crísis, apénas la ingénita nobleza de aquella alma privilegiada se abria paso al través de la caliginosa atmósfera de la decepcion y el desengaño, recobraba el gran poeta su prístino sér, como el sol su esplendente brillo, una vez á la fuerza de sus rayos deshechas las nieblas que transitoriamente le eclipsan.

En todo caso, Señores, en la época á que me refiero, no sabiamos aún ninguno de nosotros qué cosas eran la decepcion y el desengaño; si de ellos tal vez hablábamos, era de oidas y para darnos la triste importancia de personas que los han padecido; para pasar por *hombres*, siendo en realidad *niños*, mucho más niños de lo que nosotros mismos suponiamos y quizá generalmente se cree que lo éramos.

Jugábamos entónces á la política, pero á una política de fe y de sentimiento, que hace años no está de moda; y cultivábamos tambien las letras, en vez de jugar á los naipes y cultivar el género bufo: un gobierno insensato tomaba en serio nuestras chiquilladas revolucionarias, y dábanos inmerecida importancia persiguiéndonos; miéntras que el gremio literario, capitaneado entónces por los Quintanas, los Gallegos, los Durán y otros no ménos ilustres ingenios, acogiendo con discreta indulgencia nuestros primeros ensayos,

ó para hablar con más exactitud, los de mis tres condiscípulos, les otorgaba como en profecía el laurel de Apolo.

¿Apolo he dicho? Sí, Señores, Apolo, y Apolo mantengo; que áun entónces no habia la poesía renegado del Parnaso, ni se avergonzaban los poetas de invocar el númen inspirador de Garcilaso y de Herrera, de Lope y de Calderon, de Cervántes y de Ercilla.

Pero, volviendo á mi propósito, puedo afirmaros que, en realidad, éramos nosotros, en aquella época, mucho más niños que los jóvenes de la misma edad se atreven á serlo, ó al ménos á parecerlo, en los tiempos que corren.

La manera de ser de la sociedad española de entónces; su disciplina doméstica, que se asemeja á la actual como el régimen de un regimiento suizo al de un club socialista; y otro sinnúmero de circunstancias, que fuera tan prolijo como extemporáneo enumerar aquí, explican de sobra para el ilustrado público que me escucha, un fenómeno en que insisto por dos razones: la primera, darle á la verdad histórica lo que es suyo; y la segunda, reivindicar para la ya expirante generacion á que pertenezco, siquiera la gozada propiedad de algunos años de juventud alegre, exenta de cuidados y preocupaciones, y al sentimiento de lo bello y de lo bueno en abstracto consagrada.

Acabo de presentaros, Señores, jóvenes, casi niños, á mis insignes condiscípulos, tres grandes poetas contemporáneos; sus nombres, aunque como yo los conoceis, deber es mio decíroslos:

DON FELIPE PARDO.
DON VENTURA DE LA VEGA.
DON JOSÉ DE ESPRONCEDA.

Ahora dos palabras sobre el lugar en que, con ellos, tuve la insigne honra de recibir la enseñanza de labios de un hombre eminente; y sobre esa enseñanza misma.

No sé precisamente si la casa señalada hoy con el número 52 de esta calle ocupa el solar de aquella de que voy á hablaros, ó si es la misma modificada y revocada al gusto moderno; lo que sí sé y recuerdo perfectamente es, que la habitada por nuestro gran profesor era de humilde apariencia, sin más fachada que la bastante á dos no muy amplios balcones á la calle, un portal de la época, ni claro ni limpio, y una escalera incómoda y oscura, que subiamos, no obstante, de dos en dos peldaños para llegar al piso principal, donde, si la memoria no me engaña, recibian su educacion secundaria y superior, como hoy se dice, á distintas horas que nosotros, otros muchos jóvenes de la aristocracia y de la clase media, nuestros amigos entónces y después, y que luégo han figurado casi todos en lugar preeminente en la historia contemporánea.

Una criada, lugareña cerril, que oyéndonos, cuando la trigonometría estudiábamos, hablar con frecuencia, como era forzoso, de *senos* y *cosenos*, llegó, inocente, á persuadirse de que el fondo de nuestros estudios estribaba en el vulgarísimo libro donde figura en primer término el celebérrimo Cacaseno, prototipo de la más chabacana de las chocarrerías; esa criada, digo, cerril y lugareña, nos abria la puerta y daba paso franco á una pequeña sala, casi cuadrada, esterada de esparto blanco en invierno, y desnudo el piso, de mal ladrillo, en verano, y cuyos muebles consistian en una sillería de Vitoria en torno de las paredes, y en el centro una clásica camilla, con su tapete de hule con falda de ba-

yeta verde, en torno de la cual tomábamos asiento, después de saludar á nuestro sabio maestro.

Figuraos, Señores, los que no habeis tenido la fortuna de conocerle personalmente; figuraos un hombre de cincuenta años entónces, y aparentando una decena más acaso, de baja estatura, cargado un poco de espaldas, vistiendo un traje negro, cuya prenda más característica era una levita ancha y larga, que nunca pudo ser de moda; tocada siempre la cabeza con un gorro de seda negro, con su borla por remate, y rarísima vez colocado á derechas, sino ya de través, ya cerca de la nuca, ya tapándole la frente.

Corto de vista excesivamente, no sé bien si de nacimiento ó si por efecto de su laboriosa vida, pues á los trece años de su edad comenzó, para mantener á su madre viuda y á su hermana huérfana, el ejercicio del profesorado, en que gloriosamente ha muerto ya en edad muy avanzada; corto de vista, repito, con exceso, al sentir nuestros pasos, alzaba los ojos del libro que generalmente hallábamos en sus manos, mirábanos sin distinguirnos, y decíanos de ordinario: «Beso á V. la mano;—Venga V. con Dios», como si le fuéramos desconocidos.

Sacábanle de su error nuestras voces al saludarle, y entónces exclamaba:—«¡Ah! ¿sois vosotros, angelitos?..... Vamos; sentaos, y verémos si os habeis venido *inocentes* de la leccion!»

Inocente significaba en sus labios, tratándose de lecciones, *ignorante*, y no otra cosa.

Tengo que confesaros, y me pesa, que el rostro de aquel sabio, no solamente no era bello, sino que á primera vista tenía algo de repugnante, algo de incompleto, de obra sin

terminar, de boceto de fisonomía humana más que de fisonomía real y efectiva.

Y sin embargo, apénas comenzaba á hablar, ó más bien á disertar, sobre cualquier asunto, íbase aquella masa, al parecer informe, animando y armonizándose, ocupando cada faccion su lugar respectivo, y resultando, en fin, un conjunto imponente y simpático, un rostro, en suma, muy semejante al de Sócrates, segun más de un grabado de los muchos que pretenden representar al gran filósofo ateniense.

Su palabra misma, siempre docta y dogmática, era, como su rostro, escabrosa y difícil al comenzar el discurso; el pronunciadísimo acento andaluz, de que nunca pudo desprenderse, tenía algo y áun algos de antiliterario; pronunciaba mal el idioma francés, que poseia perfectamente; españolizaba siempre los nombres extranjeros, como el de *Walter Scott*, por ejemplo, á quien llamaba *Gualtero Escoto*, logrando á veces hacerse incomprensible; y en suma, eran negativas, al parecer, todas sus dotes oratorias.

¿Quién, sin embargo, quién como él supo nunca poner al alcance de las más medianas inteligencias, ya las abstractas verdades de las ciencias exactas, ya las especulaciones filosóficas de la metafísica; ora los preceptos teóricos de las bellas letras, ora las sutilezas del derecho?

Porque matemáticas, filosofía, literatura, historia, legislacion, lenguas sábias y modernos idiomas, todo eso lo enseñaba, fácil y profundo á un tiempo; de todo eso daba lecciones en el mismo dia, saltando, sin preparacion ni esfuerzo, de Heicnecio á Virgilio, de Lacroix ó de Poisson á Calderon ó á Moratin, el inolvidable maestro, cuya pérdida no será nunca bastantemente deplorada.

Acontecíale al observador con aquel hombre, en su género extraordinario, lo que al viajero que, comenzando su jornada á través de un país montañoso durante la noche, no percibe delante de sí más que informes masas de abruptas rocas, senos profundos como abismos, sombras, en fin, por todas partes, sin nada en que la vista repose ni el ánimo se deleite; mas viene luégo, «melancólica, blanda, halagadora» (1), la suave luz del crepúsculo matutino, y poco á poco va la oscuridad disipándose, y los ojos advirtiendo que son colinas de verde césped entapizadas, muchas de las que tomaron por desnudas peñas, y cañadas pintorescas los que les parecieron precipicios.

Eran menester la buena dicha de tratarle íntimamente, y la fortuna de alcanzar su benevolencia, de que con la juventud fué pródigo siempre, para poder apreciar en lo infinito que valia al Sr. D. Alberto Lista, de quien me permitiréis, Señores; que con orgullo me proclame discípulo, aunque haya de pasar por la vergüenza de confesaros tambien que soy el ménos digno de cuantos tanta ventura gozaron.

Con tal maestro, allá por los años vigésimoquinto y vigésimosexto de este siglo, los tres insignes poetas, cuyas obras me sirven de asunto, estudiaban, y estudiaba yo con ellos, simultáneamente las matemáticas y las humanidades; materias, al parecer y en opinion del público, reputadas entre sí incompatibles, y que, sin embargo, Lista poseia y profesaba magistralmente.

¿De dónde procede esa preocupacion de la supuesta incompatibilidad entre el estudio de las ciencias exactas y el de las bellas letras?

(1) V. Vega.

Sin duda de que, como, en efecto, el órden lógico en las ideas, la seguridad en las deducciones, el encadenamiento constante entre los principios, y la severidad inflexible en exigir la demostracion de cuanto se afirma, son leyes inmutables en las ciencias exactas; se presume que la fantasía, ó bien el estro del poeta, necesariamente han de entibiarse, ó entorpecerse cuando ménos, si su entendimiento se habitúa á la regularidad metódica de los raciocinios matemáticos.

Paréceme, Señores, que discurriendo así se confunden dos cosas muy distintas, á saber: de una parte el ejercicio y aplicacion constante de una ciencia; y de otra, su estudio meramente teórico, aunque se extienda á sus más elevados ramos.

Cierto que el matemático de profesion, y muy especialmente el de aplicacion, como el astrónomo ó el ingeniero, por ejemplo, no parece ser el hombre más á propósito para poeta; y aunque pudiéramos citar al mismo Lista, á Newton, á Descartes y á otros hombres ilustres que, como él, se distinguieron tanto en las ciencias exactas como en otras de muy distinta índole, confesarémos otra vez que sólo excepcionalmente pueden suponerse juntas la capacidad lógica de primer órden de un gran matemático y la inspiracion ardiente del gran poeta.

Mas ¿quiere eso decir que el estudio de las matemáticas sea, si no positivamente nocivo, al ménos inútil al jóven en quien la vocacion poética es notoria?

Tan léjos estamos de creerlo, que opinando precisamente lo contrario, no vacilamos en afirmarlo, Señores, ante vosotros.

El estudio de cierta parte de las matemáticas, de la ele-

mental cuando ménos, debe ser, en nuestro sentir, la base de toda educacion literaria, por cuanto con él se habitúan los jóvenes á discurrir con exactitud, procediendo siempre de lo conocido á lo desconocido, no sentando jamas proposicion que demostrar no puedan, y á su vez, no admitiendo nunca como verdadero en lo que á demostracion está sujeto, más de aquello que razonadamente se les evidencia.

¿Y quién, Señores, quién, decidme, ha menester más esa saludable costumbre de discurrir lógicamente, que el hombre á quien su poética fantasía arrastra, en pos del estro, á los espacios sin límites de la invencion y del sentimiento, de las sensaciones y de las paradojas?

No temais, nó, que el juicio recto acorte vuelos al ingenio; su oficio será el de preservarle de caer en los abismos de lo absurdo, donde no son pocos los poetas que se han precipitado por falta de tan necesario como útil moderador.

Mas, sea de esto lo que fuere, y haciendo punto aquí á la digresion, que espero me perdoneis, vuelvo á deciros, por parecerme circunstancia muy digna de tomarse en cuenta en lo sucesivo, que estudiábamos todos cuatro simultáneamente, con las bellas letras, las matemáticas, para mí necesarias como base de mi carrera, para los demas útiles como cimiento de su educacion, en concepto de nuestro dignísimo maestro.

Pardo era en las ciencias exactas el más aventajado; Espronceda estudiábalas poco; Vega, nada; yo, trabajando positivamente mucho más que uno y otro, quizá aprovechaba ménos, á pesar de mi buen deseo, que todos ellos.

A propósito de esto, y de la inmensa inferioridad en lo literario que yo en mí reconocia, y de que con frecuencia me

lamentaba, con dolor sí, pero, gracias al cielo, sin que la vil envidia mancillára, ni entónces ni nunca, mi pecho, solia decirme indulgente y cariñoso el Sr. Lista:

«Acuérdate de la fábula de la Liebre y la Tortuga, y aplí»cate siempre, que tú acabarás por ponerte delante.»

Su profecía nó se ha cumplido ni cumplirse podia. Pero ¿qué puedo yo pedir hoy, Señores, puesto que sólo por el amor al estudio me encuentro entre vosotros?

¿Qué tendrán á la posteridad que pedirle los que han de heredar mi nombre, y no más que mi nombre, si le oyen mencionado alguna vez entre los vuestros; y le ven inscrito en el catálogo de los condiscípulos, de los amigos, de los hermanos literarios de Espronceda, Vega y Pardo?

DON FELIPE PARDO.

Y hablemos ya, Señores, de propósito, del último citado poeta, de D. Felipe Pardo, mucho ménos conocido fuera del gremio literario en España, que sus dos preclaros condiscípulos, porque, como indicado lo dejo, si bien legalmente español de nacimiento, y en la madre patria educado, no sólo habia nacido en Lima á mediados del año de 1806, sino que al Perú regresó veinte y dos más tarde (1828), y

allí, hasta el fin de su vida, ha permanecido figurando en la escena política, siempre á la altura de su intrínseco valer propio; pero, como es de ley en nuestra raza, más veces perseguido y proscrito, que tranquilo en su hogar, ó en las esferas oficiales influyente.

En esa parte no desmienten su orígen las repúblicas hispano-americanas, ni cesa la que fué su metrópoli de darles constante, ya que no saludable ejemplo.

Letrado y publicista primero; diplomático despues; luégo magistrado judicial, y ministro al cabo; hoy proscrito y conspirador por ende, mañana gobernante, y por los conspiradores combatido; prófugo unas veces, oscurecido otras, jamás tranquilo, nunca dueño de entregarse á los dulces ocios de las Musas, á que su vocacion le arrastraba, sino, por decirlo así, furtivamente y en los breves entreactos del triste drama de su azarosa existencia política; Pardo no gozó acaso más dias de ventura que aquellos inolvidables en que á la calle de Valverde acudiamos gozosos, á engolfarnos en el desarrollo del binomio de Newton, ó á decorar los versos de Juan de Mena.

Pues bien, Señores; tan arraigado estaba en su corazon el amor á las letras, contraido en los felices dias de su adolescencia, que en el poder como en la emigracion, en sana salud como valetudinario, Felipe Pardo se conservó siempre literato, constantemente poeta.

Y en verdad, permitidme decirlo; en verdad que, á pesar del mérito de sus obras, harto superior al de las mias, paréceme, al compendiaros la vida de aquel mi caro condiscípulo, que casi casi la propia os refiero.

Pardo pertenece, como poeta, á la escuela conocida entre

nosotros con el nombre de clásica, y le pertenece absoluta y completamente.

Discípulo del inflexible é intolerante Hermosilla, como de Lista, cuyo dogmatismo, mucho más generoso, nunca trató de oponer barreras á las transformaciones y progresos que el tiempo lleva consigo en todas materias; del último conservó siempre la suavidad del metro, la entonacion lírica, y algo, tambien, de la ternura en los afectos; mas del primero observó constante los preceptos sistemáticos, permitiéndole rara vez al estro temerarias, es decir, inusitadas fantasías.

Así, cuando al dejar, y para siempre, esta España peninsular, donde si no habia materialmente nacido, sí se habia moralmente formado, despídese Felipe de su amada de entónces—hoy sin duda ya venerable anciana, si á mejor mundo no ha pasado—en versos dignos de cualquier gran poeta clásico:

Amor, tus raudas alas
Al céfiro confia:
Lleva á la amada mia
Mi postrimer adios;
Y dile que, en la ausencia
Que fiera nos divide,
La sacra fe no olvide
Jurada por los dos!

¿No os parece, Señores, que hay por lo ménos tanta dulzura en esos versos como en estotros de Metastasio al mismo asunto?

Dille che si consoli:
Dille che m'ami; et dille
Che partò fido Achille,
Che fido tornerà.

¿No es verdad que hay, por lo ménos tanta ternura, é infinitamente más sentimiento en la despedida de Pardo que en la de Melendez, que todos sabiamos de memoria cuando mozos?

Por esa breve muestra, que no consienten los naturales límites de este discurso mayor extension en las citas, juzgad, Señores, del poeta erótico, y permitidme ya hacérosle oir cantando otro amor más puro y santo: el de la humanidad, por el sentimiento religioso inspirado.

En una composicion que dedica á la Vírgen de Atocha, venerada en la casa de expósitos de Lima, comienza nuestro poeta con estos versos, que gráfica y sencillamente pintan la triste situacion de los desdichados allí acogidos:

Nace, y destino inclemente
Al niño en el mundo deja,
Sin padre que lo proteja,
Sin madre que lo sustente.

Y luégo, apostrofándolos, exclama:

¿Qué importa que ardiente anhelo
De una *madre mundanal*
No os dé, en vuestro acerbo mal,
Amparo, alivio y consuelo?
¿Qué importa, si desde el cielo
Calma vuestras amarguras,
Y os brinda con las dulzuras
De amor, en dichas fecundo,
La que al Salvador del mundo
Llevó en sus entrañas puras?

El discípulo de Lista, como veis, no desdice aquí de su maestro ni en la expresion ni en el sentimiento.

No eran, sin embargo, el género de Melendez, ni el

del maestro Leon, los más propios del talento de Pardo, si bien en ellos lució más de una vez las dotes poéticas de su alma: donde él más descuella y nos revela su ingenio privilegiado, es en las composiciones, satíricas unas, sérias otras, en que, como filósofo y estadista, censura las costumbres perniciosas, ó anatematiza las culpas políticas de su país y de su tiempo.

A tiro de ballesta se echa de ver en la *Sátira á Salvagio* por ejemplo, el cercano parentesco literario de su autor con el de la *Derrota de los Pedantes* y del *Filosofastro;* como en la *Oda á Olmedo, La Lámpara* y el *Perú,* al escritor familiarizado con Jovellanos quizá más que con Herrera y Rioja, aunque estrofas tiene dignas del uno y del otro, y alguna, áun á riesgo de parecer prolijo, me atreveré á citaros.

No desdeñaria, no, el cantor de *La Batalla de Lepanto* este apóstrofe al poeta peruano Olmedo:

> ¿Maldecir en tremendas armonías
> No te es dado los crímenes atroces
> De los aciagos dias
> En que monstruos feroces,
> Deshonrando de España el poder régio,
> Con vil codicia y negro fanatismo
> Cometieron el torpe sacrilegio
> De hacer correr la sangre de los Incas
> Mezclada con el agua del bautismo?

En *La Lámpara,* composicion excepcional entre las de Pardo, en cuanto á su forma, pues que está escrita, á la moda romántica, en diversos metros, hay mucho de recomendable; pero no copiaré más que la siguiente estrofa:

Lámpara solitaria ardí en el templo;
Y, aunque con luz escasa, ardí constante;
Y, por siete años que bramó incesante,
No me apagó una vez el huracan.

Y era verdad: el desdichado vate, extraviado por el destino en el laberinto político, clamaba en vano por libertad y órden á un tiempo, siendo tratado por los partidos extremos como reaccionario porque pedia el órden, y como anarquista cuando los fueros de la libertad sustentaba.

¡A bien que en España, loado sea Dios, no conocemos ejemplos de tan soberana injusticia!

Pardo era, en todo caso, incorregible en su patriotismo, y en él ha muerto impenitente. Su lira, azote de vicios, juez severo de culpas, distinguia, sin embargo, entre el país y sus agitadores, y tanto como implacable para éstos, era para aquél entusiasta.

No puede ser *mira de Dios*, á juicio de nuestro poeta, que la América toda,

Desde los Patagones hasta Méjico
Sufra, á merced de bárbara discordia,
Bajo la Iglesia, plagas más crueles
Que bajo la impiedad de los infieles.
De Dios la mira es otra: Dios piadoso
Muchedumbre nos dió mansa y sencilla,
Que así al imperio noble y generoso
Como al rüin y bárbaro se humilla;
Tesoro inesperado y portentoso
De nuestro mar improvisó en la orilla,
Y rios nos creó, que de canales
Crucen nuestros ardientes arenales.

Si á los cuatro primeros versos de esa octava no siguieran los otros cuatro, que hablan de *tesoro* y *canales*, ¿no os

parece, Señores, que halláran su aplicacion algo más cerca que en el país de los Incas?

Pero volvamos al *Perú* de nuestro Pardo, diciendo que, despues de inventariar, por decirlo así, los tesoros de aquel continente, que Dios,

De riquezas sin fin hizo venero,

en sonoras octavas, de las cuales no puedo resistir á la tentacion de estampar aquí siquiera ésta, en que describe gallardamente la vegetacion magnífica de aquel apartado clima:

Árboles de titánica estatura,
Dosel cada uno de una tribu entera,
Que no encuentran rival en la hermosura
Del variado matiz de su madera;
Plantas y flores mil, en que Natura
Su caprichosa ostentacion esmera,
Y que ciñen riquísimas coronas
A la sien imperial del Amazonas;

concluye con este santo grito de cándido y ardiente patriotismo:

¡Ah! Cien hombres de noble sentimiento
Bastan, de la divina Providencia
Las miras á llenar. ¡No más que ciento!
¿Dónde están? ¿Los sumerge la indolencia
En torpe sueño? Y ¿ceden sin aliento
El campo á la atrevida turbulencia?
¡Qué! ¿No veis que ese sueño es tan funesto,
Como al provecho de la patria el vuestro?

Cien hombres pedias, pobre amigo; cien hombres, y parecíate no pedir mucho: siete ú ocho bastáran en ocasiones para la salvacion de tu antigua patria, y no pudo encontrarlos, con ser tantos ménos que ciento.

Pero los poetas no se paran en barras, y Pardo, mal que le pesára, era más poeta que hombre político.

Su composicion al Perú, de que acabo de hablaros, es, si me permitis que así lo diga, la extrema frontera y glorioso límite de la época en que nuestro poeta, todavía envuelto en la atmósfera literaria que consigo ha llevado de España, todavía más ingenio que estadista, respira aún el embalsamado ambiente de la Academia del Mirto; y sacrifica más á las clásicas Musas que al inconstante y cruel númen de la política.

De allí en adelante, si os fijais en su coleccion de sonetos, por ejemplo, os estremeceréis oyéndole exclamar:

> Inválido, extenuado, moribundo,
> ¿Por qué he respetar las falsedades
> Que en desconcierto atroz ponen al mundo?
> Lector, los males de la patria apuran,
> Y hablar es fuerza. Si arden mis verdades,
> Tambien arden los cáusticos y curan.

Pasad á las poesías *festivas.*—¡Festivas, Señores! y halláréislas encabezadas con una cancion *Al Suicidio,* compuesta, dice su autor, *en mi destierro; quiero decir, en uno de mis destierros.*

Si en un epigrama felicita á su hijo al llegar éste á la mayor edad, rebosa en sus versos la cólera que en su corazon arde contra la demagogia radical, de esta manera:

> Este dia suspirado
> Celebra de buena gana,
> Y vuelve orondo, mañana,
> A la hacienda, y esponjado,
> Viendo que ya *eres igual,*
> Segun lo mandan las leyes,
> Al negro que unce tus bueyes
> Y al que te riega el maizal.

Quien de ese modo se expresa, no puedo ménos de llamaros la atencion sobre ello, es ciudadano de una república democrática, es un hombre que voluntariamente ha dejado de ser español para hacerse peruano, es el mismo poeta que en 1829 hallaba sublime á Olmedo,

> Ya celebrando en inflamado tono
> *El venturoso instante*
> *En que, vencido el pabellon del trono,*
> La patria enseña flameó triunfante.

Triste, y por desdicha no única, muestra de que no tienen los partidos políticos enemigos más eficaces que ellos mismos, cuando fanáticos exageran sus principios.

Generalmente hablando, el mismo carácter político predomina en las letrillas de Pardo que en sus sonetos, en sus epigramas y en sus poesías festivas; ¿cómo habia de ser otra cosa, si la política era á un tiempo la vida y el suplicio del infelicísimo vate?

Hay, sin embargo, algunas de esas composiciones en que el sentimiento literario se sobrepone á la amargura de las circunstancias, y entónces las dotes naturales del discípulo de Lista y de Hermosilla campean lozanas.

Así, y sirva de muestra, en la letrilla *A mi Levita*, felicísima imitacion de Beranger, con quien Pardo tenía grande afinidad poética, se lee la siguiente estrofa, que, si la pasion no me extravia el juicio, es en su género un acabado modelo:

> ¡Ese zurcido! ¡Oh recuerdo!
> Con Delia una vez jugaba;
> Me seguia, la burlaba;
> Me asió del faldon izquierdo,

Y, sin querer, lo rasgó;
Mas la pobre, en todo un dia,
Cosiéndote, no apartó
Sus bellas manos de tí;
¡Levita del alma mia,
No te separes de mí!

¡Qué naturalidad, qué fluidez en la versificacion! ¡Qué ternura, sin afectacion de ningun género, en los pensamientos!

Esa estrofa rivaliza, á mi juicio, con aquella quintilla de Gil Polo, en su *Diana enamorada*, que dice:

Ninfa hermosa, no te vea
Jugar con el mar horrendo,
Y aunque más placer te sea,
Huye del mar, Galatea,
Como estás de Licio huyendo.

Pero conozco, Señores, que estoy hasta cierto punto extramilitándome, y sobre todo abusando de vuestra indulgencia, con tan detenido análisis, y me resuelvo, aunque lo sienta, á no deciros ya más que los títulos del poema *Isidora*, deliciosa novela de costumbres en verso endecasílabo, de que no pudo escribir Pardo más que el canto primero; de la *Constitucion política*, poema satírico de gran mérito, en estilo digno á veces de Juvenal ó de Quevedo, si bien rebosando en saña, con frecuencia injusta, contra las modernas teorías del derecho público; y de la epístola á Delio, titulada *Vaya una República*, sátira no ménos ingeniosa y sangrienta que la anterior, pero, en cambio, mucho más razonable y fundada.

Como poeta lírico considerado, Pardo tiene dos épocas, dos *maneras* diriamos si de un pintor se tratára: en la pri-

mera es el hombre de su escuela; en la segunda el de las circunstancias en que vive, y que, dominándole invenciblemente, si no le transforman por entero, le modifican en las formas, hasta el punto de hacerle aparecer como entidad distinta de la que al comenzar su carrera conocimos.

Nunca tuvo el estro de Herrera, de Quintana y de Espronceda; pero sí mucho de la filosófica inspiracion de Rioja y de Lista, en sus primeras composiciones, *La Lámpara* y *El Perú* inclusas en ese número.

Castizo y correcto siempre, amamantado en los patrios clásicos, pensador concienzudo, y varon por naturaleza probo y de entero cuanto recto carácter, Pardo es un poeta horaciano, y tambien el *Vir-bonus* de Horacio, el escritor digno del profético elogio que de él hizo su ilustre maestro, escribiéndole en 1838:

> El valor y virtud de tí se aprenda,
> Y la fortuna, de otro más felice.

Niño, habia nuestro insigne compañero aprendido, como todos nosotros, de Rioja, uno de los pocos amigos leales y consecuentes que en su desgracia no abandonaron al tristemente célebre valido de Felipe IV,

> Que el corazon entero y generoso
> Al caso adverso humillará la frente,
> Ántes que la rodilla al poderoso.

Y esa máxima, ni la olvidó, ni dejó de observarla una vez sola en el discurso de su trabajosa vida.

Así las poesías de su segunda época, en que, á mi juicio, superabunda el sentimiento político, sobreponiéndose de más al poético, si algun defecto moral tienen, no es cier-

tamente el de pecar por lisonjeras á los poderosos del Perú, sino, por el contrario, el de un espíritu de acre censura y sistemática oposicion, que, ofuscando el claro talento del escritor, le lleva á veces á punto de condenar principios de que solamente el abuso es vituperable.

Disculpémosle, Señores; que en España, por propia y dolorosa experiencia, sabemos todos cuánto amargan el ánimo las persecuciones, cuánto ofuscan las más privilegiadas inteligencias las pasiones y el espíritu de partido.

Una palabra todavía, y concluyo con el poeta lírico: las más de las composiciones de su indicada segunda manera, adolecen en general de muy señalado prosaismo. ¿Será que los padecimientos físicos y morales, y sobre ellos los años, irresistibles apagadores de todo género de fuegos, hubieran debilitado en la mente de Pardo, por lo demas entera, la llama del sacro apolíneo fuego?

Algo pudiera haber de eso, pero, á decir lo que pienso, paréceme que el prosaismo de que trato, procede esencialmente del género de producciones en que lo advierto. La política es la antítesis de la poesía; y poco tiene de extraño que quien asuntos políticos canta, parezca prosáico en sus versos; lo singular, lo maravilloso es que acierte, como Pardo acertó con frecuencia, á ser verdaderamente poeta en tal materia.

No más del lírico, y ocupémonos ya en el dramático, porque tambien lo fué.—¿Y cómo no en la patria de Lope y de Calderon, de Moratin y de Breton de los Herreros?—Tambien fué dramático, repito, el amigo y compañero que lloramos.

Cuando éramos todavía niños, cuando estudiábamos las

humanidades los hoy ya ancianos, porque en aquellos tiempos era costumbre aprender las cosas ántes de profesarlas, ó, si á mano viene, como ahora enseñarlas, todavía en los teatros se representaban, constituyendo el fondo de sus repertorios, muchas de las comedias de nuestro Teatro antiguo; pero ese tesoro de la lengua española, esa inmarcesible gloria de nuestra literatura, ese indestructible monumento de la peculiar grandeza del ingenio, en la nacion señora un tiempo de dos mundos, no era en las escuelas considerado más que como arqueológico resto de una civilizacion pretérita, más digno de respeto que de imitacion; y para decíroslo todo, Señores, preciso es confesar que no era popular tampoco entre el comun de las gentes de letras.

La reaccion pseudo-clásica, y en realidad más francesa que greco-latina, iniciada en España á fines del siglo XVIII por los sabios críticos de aquella época, y en los primeros años de la centuria hoy corriente en las tablas triunfadora, con *El Sí de las Niñas*, *El Café* y *La Mojigata*, obras inmortales que debemos al preclaro Inarco Celenio; esa reaccion, más que legítima contra el bastardo género de Comella y consortes, pero tan indiscreta como fanáticamente extendida á todo lo que en el molde del teatro francés del siglo de Luis XIV no estaba vaciado, tiranizaba el gusto y las escuelas allá en los años de nuestra infancia, y áun en los primeros de nuestra adolescencia.

La escuela de Moratin era la dominante; la más liberal, de Quintana, ó callaba entónces, ó dogmatizaba tímidamente, casi en secreto, y más bien aspirando á *disculpar los extravíos* de los dramáticos de nuestro siglo de oro que á rendir culto á su grandeza.

Sin embargo, la literatura dramática del primer tercio de nuestro siglo poco ofrece de notable, gloriosa excepcion hecha de Huerta, en su *Raquel*, y de Moratin el hijo, en todas sus inimitables obras.

Gorostiza, no sin dotes de observacion y de ingenio más que estimables, aunque hablista poco escrupuloso, y versificador infelice, lució un momento en la escena como astro de escaso brillo y efímera duracion, pero, en fin, como astro clásico.

Y hasta que vino nuestro Breton, para dicha de todos sus amigos en vida aún, mas para quien ya está en lo presente y para la posteridad decretado por el juicio universal el lauro de nuestro primer poeta cómico moderno; hasta que vino Breton, digo, *á alzarse con el cetro de la monarquía cómica*, como en su tiempo el gran Lope de Vega, todavía las monstruosas producciones de Comella y sus oscuros discípulos compartieron, con insoportables traducciones de malos dramas franceses y con algunas comedias del Teatro antiguo, por Carretero y la Báus deliciosamente cantadas, más bien que declamadas, el dominio de la escena española.

Breton, clásico y moratiniano, pero á su propia manera, no imitando servilmente á los maestros, sino aplicando *originalmente* sus preceptos; Breton, gran poeta y versificador sin rival, como inimitable hablista en lo puro del lenguaje y el giro siempre castizo de sus ingeniosas frases; Breton habia tomado por asalto el Teatro español, sobre poco más ó ménos al tiempo mismo en que nosotros estudiábamos con Lista las humanidades, y era ya señor reconocido de las tablas cuando Pardo dejó á España para trasladarse á Lima.

Pardo era, ademas, como todos nosotros, amigo íntimo

y admirador entusiasta del ilustre autor de la *Marcela*, del *Cuarto de hora* y de *Muérete y verás;* y esas circunstancias todas os explicarán á un tiempo la razon por que he creido yo necesario mencionarlas, y por que fué D. Felipe Pardo, como autor dramático, moratiniano puro y severo en sus obras.

La revolucion literaria, conocida con el nombre del *Romanticismo*, no habia comenzado aún en España cuando la dejó Pardo; todavía no se habian dado á luz, ni engendrado siquiera, *El Trovador* y *Los Amantes de Teruel;* nadie hubiera osado entónces proponerles por modelos á los jóvenes las obras de Calderon ó de Rojas: Moratin era el dechado de la perfeccion dramática española, y naturalmente á Moratin solo estudió á fondo Pardo, en solo Moratin creia, y al solo Moratin se propuso imitar en sus obras.

Tres son las comedias que en la coleccion que tengo á la vista figuran, y todas en verso, á saber:

Los frutos de la educacion, en tres actos; *Una huérfana en Chorrillos*, en cinco, y *Don Leocadio y el aniversario de Ayacucho*, en dos.

En todas ellas las tres unidades famosas están escrupulosa y áun nimiamente observadas.

«La accion (acota el autor en la primera) pasa *en ménos de veinticuatro horas.*» No se puede pedir más en la materia.

Los frutos de la educacion, que se estrenó en Lima el dia 6 de Agosto de 1829, es una comedia severamente ajustada á los preceptos del arte clásico: las personas que en ella intervienen, pertenecen á la clase media; los vicios sociales que censura, son de los que caen bajo la jurisdiccion de la sátira, y á que la de las leyes no alcanza; la pintura de las

costumbres es animada, ingeniosa y parece verídica; los lances del drama, tal vez escasos, no traspasan los prosaicos límites de las peripecias de la vida ordinaria; y la versificacion, fácil y castiza siempre, se hace en ocasiones fluida y armoniosa. Quiso el poeta probar, como el título de su obra lo indica, cuán perniciosos frutos produce la mala educacion; y contrayéndose al país en que escribia, puso en escena un matrimonio peruano, en que el marido es débil y codicioso, la mujer vana y despilfarrada, y la hija, naturalmente honrada y buena, incurre, sin embargo, por su mala crianza, en faltas más aparentes que reales, pero que bastan, sin embargo, para frustrar su proyectado enlace con un hombre de honor, rico y de ella enamorado, que prefiere sacrificar su pasion á comprometer en un casamiento desacertado su propio porvenir y el de su futura familia.

El pensamiento, como se ve, es excelente, tanto en lo que respecta á la moral como al arte; la comedia, sin embargo, nos parece más estimable como obra literaria que de efecto en el teatro, áun dentro de su género mismo.

Más movimiento, más interés, más novela hay en la *Huérfana en Chorrillos*, comedia cuyo asunto, puede decirse que es esencialmente el mismo que el de la anterior; pero que está tratado en otra esfera, con mayor libertad, y por tanto, con ménos meticulosa reserva del ingenio. Como cuadro de costumbres, parécenos acabado, supuesto lo fiel del retrato, de que aquí realmente no somos jueces; como drama moral, no hay que pedirle.

Don Leocadio, en fin, es un juguete escénico en dos actos, cuyo pensamiento fundamental tiene su autor la loable y no muy comun franqueza, de confesar que ha tomado de un

vaudeville francés; y que no desmiente ni en la versificacion, ni en el estilo, su parentesco con las dos ya sumariamente analizadas comedias.

Quizá Pardo, en otras circunstancias, hubiera llegado á ser un autor dramático de gran nota; su vida política, su falta de salud, y las condiciones acaso del país á que pertenecia, oponiéndose al completo desarrollo de su talento en ese género, me obligan á deciros que en él no pasa de estimable y decoroso.

En cuanto á sus escritos en prosa, que no caben en los límites del cuadro que me he trazado, sólo diré que recomiendo su lectura á los jóvenes escritores que busquen modelos de estilo digno y de lenguaje castizo.

DON VENTURA DE LA VEGA.

Entra ahora, Señores, en escena, llamado por su turno de edad y de importancia, un escritor con quien muchos de los presentes hemos vivido en íntimo y familiar contacto desde nuestros y sus primeros años hasta que la Parca inexorable le cortó el hilo á su vital estambre, cuando pisaba apénas *los umbrales de fresca ancianidad*, como elegante y sentidamente lo dijo á la Academia su dignísimo individuo y mi muy caro amigo el general Pezuela, conde de Cheste, al pronunciar en este mismo sitio el elogio fúnebre de nuestro amado cuanto ilustre colega D. Ventura de la Vega.

Felizmente para los que me escuchan, el curioso cuanto bien escrito elogio que de citar acabo, y la notoria celebridad de Vega y de sus obras, que el público todo tiene tan en estima y memoria como este Senado literario mismo, hacen fácil y breve mi tarea.

No espereis, pues, de mí un detenido análisis de los escritos del gran poeta lírico, del insigne autor dramático, del hablista elegante y correcto por excelencia: enumerar las más notables de sus producciones, pocas en número, pero todas joyas de valor inestimable, bastará de mi parte á cumplir con el grato deber de hacerle justicia, y sobrará á su gloria, que no ha menester ciertamente encarecerse.

Seguiré, Señores, el órden, y ceñiréme á los límites mismos que Vega nos dejó trazados en la coleccion de sus obras poéticas, magníficamente impresa en París, el año pasado de 1866, á expensas de su generoso amigo el Sr. D. José Joaquin de Osma, omitiendo, por tanto, la mencion de muchos escritos, á mi juicio, dignos de su autor; pero que su modestia y depurado gusto no juzgaron acreedores á figurar en aquel libro, que tengo á la vista.

¿Qué os diré, Señores; qué podré yo deciros del *Hombre de Mundo*, cuando no hay español, si alguna vez pisó un teatro, que no conozca y admire esa comedia; cuando no hay actor, ni acaso aficionado, que no se envanezca de haber representado algun papel en ella; cuando no hay, en fin, literato que no la estudie, y tal vez no la sepa de memoria, entre nosotros?

En este país, tan fecundo en autores dramáticos; en este país, donde han florecido el *Fénix de los ingenios* y el gran Calderon; en este país, donde el mérito español y contem-

poráneo rara vez logra que, sin murmuracion y enconadas contradicciones, se le adjudique la palma á que tiene derecho; en este país de los romances, y donde el interés novelesco es acaso en el teatro el más poderoso medio de conmover los ánimos y cautivar las voluntades : dos modestas comedias, á toda pasion profunda ajenas, sin artificio aparente, sin peripecias que sobresalten, sin lances que sorprendan, sin más armas, en fin, que la verdad del pensamiento, los primores de sencillez del estilo, y el conocimiento profundo de la sociedad y del hombre, que por todos sus poros transpiran, han triunfado, sin embargo, desde el momento mismo de su aparicion en la escena, entusiasmando á la generalidad del público, asombrando á los inteligentes, enmordazando á la crítica, reduciendo al silencio á la envidia, y constituyendo época y escuela.

Que esas dos comedias, honra imperecedera de nuestro Parnaso escénico, son, Señores, *El Sí de las Niñas*, de Moratin, y *El Hombre de Mundo*, de Vega, no habeis menester que nadie, y ménos yo, os lo diga.

Largos años mediaron entre las respectivas apariciones de esos dos luminosos astros sobre el horizonte del Teatro español; muy distintas son las épocas en que brillaron; grandemente diversos los fines de Moratin y de Vega; casi opuestos entre sí los asuntos que trataron; y, sin embargo de todas esas antitéticas circunstancias, las dos comedias tienen tan íntimo parentesco moral, y analogía literaria tan incontestable, que apénas se concibe cómo la crítica filosófica pueda ocuparse en una de ellas sin tratar al mismo tiempo de la otra.

Y es, Señores, que esencialmente el arte es siempre el

mismo; es que las costumbres y la moda cambian, que las preocupaciones y los vicios mudan de forma, pero el corazon y la conciencia humanos son inalterables.

Moratin vivia en una sociedad caduca, en los momentos mismos en que las ideas modernas iban á penetrar en ella, desdichadamente de mala manera, pero lógica y necesariamente.—La razon de ser de las instituciones políticas todas, y de muchas sociales todavía en pié, y predominantes aún, habia desaparecido; la razon humana se rebelaba contra esa flagrante contradiccion entre lo que era y lo que ser debia; y si, como en todas las rebeliones, los excesos de los insurrectos oscurecieron, como siempre oscurecen, la justicia que á veces les asiste, y más de una vez mancillan el pendon mismo á cuya sombra pelean, no por eso puede negarse aquélla, ni desconocer los principios en que estriba.

Contrayéndome al asunto que trato, Señores, y que, á mi parecer, tiene no solamente grande importancia literaria, sino mucha más acaso en el órden social, figúraseme que debo llamar vuestra atencion, ántes de pasar adelante, sobre la circunstancia notabilísima de ser una misma la institucion que eligieron Moratin y Vega, cada cual en su obra maestra, para dar al público una gran leccion moral, y hacer eterna la fama de sus nombres en los fastos de la literatura dramática.

Tanto en *El Sí de las Niñas* como en *El Hombre de Mundo*, se trata, Señores, del *matrimonio;* de esa institucion sin la cual no hay ni sociedad ni moralidad posibles, y que, eso no obstante, y á pesar de los esfuerzos de todos los legisladores del mundo, y sin embargo de la sancion con que en nombre del cielo la consagran y han consagrado siempre,

así la religion verdadera como las falsas, adolece, prácticamente considerada, de tan graves defectos, y produce con frecuencia tan tristes resultados, que viene siendo de siglos muy remotos á nuestros dias, inagotable asunto de especulaciones filosóficas y de sangrientas sátiras.

En honor de la verdad, paréceme, y no puedo ménos de decirlo, que unos y otros, filósofos, moralistas, satíricos y dramáticos, han perdido lastimosamente el tiempo, y seguirán perdiéndolo en lo sucesivo; porque, miéntras no cambie y mejore la naturaleza humana tan radicalmente como sólo en virtud de un milagro del Altísimo se concibe que acontezca, el matrimonio, en sus consecuencias, será lo que es y lo que ha sido hasta aquí: una lotería, en que los premiados son pocos, pero los contribuyentes todos.

Mas no por eso nos parecen ménos loables los esfuerzos de aquellos que, como Vega y Moratin, consagran su gran talento á remover obstáculos á la felicidad doméstica, y con discretos escarmientos en cabeza ajena, á poner sobre aviso á los casados. Cuanto más sembrado de escollos el fondo del mar en que ha de navegarse, tanto más útiles en él las boyas, y en la cámara del piloto las cartas hidrográficas que los señalan.

Moratin, Abate y soltero, y que estaba ya más cerca de los cincuenta que de los cuarenta años de su edad cuando se estrenó en Madrid (24 de Enero de 1806) *El Sí de las Niñas*, quedóse prudentemente en el atrio del templo de Himeneo; Vega, que escribió *El Hombre de Mundo* casi á la edad misma que Inarco Celenio su obra inmortal, como era ya casado, penetró audaz en el santuario del númen.

Moratin, hombre de su época, asestó sus poderosos tiros

á un tiempo al abuso de la patria potestad y á la mal entendida educacion monástica, que hacia de muchas jóvenes otras tantas hipócritas ó víctimas, si no tal vez á la par entrambas cosas.

Vega, viviendo en nuestra actual sociedad, escéptica en religion, latubidanaria en la moral, y más de los goces materiales cuidadosa que á poéticas ilusiones sensible, hace del descreimiento mismo el verdugo de los que le profesan.

El D. Diego del *Sí de las Niñas*, por confiado, llega á punto de aparecer horriblemente egoista, y de hacerse á sí mismo, y de hacer para siempre infeliz á una inocente criatura, siendo él en realidad un justo, benévolo, probo y misericordioso varon, como pocos, muy pocos, de los que este valle de lágrimas transitamos.

El D. Luis de Vega, por escéptico, hace suplicio intolerable, para él y para su honrada consorte, de la felicidad conyugal misma.

Doña Paquita, angelical criatura, tan virtuosa y buena como quisiéramos todos á nuestras hijas, y creyente ademas hasta la credulidad misma, incurre, por la dura ley de la opresion forzada, en pecado de hipocresía con su madre, de falsedad con el anciano honrado y generoso que va á confiarle su felicidad y su nombre, y llega casi á sacrificar al jóven á quien ama de todo corazon, y por quien es á su vez tiernamente amada.

Clara, noble dama, honrada esposa, mujer de ánimo esforzado, que en este momento, Señores, recuerdo como si ante los ojos la tuviera, representada más que dignamente por una entónces ilustre y bellísima doncella, hoy víctima ilustre de una gran catástrofe, en la cual su varonil cons-

tancia descuella sobre las ruinas de un imperio, con todo el brillo de la dignidad inmaculada, con todo el prestigio del preclaro y bien llevado nombre de *Guzman el Bueno;* Clara, digo, Señores, desciende, por los celos que de la duda nacieron forzada, á mentir las apariencias de una fragilidad, cuya sola idea á ella misma la indigna y ruboriza.

Sólo cuando así, penetrando en lo más recóndito del corazon humano, se le sorprenden los secretos más íntimos; sólo cuando con un talento supremo de observacion, á pocos dado, se acierta á deslindar y hacer sensibles esos matices de transicion moral á los entendimientos medianos desconocidos, que unas veces por la virtud nos llevan á la fragilidad, y otras por ésa á las acciones honradas; sólo, en fin, al ingenio superior de un Vega y de un Moratin cabe hacer, de sucesos en la vida comunes, con personajes como aquellos con quienes cada dia nos rozamos en la sociedad, y sin más prestigios escénicos que una modesta decoracion de posada ó un estrado en Madrid, obras que, como *El Sí de las Niñas* y *El Hombre de Mundo*, divierten al frívolo, deleitan al entendido, entusiasman al público y asombran á los doctos.

Y pésame, Señores, haber comenzado por *El Hombre de Mundo* este sumario análisis de las obras dramáticas de nuestro Ventura; pues temo, en consecuencia, que esta parte de mi desaliñado discurso sea como cuerpo desproporcionado, en que la cabeza es colosal, y todo lo restante exiguo y débil en comparacion de aquélla.

Pero no tengo la culpa yo de que Vega encabezára con su obra maestra la coleccion *escogida*, por él mismo, de las suyas todas.

Sigue al *Hombre de Mundo*, en la coleccion inmediatamente, pero, ¿por qué no decirlo si así lo siento? muy á distancia en el mérito, *Don Fernando de Antequera*, drama digno de estimacion por su histórico asunto, por el gran pensamiento que en él anima, por la virtud del protagonista, y excusado es añadir, pues sabeis de quién es obra, por la correccion del estilo, lo castizo del lenguaje y la armoniosa fluidez de sus versos.

Profundamente pensado y hábilmente dispuesto, como todo cuanto Vega hacia para el teatro, cuando á trabajar mecánicamente para el pan nuestro de cada dia la suprema ley de la necesidad no le obligaba; escrito en estilo más propio de la comedia de alta esfera, ó del género romántico, que del plan esencialmente sobrio y clásico, á que el autor instintivamente sujetó su ingenio, el *Don Fernando de Antequera*, abundando en bellezas de expresion y de pensamiento, de que alguna me permitiré citaros, adolece, sin embargo, de cierta languidez, que le hace en la escena poco interesante.

Procede ese fenómeno, á mi entender, en parte del autor, y en parte tambien de la índole del asunto de esa obra.

Estaba en la naturaleza de Vega un amor casi idólatra á la belleza de la forma. «El cosido, solia decirnos familiarmente, importa tanto ó más que el paño.» Hasta cierto punto no se engañaba, porque, efectivamente, en muchas obras literarias, y en las poéticas muy en especial, lo primoroso de la ejecucion suple á veces lo defectuoso del fondo, y hasta su vacuidad misma oculta; pero, á mayor abundamiento, de manos de oficial tan superiormente hábil como lo era Ventura, no podia salir prenda que, cuando

ménos, no deslumbrase por la elegancia del córte y lo acabado de su labor, áun cuando no fuera precisamente de purpúrea lana ó de recamada estofa.

Ademas, Señores, no era en la invencion nuestro poeta tan fácil y fecundo como Lope, ni en la profundidad del pensamiento á Calderon comparable : sus dotes escénicas, en cuanto al fondo, fueron, en mi sentir, análogas á las de Ruiz de Alarcon, el autor insigne de *La Verdad sospechosa;* y por lo que á las formas respecta, no vacilo en asimilarle con Moreto.

Y si del autor pasamos á las obras, fácilmente echarémos de ver que así el asunto del drama como el gran carácter de su protagonista, D. Fernando de Antequera, se prestan más al buril de la historia ó á la pluma del filósofo moralista, que á la lira del poeta dramático. ¿Qué acontece en el drama que nos ocupa? Que niño el rey D. Juan II al fallecer su antecesor y padre, los Grandes de Castilla, por razones, interesadas unas y patrióticas otras, ofrecen al infante D. Fernando, tio, regente y tutor del monarca menor, el trono que aquél sólo nominalmente ocupar puede.

La tentacion es grande; para ceder á ella sobran especiosos motivos; D. Fernando es ambicioso, y se siente para reinar nacido; la levadura de Adan fermenta en él, como en todos los humanos, y sin embargo, resiste, triunfa de los conjurados y de sí mismo, y afirma, en fin, la corona en las infantiles sienes de su huérfano sobrino.

Notable ejemplo de moralidad política y de acrisolada virtud, sin duda alguna; más, por lo mismo, carece el drama de esos movimientos de pasion, de esas alternativas de fuerza y debilidad, de esa lucha entre el bien y el mal, de

esos contrastes de virtud y flaqueza, sin cuyo concurso no hay medio de interesar y conmover hondamente al público.

Los seres perfectos, ó poco ménos, admiran más que conmueven en el teatro: Fedra y Medea están en su lugar en las tablas; la inmaculada Madre del Salvador no tiene más sitio propio que los altares.

Pero, si en conjunto *Don Fernando de Antequera* me parece lo que para cumplir con mi conciencia no he podido ménos de deciros, considerándole fuera del teatro, y sólo literariamente, téngole por obra de gran mérito, y de bellezas de primer órden esmaltada.

Sirvan de muestra los versos que pone el autor en los labios de S. Vicente Ferrer, de aquel varon insigne, cuyo mayor milagro fué, á mi juicio, haber llegado á santo siendo hombre político, y hombre político en España.

A los Grandes de Castilla, que incitan, que casi fuerzan al Infante-Regente, con sofísticas razones de conveniencia, á que usurpe la corona, responde el Santo:

Nunca por el camino del delito,
Ni hombres ni reinos salvacion alcanzan.

Replícale el Condestable:

¡Hijo del Turia sois!..... Quereislo todo
Para Aragon, para Castilla nada.

Y responde Fr. Vicente:

Mi ley es la de Dios, mi patria el mundo.
Do la justicia está, mi voz la ensalza,

Y do la iniquidad mis ojos miran,
Allí impávido corro á contrastarla.
Vedme aquí pues. ¡En vano vuestro intento
Con mentiroso nombre se disfraza;
Razon de estado la llamais vosotros,
Mas ante Dios iniquidad se llama!

Así hizo nuestro Vega explicarse dignamente al varon justo y sereno; oid ahora cómo sabe tambien hablar el lenguaje de la más tierna filosofía.

La reina Doña Catalina, amedrentada por la conjuracion de los ricos-hombres, quiere, abandonando el trono, huir con su hijo de Toledo, y al declarárselo así al Infante-Regente, exclama:

¿Qué le falta,
Si las caricias de su madre goza?

D. Fernando contesta:

¿Qué le falta decís? ¡Pluguiese al cielo
Que esa inocencia en que le veis ahora,
Eternamente conservar pudiera,
Cual conserva la flor su blando aroma!
¡Edad feliz, en que el hogar paterno
Es nuestro mundo, y lo demas se ignora;
En que un beso de amor enjuga el llanto,
Que solamente de los ojos brota,
Y no del corazon! Mas ¡ay! que pronto
El huracan de las pasiones sopla,
Y, por su aliento abrasador marchita,
La flor de la inocencia se deshoja!

No me dejan proseguir, Señores, el temor de importunaros y la necesidad de hablar ya de *La Muerte de César*, tragedia que Vega estimaba más acaso que ninguna de sus obras. Tambien Cervántes, no lo habréis olvidado, tenía en más estima al *Persíles* que al *Ingenioso Hidalgo*.

Pocos hombres ha producido la creacion tan grandes, y ninguno acaso que haya dejado en la historia tan profunda huella, ni en los destinos de la humanidad haya ejercido y áun ejerza tan poderosa influencia, como el conquistador de las Galias.

Rival del mismo Catilina en la inmoralidad, en los vicios, en el descreimiento absoluto; aristócrata en las orgías, y plebeyo en los comicios; superior al mismo Alejandro como conquistador, y como gran capitan sólo acaso igualado por el vencedor de Austerlitz; sin escrúpulos para lograr los fines de su ilimitada ambicion, pero magnánimo en la victoria; pródigo, y por la sed de las riquezas devorado; incapaz de sufrir igual en la república; despreciador de las leyes; con los proletarios munífico en dones y con sus excesos hasta la complicidad tolerante, el triunfador de Farsalia tiene á mis ojos, Señores, no sólo el crímen de tirano, sino el más grave aún de haber con sus altas innegables dotes ennoblecido, en la apariencia, la tiranía, erigídola en escuela, y dado su nombre á las autocracias, á los despotismos, á las usurpaciones todas á que el genérico dictado de *cesarismo* se extiende.

En vano la historia nos revela con qué pasmosa celeridad pasan los pueblos, una vez á esta plaga funesta sometidos, del yugo de un César glorioso como Cayo Julio, al de otro César artero como Augusto; de un opresor hipócrita y cruel como Tiberio, al de un estúpido verdugo como Calígula ó de un feroz demente como el hijo infame de Agripina. En vano nos muestra esa misma historia á la gran Roma, de su libertad privada por Julio César, caminar por sus pasos contados, de una en otra degradacion,

hasta caer vencida, sin lucha apénas, á los piés de los bárbaros vencedores de Augústulo.

Siempre al autócrata, siempre al general dictador, siempre al imperante en virtud de la fuerza contra el derecho, le llaman *César* sus seides; siempre los pueblos, como á *César*, se le rinden; pero siempre tambien—que la justicia de Dios nunca falta, aunque á veces nos parece tardía;—siempre tambien los cesarismos acaban en tremendas catástrofes, que, por desdicha, aunque no inmerecida, pesan más que sobre los culpados mismos, sobre aquellos que, ciegos ó débiles, sus culpas consintieron.

Pero no es de juzgar á Julio César de lo que aquí se trata; y perdonad, Señores, á mi incorregible defecto de consentirle siempre al sentimiento, que á su placer me lleva; perdonadle, os ruego, al extemporáneo arranque de conciencia con que de importunaros acabo.

La figura de César, por su grandeza misma, no podia ménos de fijar la atencion, como la ha fijado en efecto, de muchos y muy importantes poetas dramáticos, y sobre todo de aquellos que, fieles sectarios de la escuela clásica, tenian el derecho de eleccion limitado, con rarísimas excepciones, á los fastos de la antigua Grecia y de la antigua Roma.

Carezco, Señores, y francamente os lo confieso; carezco de erudicion bastante para enumerar aquí, no diré todas, pero ni siquiera muchas de las tragedias sobre la muerte de César escritas ántes de la de nuestro ilustre compañero.

No conozco en materia alguna más libros ni papeles que los que realmente he leido; y bien comprenderéis que no han podido ser ésos en número copioso, sabiendo como leyó quien os habla, sólo en los intervalos que le dejaron libres

sus forzosas ocupaciones, sus no voluntarios viajes y sus penas, más sentidas que lloradas.

Habréis de contentaros, pues, con que os cite únicamente los dramas sobre el asunto de Shakespeare, de Voltaire y de Alfieri.

Á todos ellos, y tambien al de Vega, aunque tal vez ménos, en parte, que á los otros; á todos ellos me parece igualmente aplicable la discreta observacion de Mr. Guizot respecto al del gran poeta inglés: «Bruto es el protagonista, si César, su poder y su muerte el asunto del drama.»

Shakespeare, como de costumbre en sus dramas-crónicas, se ha inspirado directa y resueltamente en la historia; y sin aspirar ni á desfigurarla ni á embellecerla, ha procurado, y conseguido á mi juicio, reproducirla tan rigorosa como fielmente en la escena. Como Plutarco describe, el vate del siglo de Isabel de Inglaterra representa, digo mal, *evoca* los personajes que en su tragedia intervienen. El espectador asiste á los acontecimientos que prepararon y precedieron la catástrofe de los idus de Marzo; á la catástrofe misma; y á sus consecuencias hasta la batalla de Filipos, en que los matadores de César pagaron con sus propias vidas la que al Dictador habian arrebatado.

César y Antonio, Octavio y Lépido, Bruto y Casio, Senadores y Tribunos, ciudadanos y legionarios, todo es romano, todo histórico, todo retrato; pero retrato de mano maestra, de esos que pintan más acaso el espíritu que el cuerpo en que anima.

No hay allí más pasion que la política, más amores que al poder ó á la patria, más resortes, en fin, que los que en realidad á los verdaderos actores de aquel tremendo drama

movieron: de una parte la ambicion sin límites, en la gloria cimentada; y de otra el ódio fanático á la tiranía, llevado hasta el abominable exceso del asesinato.

Abominable, digo, y con toda mi alma; que si detesto el férreo yugo de la tiranía, más aún, si cabe, el infame puñal de los asesinos, sea cual fuere el especioso pretexto de que para usarlo se sirvan.

Pero, volviendo á mi asunto, ¿qué resulta de la fidelidad histórica de Shakespeare?—Voy á decíroslo: que en vez de un gran drama, nos ha dejado una crónica dialogada y en verso, y no otra cosa.

Digna de estudio en el gabinete, esa obra del autor del *Hamlet* y de *Ricardo III* no arranca, ni hay razon para que arranque aplausos en el teatro: los literatos la celebran, los doctos la estiman, al público no le conmueve; y drama que no conmueve, estoy por deciros, Señores, que no es drama.

Voltaire primero, despues Alfieri, y últimamente nuestro Vega, comprendiendo sin duda, como yo lo siento, que sin pasion no hay drama, trataron, cada cual á su manera, de suplir á la del amor, sin desnaturalizar el asunto, la época y los caractéres de los personajes, que de todo tenian ménos de platónicos y, en la moderna acepcion, de enamorados; trataron, digo, de buscar un resorte supletorio al del amor erótico, en uno de los más poderosos y más santos afectos que en el corazon humano caben. Al efecto, desenterrando cierta oscura tradicion, cuyo orígen en este momento ni yo recuerdo, ni al caso importa, supusieron á Marco Bruto hijo natural de César, habido en Servilia, hermana de Caton el de Útica.

Luchando así el protagonista entre la piedad filial y el amor á la libertad de su patria, no he menester deciros que el asunto entra de pleno derecho en la jurisdiccion dramática; y sin embargo, ni Voltaire, ni Alfieri, ni Vega tampoco, aunque, á mi juicio, más acertado en el plan, al ménos, que sus dos ilustres predecesores, han logrado hacer un drama interesante de *La Muerte de César*.

Ménos feliz que en su primer *Bruto* (en castellano, muy bien traducido por Saviñon, si no me engaño, conocido con el título de *Roma libre*), Voltaire, que en esa obra habia conseguido, vanagloriándose más de una vez de ello, hacerse aplaudir en una tragedia *sin amor* (son sus palabras), no alcanzó otro tanto en *La Muerte de César*, aunque al cabo el amor de padre á hijo en ella interviene.

Paréceme á mí, razones de circunstancias aparte, que la rara excepcion en *Roma libre* alcanzada puede explicarse muy bien por la diferencia entre su asunto y el del segundo *Bruto*.

Venga allí Lucio Junio el infame agravio hecho á Lucrecia; agravio que no hay mujer honrada á quien no aterre; agravio que no hay hombre con madre, esposa ó hija, á quien profundamente no indigne. El rey Tarquino, su hijo Sexto, sus cortesanos todos, son personajes esencialmente odiosos; y por último, el atroz sacrificio que á la salvacion de su patria hace Bruto, al pronunciar como juez supremo la terrible sentencia que su corazon desgarra, es uno de esos actos de cruel heroismo, como el de nuestro inmortal Guzman el Bueno, que conmueven profunda, ya que no agradablemente, al más empedernido pecho.

Las circunstancias son muy distintas en *La Muerte de*

César. El tirano es un grande hombre, simpático, tanto ó más que por sus buenas prendas, por sus defectos mismos. El crímen de usurpacion, meramente político, no á todos parece crímen; gentes hay, y muchas, que consideran la tiranía de César, ó como una fatídica consecuencia de la corrupcion de Roma, ó como un acto hasta patriótico para salvar la libertad de sus propios excesos. Yo no pienso así; pero no puedo negar que son muchos los que de mi opinion disienten. Además, ¿ignora Marco Bruto que César es su padre? Pues entónces no hay interés dramático, y el protagonista no es más que un sanguinario y fanático revolucionario.—¿Sabe el vínculo que al Dictador le enlaza? —En tal caso, para el espectador moderno Bruto es un monstruo de ambicion ó de locura. ¿Por qué no se anula y desaparece, ántes de hacerse cómplice en la tiranía que su conciencia rechaza, ó clavar el arma parricida en el pecho del autor de sus dias?

En todo caso, Señores, César muere asesinado, y el asesinato repugna al corazon como á la conciencia de todo hombre honrado. Quizá nadie explicó hasta hoy tan claramente y en ménos palabras que nuestro gran Quevedo, la impresion que en todo ánimo desapasionado y recto causan necesariamente los dos personajes principales de cualquier tragedia que estribe sobre el acontecimiento á que nos referimos.

«Escribo (dice, en efecto), en la vida de Marco Bruto y »en la muerte de Julio César, los premios y los castigos que »la liviandad del pueblo dió á *un buen tirano* y á un *mal* »*leal.*»

Así se explica, así me explico yo á lo ménos, *à priori*, y

abstraccion hecha del mérito artístico de los dramas en cuestion, el infeliz éxito que en muy diferentes épocas, países y circunstancias han tenido todos ellos en la escena.

Porque el *Bruto Secondo* de Alfieri, de que sólo para mencionarlo os he hablado, aunque en él brillan, como en todas las obras de aquel poeta, gloria de Italia, su gran conocimiento de la historia, su severidad clásica, su aticismo incomparable, y sobre todo, aquella privilegiada y segura intuicion con que á los héroes de la antigua Roma se identifica, como nadie acaso, es, sin embargo, una obra que, leida con gusto, no se desea siquiera ver en escena.

Indudablemente nuestro Vega, aprovechando discreto, así los errores como los aciertos de cuantos ántes que él habian tratado el mismo asunto, salvó en su tragedia más de un escollo en que aquellos grandes hombres tocaron, y dió á su obra algun interés más vivo, algun movimiento escénico más animado.

La introduccion en su drama del personaje de *Servilia*, la hermana de Caton y la supuesta dama un tiempo de César, y en consecuencia madre de Bruto, fué el arbitrio á que apeló nuestro poeta, esperando tal vez que, como el fuego robado al cielo por el audaz Prometeo, diese vida á su clásica estatua.

Engañóse, empero, y siento decirlo; engañóse, primero y principalmente, eligiendo un asunto cuya incapacidad para el teatro tenía la experiencia demostrada en manos de tres tan grandes maestros del arte, como lo fueron Shakespeare, Voltaire y Alfieri; un asunto, además, político, no más que político, y por tanto, fuera hasta cierto punto de la competencia de Vega, escasa en esa materia, á que no tuvo in-

clinacion sincera nunca, y para la cual carecia de dotes propias.

Su condiscípulo Pardo hubiera podido sentir mejor el asunto y apasionarse más en el drama, porque apasionadamente sentia en materias políticas, y tenía la costumbre de dejarse llevar en la materia por sus sentimientos.

Vega, además, quiso en *La Muerte de César* ser ecléctico, dándole á su obra un corte en el fondo esencialmente clásico, y en el lenguaje y en el estilo las formas naturalistas de la escuela romántica. Así el drama parece á los románticos lánguido; á los clásicos sin la entonacion heroica que á su juicio requeria.

La verdad es, ó á mí me parece serlo, que *La Muerte de César*, llamada por su autor *Tragedia*, no lo es por sus formas, sobradamente democráticas para el coturno; ni tampoco *Drama*, en el sentido moderno de esa palabra, por la falta del movimiento y de la pasion que ese género exige.

La obra que nos ocupa es y será siempre recomendable, porque en ella campean, como de razon, las dotes singulares de nuestro poeta; pero no un drama que pueda competir con *El Hombre de Mundo*, ni ménos soportar la prueba definitiva, por más que se diga, de la representacion en el teatro.

Comprendíalo así el autor tan bien, que meses y años estuvo oponiéndose, con razon de sobra, á que se pusiera en escena aquel drama.

Venciéronle, al cabo, los ruegos de los actores y la importunidad de muchos de esos peligrosos admiradores de los hombres de gran talento, que suelen con su indiscreto entusiasmo precipitarlos. Representóse *La Muerte de César* con

esmerado celo, desempeñando el papel del protagonista uno de los actores de más talento que jamás han pisado las tablas en España, y los restantes, nuestros cómicos á la sazon más notables; la prensa anunció con toda su música celestial de proféticas, y muchas veces perjudiciales alabanzas, esa fausta solemnidad literaria; acudió el público ansioso y con devocion entusiasta al templo de Melpómene..... Y salió de allí, como es sabido, silencioso, taciturno, frio, triste, en fin, Señores, como yo me siento al referirlo.

Leed, sin embargo, *La Muerte de César*, leedla, jóvenes, y seguro estoy de que encontraréis en esa lectura sabroso deleite y provechosa enseñanza.

Al abrir del libro, como á la casualidad le plugo, ofréceseme la escena entre Bruto y César (escena á que indudablemente sirvió de modelo la análoga de Alfieri), en que procurando el Dictador ganarse la voluntad del conspirador entusiasta, y éste á su vez convertir al usurpador ambicioso en restaurador de las patrias leyes, contéstale César:

¿Qué libertad me pides, triste Bruto?
¿Qué libertad para tu patria sueñas?
¿La que gozaba Roma cuando iguales
Todos, y *todos pobres*, las faenas
Del campo eran su oficio? ¿Cuando el cónsul,
Cumplido el año, la segur depuesta,
Bajaba en paz del alto Capitolio,
Tornando ufano á manejar la esteva?
No es ésta aquella Roma: las conquistas
Vertieron en su seno las riquezas
Del subyugado mundo, ¡y con el oro,
La ponzoña que corre por sus venas!
El rico fué tirano; esclavo el pobre:
¡La libertad murió! Turbas hambrientas,
Tendidas en los pórticos, aguardan
Los desperdicios de opulenta mesa;

¡Y el libre voto, que á los altos puestos
De la suprema dignidad eleva,
A precio vil en los comicios venden!
¡Roma degenerada se prosterna
A las plantas de Mário, ó bajo el hacha
De Sila tiende la servil cabeza!
¿Y en tales manos su salud, su gloria
Pudiera yo fiar? ¡Bruto! Desecha
Tu mentida ilusion, los ojos abre;
¡Mira á Roma cual es, y no cual era!

¿Cabe, Señores, pintar con más verdad á un pueblo á quien la corrupcion hizo de la libertad indigno? ¿Cabe tampoco retratar más al vivo ese negro espíritu del cesarismo, que, comenzando por corromper á las naciones, convierte después esa su inicua obra en fundamental razon de su más inicua tiranía?

Vuelvo la hoja, y sáltanme á los ojos, iguales, si no superiores á los célebres sáficos y adónicos de Villegas, que todos hemos sabido en nuestra juventud de memoria, estos versos del *Himno á Luperco:*

Sacro ministro del potente Jove:
Fuente de vida, animador del mundo:
Númen fecundo, tutelar de Roma,
¡Divo Luperco!
Blando rocío los sedientos prados
Riegue, y del grano que su seno encierra,
Brote la tierra, á tu amoroso aliento,
Frutos opimos!

Y frutos opimos hallo yo tambien del claro talento lírico de nuestro Vega adonde quiera que vuelva los ojos en esta su predilecta, aunque no ciertamente su mejor obra dramática de cierta importancia.

Otra nos ha dejado incompleta: *Los dos Camaradas,*

parte primera del drama *Miguel de Cervántes*, que largo tiempo, y sin resolverse á terminarlo, tuvo Vega *en el telar*, como suele decirse; y en la cual nos parece que hubiera acaso encontrado el desquite de su error en permitir la representacion de *La Muerte de Julio César*.

Tres años há que, ya en la tumba su autor, vimos en el teatro *Los dos Camaradas*, justamente aplaudidos por el público, á pesar de que no hay en ellos más que un fragmento de drama. Pero está escrita esa obra con tal propiedad en el estilo; aparecen en la escena personajes tan interesantes, y por el poeta pintados con tan perfecto conocimiento de sus vidas y caractéres, que, como he dicho, paréceme el juicio del público bien fundado.

Ni en feliz éxito, ni en mérito y popularidad literarias, ceden á la *Crítica del Sí de las Niñas*, pieza original, en un acto, discreta, bien hablada, y en la coleccion inclusa, *Los Partidos*, comedia; *Jugar con Fuego*, *El Marqués de Caravaca*, zarzuelas, y alguna que otra produccion de las muchas en que, sobre ajena invencion, ingertó Vega, si me permitís la frase, la galanura y correccion de su estilo, su perfecto conocimiento de los efectos escénicos, y su exquisito tacto para agradar al público.

En ese punto puede aplicarse con toda exactitud á nuestro poeta lo que de Moreto, cuando de plagiario se le acusaba, solia decir el Sr. Lista:—*¡Sí, roba; pero mata!*—Porque, en verdad, el uno y el otro, Vega y el inmortal autor del *Desden con el desden* y del *Lindo Don Diego*, tan mal parados dejaron siempre á los escritores de cuyos pensamientos se aprovechaban, que apénas hay ya quien de los más de ellos ni de sus obras se acuerde.

¿Qué os diré, Señores, de la *Fantasía dramática* para el aniversario de Lope de Vega, y de *La Tumba salvada*, escrita para solemnizar la primera traslacion de los restos del príncipe de los poetas dramáticos españoles, D. Pedro Calderon de la Barca, al cementerio, de donde han pasado recientemente al futuro Panteon nacional?

Que ambas son dos obras de circunstancias, de esas que graciosa y gráficamente ha denominado *de encargo* nuestro ilustre colega el Sr. Hartzenbusch; y en que todos cuantos al gremio literario pertenecemos, en alta ó baja esfera, tuvimos que incurrir en momentos dados.

Añadir que una y otra, y la segunda sobre todo, por la feliz imitacion del conceptuoso estilo de Calderon, tienen gran mérito poético sería superfluo, ya porque todos las conoceis y sois capaces de juzgarlas mejor que yo, ya porque el nombre de su autor excusa en la materia todo encarecimiento.

¿Quereis ahora que os diga en pocas palabras mi juicio respecto á Vega como autor dramático?—Pues voy á procurarlo.

La naturaleza le hizo más observador que inventor; más perspicaz para las formas, que inclinado á generalizar filosóficamente las condiciones fundamentales de la humanidad, de cuya contemplacion profunda nacen *La Vida es Sueño* ó *El Otelo*.

La educacion y el carácter arrastraban á Vega á la escuela clásica en el teatro, así como tambien en lo lírico.

La propiedad del lenguaje, la correccion del estilo, la economía y exactitud en las imágenes, la sobriedad en los episodios, y la gracia siempre culta, aunque alguna vez de

color subido, en los agudos chistes, son, á mi parecer, sus dotes culminantes, y eran las que él más en estima tenía.

Chassez le naturel; il revient au galop,

ha dicho Boileau, y no hallaréis desmentida esa máxima de sentido comun en las obras dramáticas de Vega.

Siempre que intenta hacerse romántico se muestra inferior á sí mismo, sin dejar de ser un gran poeta y un hombre de inmenso talento.

Tampoco acierta bien á ser político; Dios le habia hecho para poeta cómico, y eso es lo que exclusivamente fué bien en el teatro.

Su obra maestra, su incontestable y glorioso título á tomar asiento, entre Montalban y Moreto en el Parnaso antiguo, al lado de Inarco Celenio en el moderno, es *El Hombre de Mundo.*

Así como, para mí al ménos, Moratin está todo en *El Sí de las Niñas*, Vega en *El Hombre de Mundo.* ¿Sabeis por qué, Señores? porque *Don Diego* es Moratin puesto en escena; porque *Don Luis* es el mismísimo Ventura de la Vega figurando en las tablas.

Pasemos al poeta lírico.

En poco volúmen, como siempre los metales preciosos, encierra la coleccion de poesías de Vega un tesoro inestimable en su género.

No sé si es verdad ó no, aunque á veces suele parecérmelo para mi dolor, eso de que la Poesía lírica, asustada acaso por el estrépito de las locomotoras, ó temiendo que del alambre telegráfico se desprenda inesperadamente el rayo de Júpiter, si no tal vez solamente porque el clamo-

reo incesante de ideólogos, economistas y políticos la asorda y confunde, se aparta con rápido vuelo de nuestro materializado siglo, dejándonos entregados sin defensa al yugo de la utilitaria prosa.

Digo que á veces eso me parece verdad; pero si vuelvo los ojos, ó más bien la memoria, á los amigos que ya la tumba encierra, que de los vivos no debo hablaros; si recuerdo los dias de mi adolescencia y de mi juventud, en que tuve la dicha de frecuentar á Quintana, á Gallego, al Duque de Frias, amigos todos de mi padre; de vivir en íntimo contacto con Lista, con Pardo, con Vega, con Espronceda, ¿cómo quereis que me persuada de que no hay poetas ni poesía en esta era?

Yo creo, Señores, con ó sin permiso de los que pretenden que es inútil todo aquello que en la bolsa no se cotiza ó en el mercado no tiene precio corriente, que la poesía es á la humanidad tan necesaria, y por consiguiente, de la humanidad tan propia, que así como no se conserva memoria de pueblo ni de civilizacion que sin ese elemento espiritual hayan existido, tampoco es posible que en lo futuro deje de haber poesía y poetas en todas partes.

Sea como quiera, por decontado de los discípulos de Lista, pocos han dejado de hacer versos, y muchos, entre los cuales los tres que nos ocupan, los hicieron excelentes, alcanzando por ende merecida fama.

Vega, como su primera oda, *A Lista en sus dias*, lo acredita, comenzó á hacerlos de gran mérito ántes de cumplir los diez y seis años (1823).

Oidle un momento, Señores, niño, pero ya vate, mitológico y clásico hasta las uñas, pero ya correcto, ya inspirado como siempre.

Felicita en sus dias á nuestro sabio maestro, *Anfriso* entre los Árcades, y dícele:

> Que Anfriso nace, y la virtud sublime,
> La cándida inocencia,
> Fugitivas doquier, buscando errantes
> Asilo do morar, vieron su pecho,
> Y en su pecho anidaron,
> Y virtud é inocencia le inspiraron.
> Este dia feliz, cuyos albores,
> Bella aurora, derramas,
> Le vió nacer: el caudaloso Bétis,
> Torciendo ufano su corriente pura,
> Besar la cuna quiso
> Do reposaba el envidiado Anfriso;
> Y la orgullosa frente levantando,
> De laurel coronada,
> Al sacro *Tajo*, al rápido *Garona*,
> Al *Ródano* y al *Pó* y al *Manzanares*
> La vista audaz tendia,
> Clamando ufano: *¡La victoria es mia!*

No seré yo quien ahora juzgue al siempre inspirado y entónces tierno alumno de las Musas; no seré yo, sino su gran maestro, en los *mejores sáficos adónicos*, como el mismo Vega nos dice, que en castellano se conocen.

Pocas estrofas me es dado recitaros aquí de esa composicion en que contestó Lista á la oda de su discípulo, pero ellas bastarán para que los aprecieis á entrambos en lo que valen:

> Y canta, dice, ¡oh jóven, á quien dieron
> Su blando beso Melpomene y Clío!
> Canta, y las rosas que el Parnaso riega,
> Ciñe á tu lira.
> La virtud canta y la amistad, y el hombre
> Unido al hombre en hermanales lazos;
> Tu voz primera, cual sañudo trueno,
> Tiemble el impío.
> Así en la cuna el animoso Alcídes

Las bravas sierpes domeñó, probando
Aquellas fuerzas que sentir debian
Lerna y Tifeo.

Cuatro años más tarde, en un canto épico de Real órden entonado á Fernando VII, entre otras muchas excelentes octavas, hallo estas dos, de las cuales la que va en cabeza le sirvió de epígrafe á la primera de mis producciones literarias que vió la luz pública:

¿Por qué de Roma, tu ofuscada mente,
Hazañas busca en la remota historia?
¿Para asombrar á la futura gente,
No basta acaso la española gloria?
Cuando virtud y honor tu lira intente
Eternizar del mundo en la memoria,
Los campos corre de la madre España,
Y cada monte te dirá una hazaña.
Tiende la vista á la encumbrada peña
Donde el Astur su independencia adora;
Mira, de Cristo á la triunfante enseña,
Despavorida la falange mora;
Mira humillada la soberbia isleña
Ante la hueste ibera vencedora,
El abatido orgullo de la Francia,
Los abrasados techos de Numancia.

Compite así gloriosamente con Ercilla, y no se acerca ménos á Herrera cuando, en su imitacion de los *Salmos*, prorumpe, con verdadero acento bíblico, en estas voces:

Te cantaré, mi Dios, cuando te plugo
Bajo tu amparo y guía
Á Israel acoger, que bajo el yugo
De Faraon gemia.
Del tirano en el pecho diamantino
Pusiste fiero espanto.
Tembló: tu brazo conoció divino:
Soltó tu pueblo santo.
El mar lo vió y huyó: de enjuta arena

Ancha senda le ofrece;
Síguelo, Faraon.—¡La mar serena
Lo traga, y desparece!

Vega, os lo he dicho repetidas veces, no era en realidad hombre político; pero, ¿quién se exime de aspirar la atmósfera en que vive, ni de respirar el aire mismo que sus pulmones absorben?—Por otra parte, en ánimo tan generoso, y tan superior entendimiento, no cabia, dada su época, que dejase nuestro Ventura de ser *liberal*, de aquellos de la escuela del año doce, sincerísimos platónicos amantes de una *libertad* que nada tiene de comun con la anárquica; que á todo se parece ménos al ídolo sangriento sacrílegamente en los altares muchas veces colocado. Vega, pues, liberal y jóven, y con intimidad unido á los *liberales* de su tiempo, sintió hervir en sus venas la sangre al tener conocimiento de la revolucion de Julio de 1830 en Francia, y más aún, al saber que una escasa, aunque intrépida hueste de emigrados españoles, de que formaba parte nuestro amado Espronceda, se disponia á penetrar en Navarra, como en efecto lo hizo, si bien con éxito infelicísimo.

Con ese motivo escribió la composicion titulada *Á mis Amigos;* composicion que el mismo Quintana no desdeñaría, y de la cual he de citar siquiera estas dos estrofas:

Sí; mas la musa que inspiró el robusto
Són que la trompa eternizó de Herrera,
Cuando Lepanto enrojeció con turca
Sangre sus olas;
Y la que tierna suspiró en Rioja,
La que del Tórmes encantó las aguas,
Todas llorosas, os demandan nuevas
Aras y culto.

. . . .

¿Veis?—¡Ya Pirene de sus cumbres lanza
Hijos de Iberia, que á salvarla vienen!
¿Veis?—¡Ya el tirano en su caduco trono
Pálido tiembla!
¡Caros alumnos! Á la nueva patria,
Ya desligada de servil coyunda,
Himnos de gloria y libertad, la corva
Cítara ensaye.

Por aquel mismo tiempo murió, todavía jóven, una ricafembra de Castilla, célebre por su belleza y discrecion en vida, y á la celebridad póstuma predestinada miéntras de la buena poesía castellana no renieguen los españoles; porque, en efecto, su muerte, no sé si diga que lloraron ó cantaron en elegantísimos versos los más ilustres vates de nuestro siglo.

Ya habeis adivinado, sin duda, que aludo á la temprana muerte de la señora doña María de la Piedad Roca de Togores, primera esposa de aquel ilustre Duque de Frias que fué nuestro colega, y que así supo en los campos de batalla esgrimir bizarro el acero en defensa de la patria, como en el Parnaso español rivalizar con Quintana y con Gallego.

Esos dos grandes poetas, el mismo Duque de Frias, Larra, si no me engaño, y otros muchos, cuyos nombres ahora no recuerdo, contribuyeron á la *Corona fúnebre* que, á poco del triste acontecimiento á que se consagraba, vió en Madrid la luz pública.

¿Por qué entre las poesías de Quintana, insertas en la coleccion de sus obras, que forma parte de la de *Autores Españoles* de Rivadeneyra, no está su elegía *Á la muerte de la Duquesa de Frias?*

No acierto á explicarme esa omision; pues en verdad no desdice de las inmortales odas *Á Padilla*, *Al Mar*, y *Á la*

Imprenta, estos versos del Tirteo español, que la memoria me recuerda ahora.

Dice la Muerte:

> Granos todos de incienso, al fuego que arde
> Delante de mi altar, sois consagrados:
> Que uno caiga más pronto, otro más tarde,
> ¿Por eso habréis de importunar los hados?
> Bella fué: bella áun es: la amasteis bella:
> ¿Quereis que venga la vejez odiosa,
> Y en ella estampe su ominosa huella?
> *¡Muera más bien que envejecer la hermosa!*

Ni creais, Señores, que es inferior en nada á los versos del autor del *Pelayo* el *Llanto conyugal* del Duque viudo, *gimiendo* (dice) ante la *huesa fria*

> Donde en silencio sepulcral reposa
> Una mujer que áun en la tumba adoro.

Oidle, si nó; oidle y admiradle, padres conscriptos del Parnaso, y procurad imitarle, jóvenes poetas, que sois su esperanza:

> ¡Cuánto recuerda mi angustiada mente
> El venturoso dia
> Que la juré mi amor, juró ser mia!
> Sólo amor la ofrecí; que del paterno
> Estado, presa de ambicion extraña,
> Sólo pude salvar un noble acero
> Para hacer frente al invasor de España,
> Y un lozano bridon, fiel compañero
> De mis duras fatigas,
> En que, á los ecos del clarin guerrero,
> Cansado y polvoroso
> De combatir las huestes enemigas,
> Al ara conyugal corrí gozoso.

Quizá, Señores, analogías de profesion y áun de condiciones al contraer el lazo indisoluble, hacen que esos versos

me parezcan á mí excelentes; pero no media otra razon que la de la justicia para encomiaros y trasladar aquí siquiera un corto fragmento de la magnífica elegía que escribió don Juan Nicasio Gallego á la muerte de aquella beldad dichosa, de quien catorce años ántes habia dicho:

> Ántes la santa huella
> Del tardo cenobita oprima el mio,
> Que ver ¡oh Aspasia! tu sepulcro frio.

Vióle, sin embargo, el insigne cantor del Dos de Mayo; vió, en efecto, ese *sepulcro frio*, y como el Duque lo dice: «Despues del llanto fraternal, su llanto fué el primero en regar la tumba recien ocupada»; y el primero tambien entre cuantos cerca de ella se oyeron.

No me es dado aquí copiarle íntegro, único medio de que debidamente juzgárais ese canto fúnebre, entonado

> Cuando el cárabo oscuro
> Ayes despide entre la breña inculta,
> Y á tardo paso, soñoliento Arturo
> En el mar de Occidente se sepulta;

y que á los pocos versos hace exclamar al inspirado vate:

> ¡Ay! derramen sin duelo
> Sangre mi corazon, llanto mis ojos.

No puedo tanto: ceñiréme á un solo episodio, para cuya inteligencia tengo que recordaros que la amistad entre los Duques de Frias y Gallego databa de muy antigua fecha, y que el poeta, diputado liberal á las Córtes de Cádiz, fué, como otros muchos de sus ilustres colegas, arbitraria y duramente á prision reducido el año de 1814.

Recordando Gallego que, en aquel duro trance, fué espontánea y furtivamente á visitarle á la cárcel la Duquesa, dice de este modo:

> Sólo á tu blando ruego
> La amistad se vistiera
> Máscara y formas del amor, su hermano.
> ¿Quién, si no tú, señora,
> Dejando inquieta la mullida pluma,
> Ántes que el frio tálamo la aurora,
> Entrar osára en la mansion del crímen?
> . . . .
> En el mezquino lecho
> De cárcel solitaria,
> Fiebre lenta y voraz me consumia,
> Cuando, sordo á mis quejas,
> Rayaba apénas en las altas rejas
> El perezoso albor del nuevo dia.
> De planta cautelosa
> Insólito rumor hiere mi oido;
> Los vacilantes ojos
> Clavo en la ruda puerta, estremecido
> Del súbito crujir de sus cerrojos;
> Y el repugnante gesto
> Del fiero alcaide mi atencion excita,
> Que hácia mí sin cesar la mano agita,
> Con labio mudo y sonreir funesto.

Salta el poeta del lecho, y sigue al sayon

> Hasta un breve recinto, iluminado
> De moribunda y fúnebre linterna;

donde al cabo, con asombro indecible,

> Los bellos rasgos de *Piedad* divisa,
> Entre los pliegues del cendal flotante!

El cautivo entónces, lleno de admiracion y por el agradecimiento inspirado, exclama:

¡Ah! si á la fuerza del inmenso gozo,
Del placer celestial que el alma oprime,
Hoy á tus plantas espirar consigo,
Mi fiebre, mi prision, mi sér bendigo.

Pero no es Vénus lasciva, no es siquiera Diana, cauta, si frágil, la que desciende á la caverna de aquel *pastor dormido*, á Garcilaso tan ominoso; no, Señores: es la casta y sábia Minerva, que, en figura de ilustre matrona castellana, como alentó tal vez á Sócrates en el duro trance de apurar la envenenada copa, va entónces á llevarle al cautivo vate el consuelo de la amistad y los consejos de la virtud austera. Contra los golpes de la suerte impía (responde, en efecto):

Su cuello al susto y la congoja doble
El que del crímen en su pecho sienta
El punzante aguijon; que al alma noble,
Do la inocencia plácida se anida,
Ni el peso de los grillos la atormenta,
Ni el són de los cerrojos la intimida.

Prescindo del resto, porque otra cosa hacer no puedo; mas no de la estrofa final del episodio, que quizá no me perdonariais tampoco vosotros, Señores, que omitiera.

Contesta el preso dignamente á las palabras del ángel que á consolarle ha bajado á su calabozo, y pendiente aún el discurso, dice:

........No acabé; á deshora
La aciaga voz del carcelero escucho,
Diciendo:—Es tarde; baste ya, señora.
—¡Adios! ¡Adios! Del vulgo malicioso,
Que al despertar el sol sacude el sueño,
Temo el labio mordaz. ¡Adios te queda!
—¡Aguarda!—¡Adios!—Y en soledad sumido,
Oigo ¡ay de mí! del caracol torcido
Barrer las gradas la crujiente seda.

¿Conoceis algo, Señores, más verdad y más poético, más tierno y digno, más conmovedor y dramático, que ese inimitable cuadro, tan de mano maestra pintado?

Pues, sin embargo, dignamente figura la elegía de Vega al lado de la de Quintana, de la del Duque y de la de Gallego mismo.

Cualquiera otro elogio, dicho eso, sería tibio: réstame, pues, sólo ofreceros alguna muestra de aquella bellísima composicion.

> ¿Cuál es tu triunfo, ¡oh muerte!
> De tu falsa victoria cuál trofeo
> Es el que arrastras al sepulcro?—En vano
> Allí tu triste víctima sepultas:
> De tu centro profundo
> Rayo consolador refleja al mundo.
> Así, despues que cruza
> Por el tendido cielo el sol radiante,
> Y en los abismos de la mar se esconde;
> Melancólica, blanda, halagadora
> Luz á la tierra envia,
> Dulce recuerdo del ardiente dia.

Quintana cantó, como solia, estoico y pindárico; Gallego, dramático y humanamente sentido; Vega lo hace como poeta cristiano. Ya en las dos estrofas copiadas lo habeis visto; en las que á copiar voy, hallaréis la explícita confirmacion de la verdad que os digo.

Lleva el poeta al inconsolable esposo al panteon donde supone que yacen los restos venerables de los antiguos condestables de Castilla, dignidad, como sabeis, hereditaria en la casa de Haro, años hace con la de Frias unida; llévale, y hace que sobre su propia tumba se le aparezca la llorada esposa:

De sus hombros desciende
Cándido lino hasta la planta; el negro
Cabello ondea en su marmórea espalda;
Pálida majestad su noble frente
Y sus mejillas tiñe;
La corona ducál sus sienes ciñe,
Y con solemne acento
Así te dice:—Treguas, caro esposo,
Treguas á la afliccion; harto bañaste
De amargo llanto el solitario lecho;
¡Tú, que lloras mi suerte,
Si el triunfo vieras que nos da la muerte!
Aquí no turba el alma
El tronante cañon, la asoladora
Lanza, que salpicó de humana sangre
Los pacíficos campos donde alzamos,
Bajo el pajizo techo,
De nuestro mútuo amor el primer lecho.
La envidia ponzoñosa,
La calumnia procaz, la tiranía,
La bajeza servil, del mundo, sólo
Del mundo son: la adulacion traidora,
Que honor mentido ofrece,
En la losa del túmulo enmudece.
Mas no con llanto estéril;
Con la virtud conquistarás, esposo,
Este ignorado mundo de delicias.
¡Virtud costosa, sí! Que esta diadema,
Tanto del hombre ansiada,
Al bajar á la tumba, ¡cuán pesada!
No el velo misterioso
Me es dado alzar. ¡Adios! ¡Conmigo un dia
En lazo eterno!.....—Enmudeció la sombra
Y hundióse en el sepulcro; y áun su acento
—¡Virtud! ¡Virtud!—el templo resonaba!

Pidámosle á Quintana su filosófica armadura contra el dolor; á Gallego el arte de embellecer las penas mismas con los *recuerdos saudosos*, como los portugueses dicen, y yo no encuentro en castellano manera equivalente de expresarlo; pero si buscamos ese consolador espíritu del cristianismo, que

sabe hacer de la muerte una victoria, acudamos á Ventura de la Vega.

Tanto me he extendido hasta aquí, Señores, que por necesidad he de ser con exceso breve en lo que por decir me resta de nuestro poeta lírico.—No hay, entre todas sus composiciones, ninguna de que no pudiera citaros tantas ó mas bellezas que de las que examinadas dejo; pero he de limitarme ya á una sola, más que por lo que en sí vale, aunque es mucho, por el cariño especial que yo le profeso.

Refiérome á sus coplas de pié quebrado, *A orillas del Pusa*, que llevan en su coleccion la fecha de 1833, aunque á mí me parece que hubo de escribirlas algun año ántes, en virtud de recuerdos de los que no suelen engañarme.

Sea como quiera, Ventura estaba á la sazon en *villegiatura*, con el marqués de Malpica y su familia, allá en la hacienda y término de la villa misma de cuyo nombre titulan. Por ella corre, fertilizándola, un modesto rio, llamado el Pusa, que nace en las llanuras de Pinillas y va á perderse en el Tajo, llevándole el tributo de otros muchos arroyos, apenas de los dominios del Marqués sale. Yo estaba en Madrid encadenado por los deberes de mi profesion militar; Pardo, ausente en el Perú; Espronceda, ya más ó ménos voluntariamente emigrado; en Vega, pues, concentraba yo toda la amistad que á mis demás condiscípulos como á él les profesaba. Escribíamonos con gran frecuencia, comunicándonos todos nuestros secretos de corazon, si secretos pueden con propiedad llamarse los que, áun cuando callados, toda la sociedad de entónces conocia; y al mismo tiempo nos consultábamos todas nuestras composiciones literarias, como, desde que la pluma aprendimos á tomar en la mano

hasta que de ella se la ha arrancado la muerte á mis pobres amigos, lo hemos constantemente verificado.

Yo, que desesperando con razon de igualar nunca á poetas como Pardo, Vega y Espronceda, no habia osado hasta entónces hacer un verso, decidíme, no sé por qué, á escribir un mal soneto en alabanza de no recuerdo qué cantante, varon por añadidura, entónces á la moda, y remitíselo á Vega, que alabándomelo, para alentarme sin duda, en una discreta carta, me incluyó al mismo tiempo la composicion que esta intempestiva digresion excusa, si no motiva, y á que yo profeso más sentida que razonada preferencia.

¿Habeis tenido ocasion, Señores, de coger en vuestros brazos, apénas nacido, al hijo de algun amigo muy querido? —Si así es, fácilmente os explicaréis cómo entre su prole, por bella y estimable que sea, prefiere siempre, quien en tal caso se encuentra, al vástago que, por decirlo así, introdujo al mundo en sus brazos.

Tengo seguridad de haber sido, si no la primera, al ménos la segunda persona que, después de su autor, conoció la composicion *A orillas del Pusa*, y considérome en cierto modo como su padrino en Apolo.

Permitidme, pues, haceros oir algunos de sus, para mí, deliciosos versos.

Habla el poeta con el Pusa, y dice:

Tu raudal, de ese elevado
Monte al Tajo, en raudo giro
Se derrumba,
Tan humilde, que sentado,
Desde aquí su cuna miro
Y su tumba.
No importa que al Tajo ufano
Tu breve curso no iguale;

Corre ledo;
Y que nunca el cortesano
En la carta te señale
Con el dedo.

. . . .

Ese Tajo caudaloso,
En cuyo profundo seno
Vas á morir,
Ya con puente ponderoso
Su terso raudal sereno
Siente oprimir;
Ya la artificiosa presa
Su rápido curso estorba;
Ya desciende
Ruin bajel, que se empavesa,
Y su cristal con la corva
Quilla hiende.
Su destino es envidiar,
O de tu curso süave
La paz suma,
O el alto poder del mar,
Que puede tragar la nave
Que le abruma.

¿No es verdad, Señores, que en esa tan sencilla como conmovedora poesía hay algo, hay mucho de la inspiracion del maestro Leon en su oda *Á Felipe Ruiz*, y, más todavía en el fondo que en la forma, de aquellas inmortales coplas de Jorge Manrique, que todos estais, sin duda, en este momento recordando?

Extrañamente me obcecaria la preocupacion del cariño, si así no lo opinais; pero en lo que no me cabe duda de obtener vuestro ilustrado asentimiento, es en la opinion que profeso, y francamente expongo, de que Ventura de la Vega, como poeta lírico de la escuela clásica, pensador más que apasionado, castizo en el lenguaje, en el estilo correcto, en la locucion poética feliz siempre, y en materia de buen

gusto perfecto modelo, ha sido en nuestros tiempos sucesor digno de Rioja, y dignísimo émulo del Duque de Frias, de D. Juan Nicasio Gallego y de su maestro mismo, nuestro inolvidable D. Alberto Lista.

DON JOSÉ DE ESPRONCEDA.

En algun libro he leido, aunque no recuerdo en cuál, ni al caso importa, pues por mi propia experiencia pudiera afirmarlo, que la gran dificultad, al escribir un soneto ó un drama, estriba en el último verso del primero, ó en el último acto, quizá en la postrer escena del segundo.

La última impresion, que es la que en el ánimo de lectores y espectadores prevalece, decide soberanamente del éxito de la obra; y en vano en ella habrá el autor agotado su ingenio, pobre ó rico, si al terminarla no cautiva el entendimiento ó no conmueve hondamente el corazon del público.

Ese temor me asalta muy naturalmente, Señores, al llegar á esta tercera y última parte del presente, ya prolijo y siempre de vosotros indigno, Discurso, en cuyo abono quiero confesaros que, debiendo haber sido detenidamente meditado, es, sin embargo, porque así lo dispuso la predestinacion de su autor, un papel al correr de la pluma escrito, sin más auxilio que el de una memoria por los años

debilitada, y una fantasía nunca poderosa, y hoy lo que no puede ménos de ser la de un hombre que de ella y con ella sesenta y tres años ha vivido.

Paréceme que el asunto es digno de vosotros; sé que el gran poeta de que voy á hablaros es personaje en el orbe literario de primera importancia y colosal figura; mas, por lo mismo acaso, me siento tan inferior al fin que me he propuesto, que de buena gana renunciára aquí á la temeraria empresa, si un compromiso de honra no me obligára, como en efecto me obliga, á no soltar la pluma hasta terminar la aventura en la medida de mis escasas fuerzas.

Oidme, pues, Señores, con la misma, con mayor indulgencia si cabe, que hasta aquí lo habeis hecho; y séame tambien benigna, allá donde espero en Dios que en eterna beatitud mora, el alma de aquel amadísimo amigo, al recordar cuyo ilustre nombre pudiera yo decir, con el cantor del Ponto:

Labitur ex oculis, nunc quoque gutta meis;

porque, en efecto, casi no puedo pronunciarlo sin que de llanto se inunden mis ya gastados ojos.

Pardo—y vuelvo, Señores, á los bienaventurados tiempos en que fuí discípulo de Lista;—Pardo, por su aplicacion, por su formalidad relativa, por su aprovechamiento en absoluto, inspirábame casi respeto.

Vega, envidia, y á veces cólera, viéndole apoderarse por asalto, y sin estudiar casi, de conocimientos que á mi laboriosidad se resistian tenaces.

A Pardo y Vega los queria muy sinceramente entónces, he seguido queriéndolos miéntras nuestro sublunar planeta

habitaron, quiérolos con toda mi alma ahora, que están ya en aquella *rueda*

Que huye más del suelo,

donde cada uno de ellos puede, con el maestro Leon, decir:

Quién rige las estrellas
Veré, y quién las enciende con hermosas
Y eficaces centellas;
Por qué están las dos Osas
De bañarse en la mar siempre medrosas.

Sí; yo amaba, amo y amaré siempre á mis dos tantas veces citados condiscípulos; pero el predilecto de mi corazon era Espronceda.

Y éralo, Señores, en la temprana edad por instinto y simpatías; luégo más tarde, y lo es hoy, más aún que por la excepcional grandeza de su inmenso talento, por el profundo y tiernísimo dolor que sus desventuras y temprana muerte me inspiran.

Prevenidos estais: que yo no he sabido nunca, no digo mentir, que es infamia, sino ni *disimular* siquiera, que puede ser prudencia. Prevenidos estais: no es el Aristarco severo, no es el juez imparcial siquiera, quien va á hablaros del autor del *Diablo Mundo;* no es tampoco su panegirista, sino su amigo íntimo, su casi hermano, el que pretende llamar vuestra atencion sobre las bellezas de sus obras, y explicaros, tal vez, la razon de ciertos lunares que en ellas se advierten.

Os lo he dicho al comenzar: Espronceda, á los quince años, no era un muchacho de esos inteligentes, aplicados y dóciles, que hacen con razon las delicias de sus maestros, para quienes, y no sin fundamento, las modestas dotes de

la medianía sumisa y laboriosa, valen más que los destellos del genio, para la pedagogia siempre incomprensible.

Así, miéntras ya Lista, y acaso tambien el mismo Hermosilla, adivinaban en el turbulento mozuelo al futuro poeta, los inspectores del colegio de San Mateo, en sus notas oficiales, ven más las travesuras y la desaplicacion de Espronceda que su poderosa inteligencia.

Una vez alumno libre (como si de hoy se tratára, diriamos), en la calle de Valverde, á consecuencia de la estúpida supresion del colegio, aquella precoz criatura descuida las matemáticas, no porque su dificultad le arredre, sino porque la regularidad le repugna, y entrégase á su sabor á los impulsos de la llama poética, que arde intensa en su mente, que de todo su sér es señora, y que, llevándole por desusados y escabrosos senderos á traves de una breve y dolorosa vida, ha de conducirle prematuramente al sepulcro. ¡Ay me! ¿Cuándo? Precisamente en la época en que tal vez, calmada la impetuosidad primera de las pasiones, abiertos los ojos á la luz del desengaño, madura ya la razon á influjo de la experiencia, y jóven aún y entero de cuerpo y de espíritu, hubiera podido Espronceda gozar de cuanto bien cabe en esta vida transitoria, ser algunos años más gloria del Parnaso español, y dejar á la posteridad, juntamente con los que ya gozamos, otros muchos y quiza más sazonados frutos de su preclaro ingenio.

Dios, que de otro modo lo ha dispuesto en sus inescrutables designios, sabe solo por qué así ha sucedido.

Buscarruidos era, en verdad, Espronceda en sus primeros años, como donosamente le ha llamado su, como yo, condiscípulo y amigo Pezuela, en el elogio fúnebre de Vega,

que con merecido elogio cité á su tiempo.—*Buscarruidos* era, y aquí, que mis nietos no me oyen, he de confesaros, Señores, que algo lo era tambien cierto cadete de artillería, entónces compañero, y hoy coronista de Espronceda.—La sangre hervia en las venas de entrambos mancebos con calor de sobra; la lectura de Calderon al uno y al otro los estimulaba á imitar el ejemplo de aquellos galanes que estaban siempre con la espada en la mano para los hombres, y con la declaracion de amor en los labios, dispuesta para la primera como para la última dama, que al paso encontraban; y las circunstancias de su época, contribuian, además, grandemente á fomentar aquel peleador instinto que en sus juveniles pechos alentaba.

Por ocuparse niños en la cosa pública, habian sido ya perseguidos; y en verdad, no por excepcion, pues en los años á que me refiero, y muchos después todavía, no era ménos peligroso hablar de política, que pudo serlo en los buenos tiempos del Santo Oficio tratar de teología, áun para varones tan santos y tan sabios como el maestro Leon.

En circunstancias tales la dignidad humana se reconcentra en sí misma; cada individuo de ánimo generoso busca la compensacion de lo que, como ciudadano, siente que le falta, en su propia entidad personal, en eso que se llama el *punto de honra*, y que si, llevado al exceso, constituye el crímen del duelista de profesion, dentro de ciertos límites, y en la mocedad sobre todo, no pasa de ser simpático pecado de hidalgos calaveras.

No he menester deciros, ni del gran poeta ni de su insignificante amigo, que, á Dios gracias, nunca fueron lo primero, aunque es verdad que en lo segundo incurrieron.

Susceptibles por naturaleza y circunstancias, provocativos á veces, ya porque lo ridículo hacia fácilmente saltar la frágil cuerda de su escasa prudencia, ya pura y simplemente por sobra de impetuosidad y falta de juicio, ni el uno ni el otro tuvieron que acusarse nunca, ni de reñir con ventaja, ni de buscar á sabiendas adversarios débiles, ni tampoco de retroceder ante los más fuertes.

Espronceda, más violento ó más enérgico, y no sujeto además, como yo lo estaba, por el uniforme, que ha de ser, Dios mediante, mi mortaja, y bajo el cual las calaveradas mismas tenian entónces, y espero que tendrán tambien ahora, que atenerse á los severos límites del quisquilloso decoro del cuerpo que Daoiz y Velarde honran con sus inmortales nombres; Espronceda, digo, más libre y más impetuoso que yo, nunca estuvo en olor de santidad con rondas y alcaldes, y como la Sala de éstos era la misma que, por *Numantino*, le habia sentenciado ántes á reclusion en el convento de San Francisco de Guadalajara, tardó poco en llegar á punto de que la vida en Madrid le fuese imposible ó poco ménos.

En consecuencia, y aunque por falta de positivos datos no me atrevo á afirmarlo, tambien acaso por complicidad en un alzamiento militar que por entónces ocurrió en Extremadura, si la memoria no me engaña, nuestro poeta emigró á Portugal, en mal hora por de pronto para su bienestar físico, y no muy tarde para el sosiego de su alma.

«Allí (dice elocuentemente nuestro caro colega y mi particular amigo D. Antonio Ferrer del Rio, en su *Biografía de Espronceda*, á que en todo y con envidia me remito); allí, entre privaciones y escaseces, tuvo orígen esa pasion

amorosa, violenta, vehemente y profunda; pasion embellecida por su imaginacion ardorosa, y que con sus goces y penalidades, sus dichas y contratiempos, absorbe gran parte de su existencia»; y (permítame añadirlo el sabio biógrafo) explica sola, pero explica completamente, lo que, sin esa clave, serian inconcebibles aberraciones del genio de nuestro privilegiado poeta.

Y de esto, Señores, no me pregunteis más: nada sé, ó nada debo deciros; porque, como el Sr. Ferrer del Rio lo dice tan discreta como honradamente:

«Hay lances en la vida de los hombres que deben envolverse en el sudario del olvido, y hay secretos de amistad sobre los cuales cae de repente y á perpetuidad la losa del silencio.»

De los pontones anclados en el Tajo, que D. Miguel de Braganza convirtió en mazmorras, no solamente para muchos de sus bienaventurados súbditos, sino además para los liberales españoles en Portugal emigrados, pasó Espronceda á Lóndres, donde, familiarizándose con el idioma de Shakespeare y de Milton, que ya en San Mateo habia con aprovechamiento estudiado, contrajo grandísima aficion á la lectura de Byron, el más grande y el más excéntrico de los poetas de la Inglaterra de nuestros dias. Luégo verémos qué influencia ejerció su ejemplo en nuestro amigo, quien, dejando súbito la metrópoli del imperio británico hácia 1830, trasladóse á París, donde tomó parte, combatiendo valerosamente en las barricadas, en aquella revolucion, llamada la de Julio, que le costó el trono á la rama primogénita de los Borbones.

Alentada, como era lógico, la emigracion liberal española

con aquel gran triunfo de sus principios, y creyendo encontrar en el nuevo gobierno francés un apoyo, que le faltó pronto, quiso probar fortuna en su patria; y, entre otras, penetró en Navarra por Vera una pequeña columna, á las órdenes del célebre *Chapalangarra* D. Joaquin de Pablo, que, mal recibido por el país, y enérgicamente perseguido por las tropas del Rey, fué presto vencido y muerto. Espronceda, que formaba parte de la expedicion, despues de pelear en ella como bueno, cantóla en excelentes versos; y ya sabeis que tambien á Vega se los inspiró igualmente.

Proscrito hasta que la célebre amnistía de 1833 le permitió regresar á España, ingresó Espronceda, á poco de verificarlo, en el cuerpo de Guardias de Corps; pero su estro poético, por una ardiente pasion política inspirado, hízole cometer en cierto banquete una generosa imprudencia, que le costó la pérdida de su bandolera y un nuevo destierro á Castilla la Vieja.

Desde entónces, otra vez libre de todo yugo oficial—yugo de que, á mi juicio, era Espronceda absolutamente incapaz todavía en aquella época;—desde entónces, sin más ley que su albedrío, periodista algunas veces, orador otras, segun la ocasion lo requeria, pero siempre liberal muy exaltado, liberal hasta el republicanismo, liberal á quien la anarquía misma no arredraba; aquel hombre de fuego tomó parte en todos los riesgos á sus opiniones consiguientes, y estuvo en primera línea en todos los pronunciamientos y tentativas de pronunciamiento, que en España ocurrieron hasta el mes de Setiembre de 1840 inclusive.

Apénas aquel consumado y triunfante,—notadlo bien, Señores;—apénas triunfante el pronunciamiento de que

habia sido fautor muy activo,—Espronceda, defendiendo un artículo incendiario de cierto periódico de aquella época, se declara francamente republicano, y anatematiza iracundo casi todo aquello que á fundar habia contribuido.

La fiebre revolucionaria le abrasaba; el interes personal era tan ajeno á sus actos como la prudencia misma; y hablando como escribiendo, en política como en poesía, obedecia sólo, pero obedecia á ciegas, á la inspiracion del momento.

Poco después, sin embargo, los ruegos de sus amigos, tal vez los de su familia, y acaso el interes de su hija única, —entónces en la primera infancia, hoy, Señores, por afinidad mi hermana,—decidiéronle á aceptar una modestísima posicion oficial, con que dudo yo que se contentára hoy ningun jóven, no diré con los títulos y servicios de patriota y con el gran talento de Espronceda, sino con méritos infinitamente inferiores.

La secretaría de una legacion de segundo ó tercer órden, desempeñada no recuerdo si por un simple Encargado de negocios, ó cuando más por un Ministro residente, bastó á que no se creyera desairado nuestro gran poeta.

¡Mucho cambian los tiempos en pocos años!

A fines del de 1841 salia Espronceda de España para Holanda, y á principios del siguiente, electo diputado por Almería, pasaba, de regreso á Madrid, por París, donde yo me hallaba á la sazon con mi familia, no en viaje de placer ó de estudio, sino emigrado, como de costumbre.

Era el pronunciamiento de Setiembre la causa de mi emigracion; y era el mismo pronunciamiento el que habia hecho á Espronceda secretario de legacion y diputado á Córtes.

¿Sabeis cuál fué la primera diligencia de mi ilustre malogrado condiscípulo, al llegar á París?

Fué inquirir y averiguar la morada de su proscrito amigo, acudir á ella, y arrojarse en sus brazos con la misma efusion, con la misma juvenil alegría, que en otras muchas ocasiones lo habia hecho, después de algun lance difícil ó de un triunfo literario para el uno ó para el otro.

Os engañariais, Señores, si supusierais que me sorprendió el noble proceder de mi amigo. No podia sorprenderme, conociéndole tan á fondo como le conocia; no podia sorprenderme, porque yo sabía de mí que, trocadas las posiciones, hubiera hecho otro tanto.

Fué aquélla la vez postrera que mis brazos le estrecharon y mis ojos le vieron. Su hora suprema se acercaba veloz; el ángel de la muerte tenía ya levantada sobre aquella hermosa cabeza, cuyo magnífico cabello todavía no matizaba una sola cana, la segur inexorable, de que todos hemos de ser víctimas.

No diré, porque no lo creo, que aquel desdichado presintiera ya su tan cercano como prematuro fin; pero es verdad que anublaba su varonil, expresivo rostro, un velo de profunda, aunque ya resignada, melancolía, cuyo orígen y fundamento no era para mí un misterio.

Paréceme, á pesar del transcurso de los veintiocho años que de aquella postrera conversacion con mi mayor amigo me separan, que le veo sentado, cabe el humilde y modesto, pero decente, hogar del emigrado, acariciando la rubia cabellera de la mayor de mis hijas de entónces, miéntras los otros dos, uno á los piés, y en el regazo la otra de su madre, le contemplaban á él con infantil, intensa curio-

sidad; paréceme, digo, estarle viendo tenderme afectuoso la mano, con la sonrisa en los labios, pero con la sonrisa del cariño, con la que reservaba para los amigos, no con la estereotipada en sus labios por el dolor y el desengaño; y paréceme, en fin, que áun vibran en mi oido aquellas sonoras notas de su inimitable acento, diciéndome enternecido, después de oir la relacion de las dificultades con que yo para vivir luchaba, y—¿por qué negarlo?—tambien de la nostalgia, que iba de mí rápidamente apoderándose:—«A pesar de todo, Patricio mio, eres más feliz de lo que presumes: tienes casa, tienes mujer, tienes hijos; estás en las condiciones de todo el mundo..... ¡Y yo!!»

Supe después que, cuando así me hablaba, encontrábase ya prendado Espronceda de una hermosa y discreta dama, que áun vive y áun es bella, y á quien probablemente, si la muerte entre ambos no se interpusiera, habria llamado su esposa.

¿Quién sabe la transformacion que en Espronceda hubiera realizado ese entrar *en las condiciones de todo el mundo?* ¿Quién sabe si el matrimonio y la vida parlamentaria, aquél con sus prosaicas condiciones, ésta con sus políticas exigencias, hubieran, en fin, sujetado á compás y cadencia aquel espíritu, hasta entónces indomable?

Estéril y nunca de positiva solucion capaz, sería la discusion de ese problema; pero lo que no parece dudoso es que, si mirada la cuestion desde el punto de vista del cariño, no hay consuelo en la temprana muerte de Espronceda, bajo otro aspecto puede considerársela como un favor insigne que la Providencia dispensó al gran poeta, y acaso tambien á sus admiradores.

Quizá, y áun sin quizá, expresan una gran verdad los versos de Quintana que ántes os he repetido.

Muera, más bien que envejecer, la hermosa,

es, á la luz del sentimiento, un paradógico cruel apotegma, pero á la de la razon fria y serena del filósofo estóico, una verdad incontestable.

Figuraos á D. Juan Tenorio, milagrosamente de manos de la iracunda estatua del Comendador salvado, marido en paz y en haz de la Iglesia, padre, suegro, abuelo, tal vez Veinticuatro en Sevilla, y en sus edilicias cuestiones empeñado; y decidme cómo en él acertariais á conciliar el hombre nuevo con el antiguo, el anciano venerable con el mancebo que ni á Dios ni al diablo respetaba ni temia.

Pues, prolongándole tambien la vida, suponedle obstinado en alargar desatentado la juventud más allá de sus naturales, y por desdicha muy reducidos límites; suponedle con canas, echándola de seductor; con reumatismos, duelista; con asma, procaz en el lenguaje; y os encontraréis, en vez del personaje satánico que subyuga aunque horroriza, con el viejo ridículo que indigna y repugna.

Hay más lógica en esta vida de lo que pensamos: la juventud prepara la vejez; y tales juventudes se dan, que para ellas no puede ser la ancianidad más que señalado castigo.

Dispuso, pues, sabiamente la Providencia de Espronceda: mi razon me obliga á cenfesároslo, aunque mi corazon lastimado llore siempre su muerte, aunque mi dolor prorrumpiera de buena gana, si lo escaso del estro mio á su intensidad correspondiese:

Y ¡qué! ¡Fortuna impía!
¿Ni su postrer adios oir me dejas?
. . . .
¿Ni el estéril consuelo
De acompañar hasta el sepulcro helado
Sus pálidos despojos?
¡Ay! ¡Derramen sin duelo,
Sangre mi corazon, llanto mis ojos!

(GALLEGO, *Elegía á la muerte de la Duquesa de Frias.*)

Háyale sido, como mi fe lo espera, benigno el Juez supremo al espíritu generoso, noble y ardiente de Espronceda; séale á su cuerpo la tierra leve, eterna entre nosotros su memoria; y, enfrenando el llanto, y al dolor imponiendo silencio, hablemos ya de sus versos.

Son ellos, Señores, en cantidad tan pocos, y en fama tan levantados, como á la grey literaria y al vulgo mismo notorios: sería yo, pues, sin excusa prolijo ó neciamente presuntuoso, si aquí pretendiera, ya recordároslos minuciosamente, ya, con ínfulas de supremo Aristarco, juzgarlos.

Debo deciros, sin embargo, que, con ser tan contadas en número las poesías de Espronceda, hay, para no extraviarse lastimosamente al apreciarlas y formar juicio de su autor, que considerarlas divididas en dos grupos, entre sí muy diferentes. Se compone el primero de aquellas composiciones en que Espronceda se entrega entera y espontáneamente á su estro sublime, á su inspiracion sin rival; miéntras que en las del segundo se nos muestra, si bien siempre gran poeta, movido, ó mejor dicho, esclavizado, por la pasion, buena ó mala, que en el momento le domina.

No se hable de épocas, ni de géneros, tratando las poesías del autor del *Diablo Mundo;* en sus obras todo es *personal*, todo producto directo del sentimiento, en cuanto al

fondo; pues en lo que á la forma respecta, raras veces, y ésas visiblemente de propósito deliberado, por el placer sólo de infringir las reglas clásicas, se aparta de las que aprendió de labios como los del adusto Hermosilla y del angelical Lista, y que aprovechó mucho más de lo que algunos presumen ó pretenden.

Discordancias se advierten tambien en aquella sublime lira, inexplicables de no tomarse en cuenta la influencia que sobre la vigorosa y apasionada mano que la pulsaba diestra, ejerció la literatura inglesa, y muy señaladamente las obras, y quizá además la excéntrica personalidad, de lord Byron.

Fenómeno es muy digno de atencion y merecedor de estudio el que voy, no á revelar, sino á recordaros.

No hay país en el globo donde, con más ámplia libertad religiosa y política, vivan las gentes tan sujetas al yugo de lo que me permitiréis llamar las conveniencias sociales, como la Inglaterra.

Allí, sin ley escrita, todo está previsto y pautado por la costumbre, desde el número de golpes con que cada cual, según su categoría, ha de llamar á la puerta de la casa en que penetrar desea, hasta las fórmulas mismas con que la mano de la solicitada esposa ha de pedirse.

Aquellos libres hijos de la soberbia Albion son, en realidad, esclavos de la formalista ritualidad á que el hábito y la tradicion los tienen atados; y ni en las acciones, ni en los escritos, estoy por deciros que ni en los pensamientos mismos, le es á nadie lícito impunemente apartarse de la senda trillada, para caminar por insólitas veredas.

De ahí procede muy lógicamente que una vez, por azar ó imprudencia, salvada la valla, como no le queda al peca-

dor esperanza de social rehabilitacion, endurécese en la culpa, y llévala á sus últimas y más lastimosas consecuencias.

Tan cierto es aquello del *summum jus*, *summa iniquitas*.

Tuvo la desdicha para él, aunque para su patria fué gloria, de nacer en aquel país, veintidos años ántes que Espronceda en España, un hombre de ilustre linaje, preclaro ingenio y excepcional númen poético; pero de tan excéntrico carácter en todo, tan pródigo, tan sin miramientos sociales, y tan predispuesto á la oposicion á todo, así en el cielo como en la tierra, que él mismo fué artífice de su desdicha, destructor de su fortuna, enemigo de su felicidad, y por último, logró morir escándalo de su época.

Ese hombre era un grandísimo poeta, el autor del *Sardanápalo* y de *Marino de Faliero*, del *Giaour* y de *La Desposada de Abydos*, del *Corsario*, de *Lara*, del *Don Juan* y de *La Peregrinacion de Child Harold*.

Ese hombre era, Señores, lord Byron; y qué efecto producirían sus inspirados irresistibles versos, sus tan excéntricas como románticas aventuras, y su desarreglada existencia en el alma de fuego de Espronceda, no ménos naturalmente á las reglas comunes de la vida rebelde que la del mismo prócer inglés que en Misolonghi murió en defensa de la independencia griega, déjolo á vuestra consideracion y buen juicio.

Si Byron seduce, si sus extravíos y hasta sus impiedades se le perdonan á veces, en gracia de su genio, leyéndole con ánimo desapasionado, en años de razon y con el juicio libre, ¿cómo no habia de seducir, de arrastrar en pos de sí, de inspirarle el deseo de rivalizar con él en esa desesperada lucha contra todo aquello por la universalidad de las gen-

tes respetado y creido, á un jóven que, sintiéndose con fuerzas tambien para todo, estaba ya por revolucionario emigrado, luchaba con la proscripcion y la miseria, y ardia en el fuego de una pasion abrasadora?

¡Ah Señores! Cuando sabemos que, de las gradas del trono mismo del Omnipotente, bajó despeñado á los profundos abismos el primero y más grande de los ángeles de luz, sólo porque resistir no supo á la pasion del orgullo ni al amor de una imposible independencia, ¿serémos inexorables con el que, simple mortal, y en una atmósfera de desdichas y tentaciones, no hizo al cabo más que sucumbir momentáneamente á ellas?—Podrán algunos hombres ser tan duros; la humanidad no lo será seguramente.

Y ahora que, en cuanto pude, os expliqué ya las diferentes circunstancias que, pesando ponderosamente sobre el ánimo del gran poeta, modificaron algunas veces y alteraron otras profundamente su manera de sentir y de expresarse, tiempo es ya de que él mismo tome la palabra y se defienda con sus obras.

¿Quereisle clásico, como de razon lo era al salir de la escuela?

Pues oidle en su fragmento del *Pelayo*, poema épico, que dejó por desdicha incompleto, y á que Lista contribuyó con algunas octavas.

Rodrigo, próxima ya la gran catástrofe del Guadalete, duerme en Toledo aún,

> Entre angustiosos sueños congojado,
> Triste presagio de su infausta suerte;
> Y luégo ante sus ojos vió la *Muerte*.
> La amarillenta mano descarnada,
> Blandiendo al aire la guadaña impía,

La aterradora vista al Rey clavada,
Su cetro y su corona recogía;
Miéntras en torno, extraña gente armada
Sus despojos, alegre dividia;
Y oyó sus quejas, y escuchó sus voces,
Y sus semblantes contempló feroces.

. . . .

Y luégo oyó rumor de cien cadenas,
Crujir los huesos, rechinar los dientes,
Y abismos contempló, de eternas penas,
Inmensurables, lóbregos y ardientes:
Oyó voces de horror y espanto llenas;
Batieron palmas las precitas gentes;
Y oyó tambien por mofa, en su agonía,
Bárbaras carcajadas de alegría.

Mas luégo el sueño se trocó en su mente,
Y amantes dichas disfrutar figura
En brazos de Florinda dulcemente,
Entre flores, aromas y frescura;
Y cuando más su corazon consiente
Que estrecha la deidad de la hermosura,
Se halla en los brazos de Julian, fornidos,
Ahogándole, á su cuello retorcidos.

Sobre él, enhiesto á su garganta, apunta
Fiero puñal, que el corazon le hiela;
Procura desasirse, y más le junta
Pecho á pecho Julian, que ahogarle anhela.
Así fiero dragon trilingüe punta
Vibra, y enlaza al animal que cela,
É hincando en él la ponzoñosa boca,
Le enrolla, anuda, oprime, y le sofoca.

Pensaba no citaros más de ese poema, porque el espacio me va faltando y la hora me apremia; pero, ¿cómo resistir á la tentacion de mostraros siquiera una mínima parte del magníficamente aterrador cuadro del *Hambre?* Oid, pues, sus dos últimas octavas:

Cuál, al lanzar el postrimer aliento,
Ve feroz buitre que sobre él se arroja,
Y en la angustia del último momento,
Lucha con él en su mortal congoja:

Los dedos hinca con furor violento
En la entraña del pájaro, que, roja
La corva garra en sangre, aleteando,
Va con su pico el pecho barrenando.
  El moribundo, lívido el semblante,
Los ojos vuelve en blanco en su agonía,
Miéntras tenaz el buitre devorante,
Ahonda el pico con mayor porfía:
Más el hombre le aprieta á cada instante,
El ave más profundizar ansía;
Hasta que así, y el uno al otro junto,
Muertos al fin quedaron en un punto.

Paréceme, Señores, que no me negaréis que el cantor sublime de Ugolino ha encontrado en el Parnaso español quien se le iguale.

Pues bien; el poeta mismo que con tal vigor hace sonar la trompa épica, y con acerado pincel describe tales horrores, sabe, sin embargo, con la suavidad y la ternura misma de Melendez decirnos:

Délio á las rejas de Elvira
Le canta en noche serena
Sus amores,
Raya la luna, y la brisa,
Al pasar, plácida suena
Por las flores.
Y al eco que va formando
El arroyuelo saltando
Tan sonoro,
Le dice Délio á su hermosa,
En cantilena amorosa:
Yo te adoro.

La contemplacion de la naturaleza sabe tambien hacerle rival á veces del mismo Leon; como en estos versos á la noche:

Todos suave reposo
En tu calma ¡oh noche! buscan;

Y áun las lágrimas, tus sueños
Al desventurado enjugan;
¡Oh qué silencio! ¡oh qué grata
Oscuridad y tristura!
¡Cómo el alma contemplaros,
En sí recogida, gusta!

. . . .

¡Oh, salve, amiga del triste,
Con blando bálsamo endulza
Los pesares de mi alma,
Que en tí su consuelo buscan!

¿Han leido estos versos, hanlos sentido, los que pretenden hacer de Espronceda el poeta de la desesperacion y del descreimiento?

¿Cómo habia de serlo quien tan bien sentia y tan bien pintaba las maravillas de la naturaleza, que la omnipotencia de su Autor divino tan á las claras y con irresistible voz proclaman? ¿Cómo, quien con tanta ternura expresaba la pasion amorosa en estos inimitables versos?

La noche el cielo encubre,
Y calla el manso viento,
Y el mar, sin movimiento,
Tambien en calma está.
A mi batel desciende
Mi dulce amada hermosa:
La noche tenebrosa
Tu faz alegrará.
Aquí, apartados, solos,
Sin otros pescadores,
Suavísimos amores
Felice te diré;
Y en esos dulces labios
De rosas y claveles,
El ámbar y las mieles
Que vierten, libaré!

Para dar idea, siquiera remota, del buen gusto, de la deli-

cadeza en el sentimiento, de la elevacion del estilo, siempre sin perjuicio de la más ática sencillez, que brillan en todas las *Canciones* de Espronceda, seríame necesario trasladarlas aquí todas, desde la inimitable y justamente popular del *Pirata*, hasta la del *Verdugo* misma, que, á pesar de lo antipático de su título y asunto, encierra bellezas de primer órden.

¿Quereis que os hable del *Himno al Sol*, que bastára él solo para sentar á nuestro poeta, en el Parnaso español, en el escaño mismo á Herrera y á Quintana exclusivamente, hasta él, reservado?

¿Para qué, si no hay aquí nadie que, si yo á leer comienzo:

> Pára, y óyeme, ¡oh sol! Yo te saludo,

no se me anticipe en proseguir, diciendo:

> Y estático ante tí, me atrevo á hablarte.
> Ardiente como tú, mi fantasía,
> Arrebatada en ánsia de admirarte,
> Intrépidas á tí sus alas guía?

Y ya que no os recite esa magnífica composicion, gloria de su autor, y honra de la poesía castellana, ¿exigiréis, por ventura, que en su elogio me extienda?

Inútil fuera, cuando ya el juicio soberano de dos generaciones le ha decretado al poeta, por tantos títulos laureado, aquella *palma afortunada*, como el tambien laureado Batilo la llama:

> Palma, que colocada
> Al pié de la virtud y la belleza,
> Quien, de divino genio conducido,
> Consigue arrebatarla, á ser empieza
> En fama claro, y libre ya de olvido.
>
> (Melendez, *Oda á las Artes.*)

Nuestro Espronceda en el *Pelayo*, émulo unas veces del Taso, y otras del Dante; en el género amatorio, suave como Tibulo, y más que Melendez sentido; en las canciones, tan lírico como filósofo, es en el *Himno del Sol*,

> Como el ave de Jove, que saliendo
> Inexperta del nido, en la vacía
> Region desplegar osa
> Las alas voladoras, no sabiendo
> La fuerza que la guía.

Pero no vaga, no, *ora atrevida*, *ora medrosa*, sino que desde luégo,

> Sobre las altas cimas se levanta;
> Tronar siente á sus piés la nube oscura,
> Y el rayo abrasador ya no la espanta,
> Al cielo remontándose segura.
> El ojo audaz combate
> Derecho el claro sol, le mira atento,
> Y, en su heróico ardimiento,
> La vista vuelve, á contemplar se pára
> La baja tierra, y en acentos graves,
> Su triunfo engrandeciendo, se declara
> Reina del vago viento y de las aves.

Sólo esos magníficos versos del gran poeta del Tórmes me han parecido, Señores, digna alabanza del gran cantor del Sol que nos ocupa.

Entre las poesías de Espronceda, que sus editores han reunido bajo el epígrafe de *Asuntos históricos*, tras un buen soneto á la muerte de Torrijos, negro borron de nuestra historia contemporánea, cuyo recuerdo de buena gana y á costa de cualquier sacrificio borraríamos de sus anales, sigue una elegía *Á la muerte de D. Joaquin de Pablo en los campos de Vera;* muerte de que, como os lo dije ya, fué testigo

el jóven vate, y no partícipe, porque al Destino plugo salvarle allí, no porque él valeroso no la afrontára.

Ya entónces comenzaba Espronceda, á cuyos ojos el amor sólo supo traer las lágrimas, á reemplazar el duelo con el anatema; y así, tanto en el soneto como en la elegía, hay más de vengativo espíritu que de dolor profundo.

Completan esa parte de sus obras las del mismo género, quiero decir, por la pasion política inspiradas, á saber: *La Despedida del patriota griego de la hija de Apóstata*, que es en realidad una tristemente conmovedora leyenda; *La Guerra*, improvisacion de circunstancias; y la elegía *Á la Patria,* cuyos primeros versos:

> ¡Cuán solitaria la nacion que un dia
> Poblára inmensa gente!
> ¡La nacion, cuyo imperio se extendia
> Del ocaso al oriente!

recuerdan estos otros de Quintana, y no desmerecen de ellos:

> ¿Qué era, decidme, la nacion que un dia
> Reina del mundo proclamó el destino,
> La que á todas las zonas extendia
> Su cetro de oro y su blason divino?

En todas se siente el estro y campea el ingenio de su autor; pero á mí, al ménos, me parecen preferibles aquellas en que le encuentro poeta, y no más que poeta.

¿Quereis, sobre tantas, una muestra más de lo que era Espronceda, como poeta lírico, cuando sin mezcla ni aligacion política? Pues oid este soneto:

> Fresca, lozana, pura y olorosa,
> Gala y adorno del pensil florido,

Gallarda puesta sobre el ramo erguido,
Fragancia esparce la naciente rosa;
  Mas, si el ardiente sol lumbre enojosa
Vibra, del can, en llamas encendido,
El dulce aroma y el color perdido,
Sus hojas lleva el aura presurosa.
  Así brilló un momento mi ventura
En alas del amor, y hermosa nube
Fingí tal vez de gloria y de alegría;
  Mas, ¡ay! qué el bien trocóse en amargura,
Y deshojada por los aires sube
La dulce flor de la esperanza mia.

¿No os suenan esos versos, Señores, como un eco suavísimo de la lira en que, allá en el siglo de oro de la patria-literatura, cantaba Mira de Amescua:

Ufano, alegre, altivo, enamorado,
Rompiendo el aire el pardo jilguerillo?

Espronceda,—no erudito ciertamente, como él mismo lo confiesa, pero tampoco ignorante, ni ménos de buena lectura desprovisto;—Espronceda manejaba con frecuencia, con deleite, y con el rápido aprovechamiento, sólo á las inteligencias de primer órden dado, no ménos que los italianos, los franceses, y sobre todo los británicos, nuestros grandes poetas; y poco será el conocimiento que de éstos tenga, quien no advierta en cuanto el malogrado vate dejó escrito, el marcadísimo rastro de sus estudios y los efectos de una excelente educacion literaria.

Como su modelo en algunas ocasiones, lord Byron, en el romanticismo mismo, áun cuando más excéntrico y licencioso, deja conocer Espronceda la familiaridad en que pasó su infancia y juventud primera con los próceres de las letras.

Así, Señores, acontece que cuando vicios ó desdichas, extravíos ó crímenes, confunden al mortal de buena cuna y esmerada educacion, con los infelices que delinquieron más por ignorancia estúpida que por maldad ingénita, raro es que, á pesar de su degradacion, raro que en la crápula misma de la repugnante orgía, no revele en algo cuán distantes fueron sus orígenes del infame estado en que se le mira.

Orgía he dicho, Señores, y no al acaso, porque de cuán exacta es la observacion que acabo de hacer, da evidentísimo testimonio la última de las poesías líricas de Espronceda, contenidas en la coleccion impresa que me sirve de texto, y que se titula en efecto: *Á Jarifa en una orgía.*

Léanse atenta y reflexivamente esos versos, y se verá como en ellos se revelan, desde el primero hasta el último, dos verdades que, en realidad, una sola constituyen. Espronceda no se entregó nunca á los placeres desordenados, como otros muchos, porque tuviera natural propension al libertinaje; Espronceda, aunque por su infeliz pasion, de la sociedad bandido, jamas olvidó que habia nacido caballero y poeta.

¿Qué importa que comience con este, aunque bello, cínico apóstrofe á Jarifa:

> Vén y junta con mis labios
> Esos labios que me irritan,
> Donde áun los besos palpitan
> De tus amantes de ayer?;

¿qué significa que exclame:

> ¿Qué la virtud, la pureza?
> ¿Qué la verdad y el cariño?

Mentida ilusion de niño,
Que halagó mi juventud.
Dadme vino: en él se ahoguen
Mis recuerdos: aturdida,
Sin sentir huya la vida;
Paz me traiga el ataud?;

sí, á renglon seguido, la conciencia y su hidalga sangre le hacen prorrumpir contra las meretrices, en cuyos brazos se siente envilecido, en este grito de justa ira:

¡Siempre igual!—¡Necias mujeres,
Inventad otras caricias,
Otro mundo, otras delicias,
Ó maldito sea el placer!
Yo quiero amor, quiero gloria,
Quiero un deleite divino,
Como en mi mente imagino,
Como en el mundo no hay!
Y es la luz de aquel lucero
Que engañó mi fantasía;
Fuego fatuo, falso guía,
Que errante y ciego me tray!

No, mi pobre amigo, no; no, mi moderno Prometeo, no era eso: en tu dolor confundias la ocasion con la causa; aquélla una desdicha procedente de ajena culpa, ésta el error de un noble pero insensato orgullo, el extravío de un espíritu rebelde á las condiciones en que ha de vivir todo el mundo, só pena de hacer de la existencia un insoportable suplicio.

Tú mismo lo has dicho:

Que así castiga Dios al alma osada
Que aspira loca, en su delirio insano,
De la verdad, para el mortal velada,
A descubrir el insondable arcano.

Quisiste robarle su fuego al cielo, y el buitre del desencanto royó tus entrañas.

Por tí y por los contados mortales que como tú son, dijo sin duda Lamartine:

¡L'homme est un Dieu tombé, qui se souvient des cieux!

Volvamos á la tierra. Entre otras poesías de Espronceda, que no figuran en la coleccion que tengo á la vista, falta en el grupo de las políticas una que, en mi sentir, vale más que todas las del mismo género por su autor escritas.

Es una elegía *Al Dos de Mayo*, superior á la muy buena de Arriaza, y no inferior á la excelente y conocida de don Juan Nicasio Gallego, ambas al mismo asunto. Inserto íntegra la de Espronceda, como apéndice á este discurso, porque no es fácil encontrarla sino en los periódicos que en el oportuno dia suelen publicarla; y me abstengo de citar aquí ninguna de sus muchas bellezas, porque me faltan ya tiempo y espacio para hablaros de otros dos poemas, *El Estudiante de Salamanca* y *El Diablo Mundo;* y de una tragedia inédita, pero completa, que obra en poder de mi hermana Doña Blanca de Espronceda, y se titula *Blanca de Borbon.*

Brevemente os hablaré del *Estudiante*, y con más brevedad, acaso, y contra vuestra esperanza, del *Diablo Mundo.*

Son entrambos poemas tan conocidos, tan populares; es el último, sobre todo, tan manoseado, traido, llevado, y lo que es peor, tan lastimosamente imitado, cuando no parodiado, que verdaderamente no acierto á imaginar cosa nueva, ni en bien ni en mal, que decir en la materia.

Es el primero una admirable leyenda, con pensamiento filosófico en el gusto germánico y formas romántico-espa-

ñolas; versificado, en diversidad de metros, siempre gallarda y castizamente, con frecuencia elevándose al más puro lirismo. Han creido muchos, y no sin aparente fundamento (cándido, lo confieso), que el poeta quiso ó no pudo ménos de pintarse á sí mismo en el *Estudiante* D. Félix de Montemar,

> Segundo Don Juan Tenorio,
> Alma fiera é insolente,
> Irreligioso y valiente,
> Altanero y reñidor;
> Siempre el insulto en los ojos,
> En los labios la ironía,
> Nada teme, y todo fia
> En su espada y su valor.

Algo hay de verdad en la hipótesis á que aludo: algo, sí; pero no todo.

Hubo una época de su vida en que el desdichado Espronceda, porque en amor se habia engañado, y á más de una *Jarifa* después trató acaso duramente, aunque no tan mal como todas ellas lo merecian, llegó, no diré á creerse, pero sí á desear que el mundo le creyese un *segundo Don Juan Tenorio;* pero yo debo aquí declarar en voz muy alta, porque así me consta; porque así lo creo en conciencia; porque así cumple á la justicia á los muertos debida; porque, en fin, así lo exige la honra de un nombre que me interesa mucho como literato, más como español, y más todavía que por todo eso, porque los nietos del autor del *Estudiante* llevan, Señores, juntamente, y ántes que el apellido de *Espronceda*, el de *Escosura*.—Debo declarar, repito, que no conozco, que no hay, que es imposible citar en la vida de mi caro amigo, una sola circunstancia que le haga capaz del dictado

de *segundo Don Juan Tenorio*, excepcion hecha de su varonil apostura y de las muchas dotes que para ser amado tenía.

Caballero á toda ley con hombres y mujeres, buen hijo, tierno padre, entrañable amigo, ¿dónde están los varones por él engañados? ¿dónde las doncellas por él seducidas y burladas? ¿cuáles son sus sacrílegas tropelías?

No se confundan, nó, porque son cosas muy distintas, las pasiones ardientes, las calaveradas excéntricas, las frases tan temerarias como se quiera, y hasta las inconveniencias mismas de un mozo, por comunes infortunios amorosos excepcionalmente conducido á un estado de febril exaltacion, con las perfidias galantes y las no envidiables hazañas del *Burlador de Sevilla.*

Espronceda fué, y no me cansaré de repetirlo, más hipócrita del vicio y de la impiedad, que impío y vicioso realmente.

En *El Estudiante de Salamanca* mismo abundan los testimonios de su ingénita ternura, de sus nobles afectos, por la pasion alguna vez extraviados, nunca extinguidos en aquel corazon inmenso. *Elvira* es una deliciosa criatura, cuyo retrato figuraria dignamente al lado de los de la *Justina* del *Mágico prodigioso* y de la *Margarita* de Goethe. El *cuadro dramático* no desdeñaría Calderon mismo haberlo escrito; y en la cuarta y última parte, no hubieran hecho acaso más, combinadas en aquella amalgama de lo fantástico con lo verdadero, las plumas de Byron y Shakespeare, en cuyo espíritu se inspiró allí Espronceda.

Y llegamos ya, Señores, al *Diablo Mundo:* á la obra más popular de Espronceda; á la que el vulgo tributa más aplausos; á la que siempre va unida á su nombre.

¿Es en realidad la mejor de las suyas? Resueltamente, Señores, yo no lo creo. ¿Por qué así? —¿Carece ese poema de un gran pensamiento? — No, en verdad; tiénelo inmenso, excesivo, á mi juicio. Un viejo que rejuvenece, al parecer inmortal, y que va de nuevo á emprender la vida, entrando en ella sin conciencia ni recuerdo de la que ántes tuvo, y por las puertas de lo maravilloso, para que, encontrándose así desde el primer instante en contradiccion con las ordinarias condiciones de la existencia humana, sea la suya una perpétua lucha, que comienza en una cárcel entre bandidos, que le da por amante una ramera, y que, hasta donde con la obra llegó su autor, nos le muestra siendo inconsciente juguete de circunstancias fortuitas. Tales son, en compendio, el poema de Espronceda y su protagonista. Goethe, en su *Fausto*, no va tan léjos. Con la experiencia de la ancianidad entra en la vida el seductor de Margarita; y dada esa condicion esencial, ya el fin del poeta se comprende; ya al terminar la lectura de su singularísimo libro, quédanle al lector un pensamiento y un sentimiento, entrambos claros y definidos. Se siente que no es menor temeridad, en el órden moral, querer el hombre enmendar á la Providencia, que pudo serlo en los Titanes la loca empresa de escalar el cielo. Se comprende que la juventud con experiencia, como la vejez sin desencantos, son entrambas quiméricos ensueños, que, si realizarse pudieran, no darian de sí más que seres tan antipáticos y perversos como el doctor Fausto lo es, para mí al ménos, de viejo y de aparente jóven.

Pero, ¿qué es, qué significa, qué prueba el *Adan* de Espronceda en *El Diablo Mundo?* Si ese hombre entra en su nueva vida sin recordar siquiera que otra tuvo, ¿de qué le

sirve haberla tenido? ¿Por qué negarle lo que, próvida y lógica, la naturaleza concede, no sólo al hombre, sino á los animales todos: padres que los crien, y con su ejemplo, cuando ménos, á vivir les enseñen? Si eso se hizo para buscar el contraste directo y brusco entre la naturaleza humana en su estado más inculto, y la civilizacion en su inmoralidad más profunda, sin acudir á prodigio alguno hubiera podido lograrse: un salvaje cualquiera, como el *Ingenuo* de Voltaire, por ejemplo, hubiera llenado los fines del autor. Pero, ¿qué fines? — Confieso que no los comprendo bien; que no acierto á definírmelos claramente.

Quizá sea incapacidad mia, porque en verdad refractaria es mi naturaleza á esas nebuloso-metafísicas creaciones de cierta escuela alemana, excelentes y deleitables, sin duda, para los privilegiados mortales que penetran su significacion simbólica; y sin riesgo, en las más que frescas florestas de la Selva Negra, para cerebros á prueba de paradoja, como deben de serlo los que á tales lecturas resistan; pero que, á juzgar por lo que tengo observado, traidas á nuestro casi africano suelo, son como ciertas plantas europeas, que llevadas á los Trópicos, se arrebatan más que florecen, y ó no dan nunca sazonados frutos, ó los producen nocivos.

Ni el título mismo de *El Diablo Mundo* está justificado en lo que de ese poema pudo escribir su autor insigne. Para explicarlo hay que suponer gratuitamente que Espronceda se proponia probar que el espíritu del mal prevalece en la tierra constante y normalmente sobre el del bien; que el Diablo lo es en este mundo todo; lo cual, aunque á veces parezca de sobra cierto, sería tremendamente desconsolador, sobre soberanamente impío.

¿Por qué, pues, esa popularidad inmensa, y no transitoria; no efecto del espíritu de escuela ó de partido, sino ya, por decirlo así, tradicional y en autoridad de cosa juzgada, universalmente admitida?

No diré, aunque pueda ser verdad, que son infinitos más en número los que *El Diablo Mundo* ensalzan que los que le han leido; ni añadiré tampoco que, entre sus lectores mismos, contados serán los que hayan tratado de darse cuenta de lo que el célebre poema realmente significa.

Lo que hay es, que *El Diablo Mundo*, produccion en su título pretenciosa y en su pensamiento metafísica con exceso, es en su ejecucion y desarrollo un poema tan de véras poético, tan espontáneo, tan vário en estilo y en cuadros, tan rico en tesoros de versificacion, tan pródigo en interesantes episodios,—todo él no es en realidad más que una serie de episodios,—que sólo quien esté dotado de un alma de hielo, de un corazon de mármol y de un entendimiento de pedante, podrá resistir á la poderosa mágia con que los sentidos fascina.

Yo prefiero los fragmentos del *Pelayo*, y en general las *Poesías líricas*, y sobre todo *El Himno al Sol;* á mí me parece mucho más interesante, acabado y perfecto, como leyenda, *El Estudiante de Salamanca;* y no obstante, confieso que, sin participar de la opinion general respecto al *Diablo Mundo*, me explico fácil y lógicamente su razon de ser.

Su introduccion ó prólogo es un desatado fantástico raudal, un viento redondo de espontánea poesía, que fascina y cautiva. La imaginacion se pierde, la crítica no sabe á qué cabello asirse; el entendimiento tiene que arriar pabellon, sin combate, bajo el irresistible deslumbrante fuego de aquel bu-

que pirata, que ha izado bandera negra contra toda regla, y sin misericordia tira contra toda conveniencia.

Verdaderamente no sé que se haya pintado nunca con tan espantosa verdad el desórden enérgico de una fantasía en el paroxismo del más fantástico delirio. No concibo, Señores, que puedan ir más léjos las excentricidades ilógicas, y sin embargo, para el que las padece, verdades crueles, de esos angustiosos ensueños que se llaman pesadillas.

Y ¡qué versificacion! ¡Qué versificacion tan vária, tan fluida, tan caprichosa, tan seductora!

Citar una, diez, veinte estrofas no sería bastante; es preciso leerlo todo una y cien veces, para formarse idea, para sentir lo que bajo ese aspecto vale la introduccion del *Diablo Mundo.*

Renuncio, pues, á toda cita del prólogo, y sólo por via de muestra, y para explicacion del pensamiento del autor, voy á copiar aquí algunas de las octavas con que él mismo lo expresa, en el canto primero. Dicen así:

Nada ménos te ofrezco que un poema,
Con lances raros y diverso asunto,
De nuestro mundo y sociedad emblema,
Que hemos de recorrer punto por punto.
Si logro yo desenvolver mi tema,
Fiel traslado ha de ser, cierto trasunto
De la vida del hombre y la quimera,
Tras de que va la humanidad entera.

. . . .

En várias formas, con diverso estilo,
En diferentes géneros, calzando
Ora el coturno trágico de Esquilo,
Ora la trompa épica animando;
Ora cantando plácido y tranquilo,
Ora en trivial lenguaje, ora burlando,
Conforme esté mi humor — porque á él me ajusto
—Y allá van versos donde va mi gusto.

Y, en efecto, fiel á su propósito, cantó Espronceda en el resto de su poema, conforme á su gusto, sin más ley que la de su capricho, y obedeciendo á veces—con dolor lo confieso—á sentimientos indignos de su noble índole.

Apénas, en gracia de las circunstancias políticas de su época, y tomando en cuenta lo que en él podia el espíritu fanático de partido, puede perdonársele la notoria injusticia é inmerecido desprecio con que trata á uno de los hombres de Estado más importantes de España en nuestro siglo; personaje de quien nunca fuí amigo ni enemigo; cuyo trato excusé, porque nuestros dos caractéres no eran entre sí afines ni fácilmente conciliables; pero á quien, no por eso, puedo ni quiero negar los grandes servicios que hizo á la patria, ni que nuestra literatura le debe un libro de relevante mérito.

Seguro estoy de que, si Dios concediera á Espronceda más larga vida, y con ella espacio para dirigir una segunda edicion de sus obras, hubiera con su propia mano borrado de ellas la octava en que, tan sin necesidad como sin razon, ultraja al Conde de Toreno, recordando y poniendo en práctica aquella máxima de honradez política que consignó Cienfuegos—gran poeta tambien—en estos versos de su *Zoraida :*

> Si el Rey de mi faccion es enemigo,
> Yo lo soy de la suya, y no por eso
> Dejaré de cumplirle los oficios
> Que por justicia y por honor le debo.

Otro canto, el segundo, y cuando ménos su epígrafe, debiera no haber figurado nunca, ni en *El Diablo Mundo,* ni en obra, fuese la que fuere, de Espronceda.

¡Desahogo de su corazon le llama él! No lo es, no, de su corazon, sino de su rencor, quizá justo, pero que, por mucho que lo fuera, no debió traspasar los límites de la tumba.

Tendamos el velo del olvido sobre esa lamentable flaqueza de un gran corazon, y recordemos, de paso, que el sol mismo, ese astro de luz soberana, tan sublimemente cantado por nuestro vate, manchas tiene que, si una parte de su esplendor anublan, á eclipsarlo no bastan.

He procurado, Señores, hasta aquí mostraros á Espronceda tal como yo le conocia y amaba: hombre en el fondo de excelentes dotes, si bien, por efecto de las circunstancias, aparece en nuestra época, ó quieren algunos que aparezca, como un personaje semi-divino y semi-satánico, como una nueva encarnacion de ese tipo, exclusivamente español, que combina el libertinaje con el amor, la impiedad con la fe, el valor indómito con la deslealtad más insigne, la poesía en el lenguaje con la perfidia en el pensamiento; de ese tipo que todas las literaturas del mundo copian de la nuestra, sin que ninguna á disputárnoslo se atreva; y tipo, en fin, que, como el del *Ingenioso Hidalgo*, español tambien, no sólo tiene un nombre, de polo á polo conocido, *Don Juan Tenorio*, sino que pasa por persona real efectiva, tanto ó más que infinitos personajes históricos. ¿Habrán sido vanos mis esfuerzos, ó habré logrado, como ardientemente lo deseo, y lo procuré en conciencia, arrancar á Espronceda de esa picota del escándalo en que afrentosamente le exponen, creyendo hacer su apoteósis, muchos de sus tan ciegos como indiscretos adoradores?

Así me atrevo á esperarlo, y tanto de ello me persuado,

Señores, que no vacilo en deciros lo que del gran poeta, de cuyas bellísimas producciones apénas si os he presentado tal cual muestra, siento y pienso: á mi juicio, Espronceda no tiene en el género lírico, en España, más rivales ni predecesores que *Herrera* en el siglo de oro, y *Quintana* en el nuestro.

Con eso terminaria, si no os hubiera ofrecido hablaros de la única obra dramática original que nos dejó Espronceda, y que existe, como os dije ya, en poder de su hija y mi hermana Blanca.

Blanca tambien, pero *Blanca de Borbon*, la infeliz esposa de aquel fiero monarca que la historia, con sobra de razon, apellida *el Cruel*, y que nuestros poetas de los siglos XVI y XVII dieron en llamar *el Valiente y Justiciero; Blanca de Borbon* dió asunto y título al drama á que aludo.

Nada ménos que en diez comedias de nuestro teatro antiguo recuerdo ahora, sin afirmar ni presumir que las recuerdo todas, que figura el rey Don Pedro de Castilla. Lope, Calderon, Tirso, Moreto, Alarcon, Velez de Guevara, Claramonte, Hoz y Mota, y Cañizares le han puesto en escena, con más ó ménos acierto y fortuna. Enumerar los romances, leyendas y tradiciones á que ha dado asunto, sería interminable.

¿Qué significa eso?—A mi juicio, que hay algo de esencialmente dramático en el personaje en cuestion; que el pueblo español, sea buena ó mala prenda, simpatiza siempre con el valor, aunque raye en la ferocidad; que los árabes algo, y áun algos, nos han dejado de su aficion á esa justicia violenta y sin forma de proceso, que las democracias modernas llaman la ley de Lynch, y acaso, acaso, que

nuestros grandes dramáticos, viviendo bajo monarcas tan apocados y débiles como los tres últimos que nos dió la casa de Austria, instintivamente buscaban el contraste en el recuerdo de un rey que vivió y murió resistiendo y luchando.

Dicho esto, si acerté, Señores, á daros alguna idea del carácter de Espronceda, fácilmente os explicaréis cómo escogió al amante de la Padilla para protagonista de su único drama original, y no os sorprenderá que ese drama participe, como todas sus obras poéticas, de entrambas escuelas, la clásica y la romántica.

Así debia ser, dado el poeta, y así fué en efecto.

Shakespeare influyó grandemente en el plan; en la versificacion el discípulo de Lista obedeció, acaso sin conocerlo, á los hábitos y reglas de la escuela.

Creo, sin embargo, en virtud de buenos datos, y áun cuando no los tuviera, del texto mismo de la obra lo deduciria, que Espronceda la escribió en dos épocas, si bien en absoluto próximas, relativamente hablando apartadas la una de la otra lo bastante para que el autor variase de pensamiento y plan casi radicalmente en la segunda.

En efecto, los dos primeros actos de *La Blanca*, pensados, trazados y escritos en el sistema clásico, son propios de una tragedia de la antigua escuela; y aunque, en punto á pasion, el segundo especialmente, exceden á veces los estrechos límites y acompasado estilo de Racine y sus discípulos, paréceme que, en suma, el mismo Hermosilla, ya que algun lejano sabor herético encontrase en ellos, hubiera podido admitirlos á reconciliacion mediante abjuracion *à levi*.

No así, ciertamente, respecto á los tres últimos actos de

nuestro drama; porque, á decir verdad, Espronceda se entrega en ellos sin freno ni medida, no sé si diga á su inspiracion, al deseo de ser romántico, ó al propósito de imitar al, en mi juicio, inimitable poeta dramático de quien con gran fundamento se envanece la Inglaterra.

Como ya dije, ese fenómeno se explica fácilmente sabiendo que la primera parte de *La Blanca*, ó sean sus dos actos trágicos, se escribieron acaso en la emigracion, sin más objeto que el puramente literario, miéntras que los tres actos románticos son obra ya de la época en que ese género se apoderaba, revolucionaria aunque gloriosamente, de la escena española.

Adjunto á este desaliñado Discurso hallaréis, Señores, un detenido extracto de *La Blanca de Borbon*, acto por acto, y áun escena por escena, con tal cual muestra de los magníficos trozos de versificacion que en ese drama abundan. Aquí hubiera sido ese trabajo, ó prolijo de sobra si completo, ó inútil si á los límites de la ya más que necesaria brevedad me ceñia.

En conjunto considerada esa produccion dramática, paréceme que, respecto al arte, peca de inconsecuencia en el plan y de heterogénea en la ejecucion; que hacen falta en el primer acto, ó sobran en los restantes, ciertos personajes, como la Maga y su hijo Abenfarrax, á quienes debió darse parte en la accion desde luégo, si se queria que en ella la tuviesen y que al público interesasen; y por último, que para tragedia es de sobra romántica, y para drama moderno excesivamente clásica.

Creo tambien que la exageracion, ó la exaltacion furibunda cuando ménos, de los sentimientos violentamente

antimonárquicos de que el poeta hace alarde en su meramente episódico personaje, D. Fernando de Castro, dan en ciertas escenas á su drama un tinte de sobra político á lo moderno, y por tanto, en la época que retratar se intenta, altamente impropio; y paréceme ademas que esa circunstancia explica la razon de no haberse puesto *La Blanca de Borbon* en escena miéntras España fué monárquica y para su teatro hubo censura.

En cuanto á los principales personajes que en el drama intervienen, debo deciros que la reina doña Blanca es un perfecto tipo de mansedumbre, de amor conyugal y de cristiana resignacion al martirio. Don Pedro, á quien no ve Espronceda con los ojos de Tirso ó de Moreto, quizá tenga más semejanza con el personaje histórico que los poetizados retratos que de él hicieron aquellos grandes dramáticos; pero, en cambio, del fratricida de Montiel ha hecho nuestro poeta más bien un trovador enamorado, que un príncipe ambicioso.

La Padilla, quizá todavía no bien juzgada, desempeña un triste antipático papel; y un su hermano, el de un vil cortesano y tercero infame de su propia deshonra.

La Maga es una creacion verdaderamente diabólica, aunque eminentemente poética, que, á mi juicio, sería en su género de grandísimo efecto, si el autor en su plan le hubiera dado la parte necesaria para influir lógica y motivadamente en la accion del drama; personaje episódico, como lo es, tiene demasiada talla, para que la crítica, por benévola que sea, deje de advertir que no está en su lugar; mas, vuelvo á decirlo, á mí me parece gran reaccion en su género, y tambien que á Espronceda debió de inspirársela

Shakespeare con lo que de la infernal hechicera *Sycorax*, madre del originalísimo monstruo *Caliban*, dice en *La Tempestad*, el más poético, el más seductoramente fantástico de sus dramas, en mi sentir al ménos.

Abenfarrax, en fin, el esclavo feroz, digno fruto del impío ayuntamiento de un hijo de Luzbel con la Maga, es uno de esos seres estúpidamente feroces, que en el mal se gozan sólo porque es el mal, y en cuya existencia no quisiera yo creer, ni acierto á hacerlo, ni áun leyendo *La Blanca de Borbon* de Espronceda, ó *El Ham de Islandia* de Víctor Hugo.

¿Podia ser, y hubiera sido Espronceda un poeta dramático? Paréceme que era de sobra lírico, demasiado pindárico, para que su gran talento pudiera ceñirse á las exigencias ineludibles de la escena, donde los sentidos corporales juzgan al mismo tiempo que el corazon siente y la fantasía se exalta.

Todo drama, miéntras su representacion dura, ha de parecerles verdad á los ojos como á los oidos del espectador; y así los raptos del estro, que fácilmente sigue quien, simpático y capaz de comprenderle, lee un poema, repugnan cuando la posibilidad, ya que de la verosimilitud se prescinda, contradicen manifiestamente.

Miéntras sin decoraciones se representaron nuestras comedias antiguas, importó poco que el lugar de la escena se cambiase con frecuencia. Si la descripcion que el autor hacia de los sitios á que sucesivamente iba trasladando la accion era buena, el público se daba por satisfecho; pero desde que se aspira en el teatro á fingir con propiedad pueblos y campos, casas particulares y templos, ó cárceles y

palacios,—notadlo bien, Señores,—ya las mejores producciones de Moreto mismo, el más ajustado á reglas de los escritores del siglo XVII, no pueden representarse sin refundicion que excuse las mutaciones á vista del público.

¿Qué significa la division de los actos en *cuadros*, sino un arbitrio, más ó ménos ingenioso, para obviar ese inconveniente?

Tales trabas, y otras muchas, que conocen bien cuantos para el teatro han escrito y escriben con alguna conciencia del arte, vuelvo á deciros, Señores, que me parece le hubieran siempre estorbado ser un buen autor dramático á nuestro Espronceda, hombre de inspiracion, de pasiones, de circunstancias, mucho más que de escuela en ningun género.

¡Qué diferencia en esa parte entre él y sus dos condiscípulos, Vega y Pardo!

Verdad es, y no quiero dejar de llamaros la atencion sobre ella; verdad es que asombra, á primera vista, que hombres simultáneamente educados por unos mismos maestros, en idénticas doctrinas, y que tan completamente aprovecharon la enseñanza recibida, como los tres poetas contemporáneos, asunto de este escrito, hayan sido en sus obras y en sus vidas sujetos tan distintos, que sólo tienen de comun el privilegiado ingenio, y la gloria que en la república literaria alcanzan y merecen.

Pardo, el escritor clásico moratiniano, el filósofo satírico, el continuador de la escuela de Jovellanos.

Ventura de la Vega, como lírico, émulo de Rioja; como dramático, el igual cuando ménos de Inarco Celenio.

Espronceda, el sucesor de Herrera y de Quintana, el feliz imitador de Byron y de Shakespeare.

En el primero, el pensamiento político del hombre de Estado conservador, sobreponiéndose á la inspiracion misma; en el segundo, el sentimiento del arte, el culto á la belleza de las formas, la observacion perspicaz, más fuertes que el estro; y en el autor del *Diablo Mundo* y del *Himno al Sol*, el estro y la inspiracion, los afectos y los ódios, más poderosos que ninguna otra consideracion en la tierra ni en el cielo.

Y, sin embargo, todos ellos son discípulos de Lista, todos ellos honran su memoria, y en las obras de todos ellos hay algo, hay mucho que revela su educacion y orígen.

Así, Señores, partiendo de un mismo punto en las empinadas cumbres del Pirineo, diversos arroyos, que han de ser rios, corren en opuestas direcciones, hasta perderse, éste en más afortunado caudal, el otro en el Mediterráneo, y en el Atlántico el tercero, sin que la diversidad de los campos que fertilizan y de las regiones que cruzan, desvirtúe en la esencia las fundamentales é idénticas condiciones de sus aguas.

Acercámonos, Señores, al término de esta larga jornada, que, mucho lo temo, ha debido pareceros á vosotros pesada por lo tardo del paso, y para mí ha sido una alternativa incesante de gratos y dolorosos recuerdos.

Perdonadme la prolijidad: os hablaba un humilde poeta de próceres del Parnaso, con quienes vivió familiarmente; un amigo, de aquellos de sus amigos que entre los más amados cuenta; un viejo, en fin, de sus mocedades..... ¿Cómo no habia de ser prolijo?

Lo que mucho nos interesa, juzgamos siempre que á los

demás conmueve; y si á interesaros no acerté, culpa ha sido de mi falta de habilidad, no de mi propósito y deseo.

Y ahora permitidme echar una postrera ojeada al largo camino, en realidad el de la mayor parte de mi vida, que aquí con la memoria de nuevo recorrí en contados minutos.

¿Qué veo detrás de mí? ¿Qué veo?

En lontananza: desierto el hogar paterno, donde una santa madre imprimia en mi corazon de niño sentimientos de honra y piedad, que, Dios bendito, irán conmigo al sepulcro; desierta la silla en que, ante un padre, tierno en el fondo, si en las formas severo, comenzaba mi labio áun balbuciente á repetir versos y prosa con delicado gusto escogidos; desierta tambien el aula en que un sabio, benigno, celoso, incomparable maestro, con hábil mano, nos abria las puertas del templo de las Musas.

¿Qué se hizo de mis amados cuanto ilustres condiscípulos? ¿Por qué Pardo en el Perú, Vega en Madrid, Espronceda, ántes que todos, pasaron á mejor vida, dejando sólo en ésta al más insignificante, al ménos útil y glorioso de aquella alegre juvenil tetrarquia de la calle de Valverde?

¡Ah! No son los encumbrados cedros ni las robustas encinas los árboles que mejor libran cuando el huracan brama iracundo; quizá al que os habla le escudó de la muerte hasta aquí su debilidad misma.

Mas no puede quejarse, nó, de no haberla visto, y de cerca, bajo todos sus diferentes aspectos; ella le ha perdonado hasta ahora personalmente, quizá sólo para que, ántes de herirle, sienta su corazon, uno tras otro, los repetidos golpes de la fatal guadaña sobre los seres que más queridos le fueron.

No quiero volver ya más la vista á lo pasado; no quiero ver más, nó, agotadas las flores de la infancia; en humo convertidas las ilusiones de la juventud; trocadas en desengaños las generosas ambiciones de la edad madura..... ¡Ay! Y si delante de mí tiendo la vista, desde la mitad, cuando ménos, de la bajada de la vida, que rápidamente desciendo, ¿qué es lo que miro?

En la tierra, Señores, el lóbrego valle de las tumbas, donde, no léjos de las de mis mayores y de las de Pardo, Vega y Espronceda, me espera abierta la mia.

¡Triste, desconsolador espectáculo, si en la tierra estuviera el término de nuestra existencia!

Pero no lo está, Señores, no lo está; yo lo siento, yo lo creo, yo no concibo siquiera que haya quien dudarlo pueda.

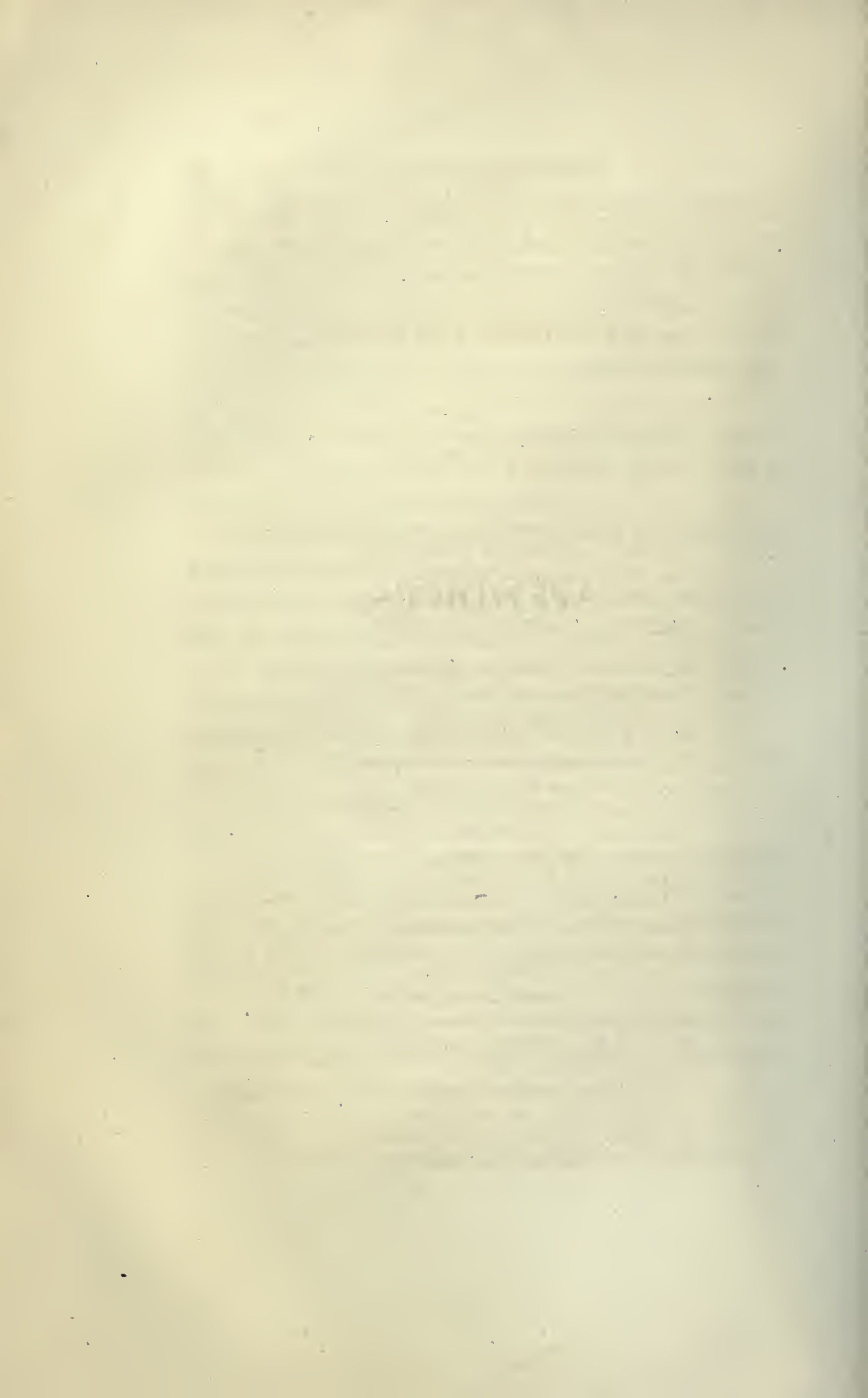
Yo espero reunirme á mis padres, á mis amigos; yo espero que un dia vendrán á reunirse conmigo, en el mundo de la verdad y de la misericordia, los seres amados, á quienes no puedo tardar en decir un postrer adios en este valle de lágrimas; y espero tambien que alguno de ellos me diga piadoso:

«De tu nombre se conserva en la tierra alguna memoria, porque fuiste hombre de honor y amante del trabajo; porque si tus obras valen poco, tu deseo fué siempre bueno, y porque sobre tí parcialmente refleja la inmarcesible gloria de los tres grandes poetas, tus contemporáneos y amigos; y algo, tambien, de la de la ilustre Academia Española, de que fuiste oscuro, pero muy reverente individuo.»—He dicho.

Madrid, 6 de Noviembre de 1870.

Patricio de la Escosura.

APÉNDICES.



APÉNDICE PRIMERO.

DOS DE MAYO.

¡Oh! ¡Es el pueblo! ¡es el pueblo! Cual las olas
Del hondo mar alborotado brama;
Las esplendentes glorias españolas,
Su antigua prez, su independencia aclama.
Hombres, mujeres vuelan al combate;
El volcan de sus iras estalló:
Sin armas van; pero en sus pechos late
Un corazon colérico español.
La frente coronada de laureles,
Con el botin de la vencida Europa,
Con sangre hasta las cinchas los corceles,
En cien campañas veterana tropa;
Los que el rápido Volga ensangrentaron,
Los que humillaron á sus piés naciones,
Y sobre las pirámides pasaron
Al galope veloz de sus bridones;
Á eterna lucha, á sin igual batalla,
Madrid provoca en su encendida ira;
Su pueblo inerme allí, entre la metralla
Y entre los sables, reluchando gira.
Graba en su frente luminosa huella
La lumbre que destella el corazon;
Y á parar con sus pechos se atropella
El rayo del mortífero cañon.
¡Oh de sangre y valor glorioso dia!
Mis padres cuando niño me contaron
Sus hechos, ¡ay! y en la memoria mia
Santos recuerdos de virtud quedaron.

«Entónces, — indignados me decian,
— Cayó el trono español, pedazos hecho;
Por precio vil á extraños nos vendian
Desde el de Cárlos profanado lecho.

»La córte del monarca disoluta,
Prosternada á las plantas de un Privado,
Sobre el seno de impura prostituta
Al trono de los reyes ensalzado.

»Sobre coronas, tronos y tiaras
Su orgullo solo y su capricho ley;
Hordas de sangre y de conquista avaras,
Cada soldado un absoluto rey.

»Fijo en España el ojo centellante,
El Pirene á salvar pronto el bridon,
Al Rey de reyes, al audaz gigante
Ciegos ensalzan, siguen en monton.»

Y vosotros, ¿qué hicisteis entre tanto,
Los de espíritu flaco y alta cuna?
Derramar como hembras débil llanto,
Ó adular bajamente á la fortuna.

Buscar tras la extranjera bayoneta
Seguro á vuestras vidas y muralla,
Y siervos viles, á la plebe inquieta
Con baja lengua apellidar *canalla*.

¡*Canalla!* sí, ¡vosotros los traidores,
Los que negais al entusiasmo ardiente
Su gloria, y nunca visteis los fulgores
Con que ilumina la inspirada frente!

¡*Canalla!* sí, ¡los que en la lid alarde
Hicieron de su infame villanía,
Disfrazando su espíritu cobarde
Con la sana razon segura y fria!

¡Oh! la *canalla*, la *canalla* en tanto
Arrojó el grito de venganza y guerra,
Y arrebatada en su entusiasmo santo,
Quebrantó las cadenas de la tierra.

Del cetro de sus reyes los pedazos
Del suelo ensangrentados recogia,
Y un nuevo trono, en sus robustos brazos
Levantando, á su príncipe ofrecia.

Brilla el puñal en la irritada mano,
Huye el cobarde, y el traidor se esconde;

Truena el cañon, y el grito castellano
De *Independencia* y *Libertad* responde.
Héroes de Mayo, levantad las frentes;
Sonó la hora, y la venganza espera;
Id, hartad vuestra sed en los torrentes
De sangre de Bailén y Talavera.
Id, saludad los héroes de Gerona,
Alzad con ellos el radiante vuelo,
Y á los de Zaragoza alta corona
Ceñid, que aumente el esplendor del cielo.
Mas ¡ay! ¿por qué, cuando los ojos brotan
Lágrimas de entusiasmo y alegría,
Y el alma, atropellados, alborotan
Tantos recuerdos de honra y valentía,
Negra nube en el alma se levanta,
Que turba y oscurece los sentidos;
Fiero dolor el corazon quebranta,
Y se ahoga la voz entre gemidos?
¡Oh! ¡Levantad la frente carcomida,
Mártires de la gloria,
Que áun arde en ella con eterna vida
La luz de la victoria!
¡Oh! ¡Levantadla del eterno sueño,
Y con los huecos de los ojos fijos,
Contemplad una vez con torvo ceño
La vergüenza y baldon de vuestros hijos!
Quizá en vosotros, donde el fuego arde
Del castellano honor, áun sóbre vida
Para alentar el corazon cobarde,
Y abrasar esta tierra envilecida.
¡Ay! ¿Cuál fué el galardon de vuestro celo,
De tanta sangre y bárbaro quebranto,
De tan heróica lucha y tanto anhelo,
Tanta virtud y sacrificio tanto?
El trono que erigió vuestra bravura,
Sobre huesos de héroes cimentado,
Un rey ingrato, de memoria impura,
Con eterno baldon dejó manchado.
¡Ay! para herir la libertad sagrada,
El príncipe, borron de nuestra historia,
Llamó en su ayuda la francesa espada,
Que segase el laurel de vuestra gloria.

Y vuestros hijos de la muerte huyeron,
Y esa sagrada tumba abandonaron;
Hollarla ¡oh Dios! á los franceses vieron,
Y hollarla á los franceses les dejaron.
Como la mar tempestüosa, ruje
La losa al choque de los cráneos duros:
Trono se alzó con indignado empuje,
Del galo audaz bajo los piés impuros.
Y áun hoy hélos allí que su semblante
Con hipócrita máscara cubrieron,
Y á Luis Felipe, en muestra suplicante,
Ambos brazos imbéciles tendieron.
La vil palabra *¡Intervencion!* gritaron,
Y del rey mercader la reclamaban,
De nuestros timbres sin honor mofaron,
Miéntras en su impudor se encenagaban.
Tumba vosotros sois de nuestra gloria,
De la antigua hidalguía,
Del castellano honor, que la memoria
Sólo nos queda hoy dia.
Hoy esa raza degradada, espúria,
Pobre nacion, que esclavizarte anhela,
Busca tambien, por renovar tu injuria,
De extranjeros monarcas la tutela.
Verted, juntando las dolientes manos,
Lágrimas ¡ay! que escalden la mejilla;
Mares de eterno llanto, Castellanos,
No bastan á borrar vuestra mancilla.
Llorad como mujeres; vuestra lengua
No osa lanzar el grito de venganza;
Apáticos vivís en tanta mengua,
Y os cansa el brazo el peso de la lanza.
¡Oh! En el dolor eterno que me inspira,
El pueblo en torno avergonzado calle,
Y estallando las cuerdas de mi lira,
Roto tambien mi corazon estalle.

JOSÉ DE ESPRONCEDA.

APÉNDICE II.

BLANCA DE BORBON,

DRAMA TRÁGICO, ORIGINAL É INÉDITO, DE D. JOSÉ DE ESPRONCEDA.

PERSONAS.

Doña Blanca de Borbon, esposa del rey D. Pedro.
Doña María de Padilla, amiga del Rey.
Leonor, hija de D. Tello.
Una Maga africana.
El rey D. Pedro de Castilla.
D. Enrique de Trastamara, hermano del Rey.
D. Fernando de Castro.
D. Diego García, hermano de la Padilla.
D. Tello Gonzalez Palomeque, alcaide del castillo cárcel de la Reina.
Hernando, caballero cortesano.
Abenfarrax, moro esclavo, hijo de la Maga.
Dos Caballeros, que hablan.
Caballeros, Cortesanos, Soldados.

La accion pasa en una fortaleza, en el Alcázar, y en las inmediaciones de Sevilla, á las márgenes del Guadalquivir (1), el año 1361.

ACTO PRIMERO.

Prision de la Reina en un castillo, con dos puertas practicables, una á la derecha y otra á la izquierda.— Dos ventanas con fuertes rejas, al foro.

ESCENA PRIMERA.

LA REINA.—DON TELLO.—SOLDADOS.

Al levantarse el telon, se oye dentro música y un coro caballeresco, terminado el cual, explica D. Tello su razon, diciendo que Sevilla cele-

(1) Es sabido, sin embargo, que Doña Blanca fué asesinada, de órden del Rey su marido, en el castillo de Medina-Sidonia.

bra fiestas para solemnizar el nacimiento de un *Infante* (1) recientemente dado á luz por doña María de Padilla, con quien el Rey se supone casado.—Laméntase la Reina cautiva de su desdicha; y el duro carcelero, tratándola con villana insolencia, se va á gozar de la fiesta.

ESCENA II.

Reemplázale en la escena la jóven Leonor, hija de D. Tello, pero tan tierna y á la Reina aficionada, como su padre de la misma brutalmente enemigo.—A instancia de Blanca, siempre de su cruel esposo enamorada, Leonor le refiere, en lírico estilo, el torneo con que el nacimiento del hijo de la Padilla se celebra; y después, para alentar la esperanza de la cautiva, dícele que no la tienen los castellanos tan olvidada como presume; que D. Enrique y sus parciales velan por su vida; y que un jóven desconocido, que dias há ronda la prision, le ha rogado (á Leonor) con vivas instancias que en ella le introduzca.—Teme Blanca comprometer á su amiga; pero la generosa doncella, desoyendo los consejos de la prudencia, corre en busca del desconocido.

ESCENA III.

Sola Blanca, presiente con terror que el incógnito es el mismo D. Enrique, de quien sabe que la ama, y á quien, si como amante no corresponde, como leal amigo estima en mucho.

ESCENA IV.

Entra, en efecto, D. Enrique en la prision, guiado por Leonor, que se retira para estar en acecho; y sigue una escena en que el Infante se muestra tan encarnizadamente enemigo de su hermano, y tan dispuesto á llegar hasta el fratricidio, como locamente enamorado de la Reina y resuelto á sacrificarlo todo á su dicha. Blanca defiende al tirano que la oprime, y desahucia al amante que la pretende, y no sin razon exclama:

Un astro mismo, sí, cuando nacimos,
Blanca, tú y yo, sin duda presidia;

(1) Doña María de Padilla, tal vez legítima esposa de D. Pedro, ante la Iglesia, primero que doña Blanca, le dió, en efecto, el año 1359 un hijo, que fué jurado sucesor del reino en las Córtes de Sevilla, 1362, año siguiente al de la muerte de su madre, ocurrida el mismo de la de doña Blanca, y á los pocos meses. El infante *D. Alfonso*, hijo de la Padilla, murió niño.

Feroz el Rey, te oprime y te abandona,
¡Á una ramera vil te sacrifica!.....
¡Y tú le adoras!

. . . .

Y yo entre tanto. . . . .

. . . .

Como un segundo Tántalo, á mis labios
Llego apénas el agua apetecida.

Firme, no obstante, en su propósito de alentar y servir á la que adora en vano, anúnciala que en Sevilla misma tiene numerosos parciales, prontos á unírsele contra el tirano, y á ceñirle á él la corona; pero que, ante todo, lo que anhela es ponerla á ella en libertad. Al siguiente dia, una barca surcará el Guadalquivir, al pié del castillo, gobernada por el mismo D. Enrique, quien cantando anunciará á Blanca el momento preciso de su evasion.

ESCENAS V, VI, VII y VIII (*última*).

Leonor avisa la llegada de D. Tello; el Infante se retira; y el Alcaide se presenta con *Diego García*, el hermano de la Padilla, y el más bajo y repugnante personaje del Drama.—Enamorado, ó más bien antojado, de la Reina, empieza por insultarla cobarde, y por calumniarla villano, acusándola de adúlteros amores, primero con D. Fadrique (el Maestre de Santiago, muerto á manos del Rey, su hermano) (1), y en la actualidad con el bastardo de Trastamara, rebelde y proscrito.—Defiéndese, digna, Blanca con la entereza y moderacion de quien tiene la conciencia limpia; y en vano el áulico vil la amenaza con la muerte en el suplicio, como supuesta cómplice ó causa primordial de la conspiracion de Enrique; en vano osa el desalmado ofrecerle la libertad, el trono, el tálamo mismo de su ingrato esposo, si á sus lúbricos repugnantes deseos accede: la honrada señora, prefiriendo el martirio á tanta infamia, desprecia magnánima las amenazas, y cierra el casto oido á las denigrantes ofertas.

La suerte de la desdichada Reina está ya resuelta: D. Pedro la aborrece; la Padilla ve siempre en ella una rival temible; D. García, desde-

(1) En efecto, no ha faltado quien, para excusar la crueldad de D. Pedro con Blanca de Borbon, invente que al venir la infeliz Princesa, ya por poderes desposada, desde Francia á Castilla, tuvo amores adúlteros con el infante D. Fadrique, maestre de Santiago, hermano bastardo del Rey, y por él más tarde en Sevilla asesinado. Que tal acusacion es una infame calumnia, está ya históricamente demostrado. Don Fadrique no fué el encargado de acompañar, desde Francia á España, á la desdichada Blanca, á quien vió por vez primera ya en Castilla y ya en poder de su marido.

ñado, jura vengarse; el Alcaide, advertido de que le va la cabeza en ello, está resuelto á matarla, si álguien intenta ponerla en libertad.—¿Quién, sino Dios, puede salvarla?

Así termina el acto primero.

ACTO SEGUNDO.

Salon en el Alcázar de Sevilla.

ESCENA PRIMERA.

Doña María de Padilla y su hermano D. García, que procura alarmar á la favorita (1), refiriéndola que Blanca la aborrece y desprecia, y que D. Enrique, oculto en Sevilla, conspira en favor de la Reina; todo á fin de lograr que la Padilla incite á D. Pedro á dar muerte á la misma Reina y á su hermano.— No resiste tanto á tales sugestiones doña María, como conviniera *al genio agradable y compasivo* (2) que unánimes le atribuyen nuestros historiadores; mas, con todo, al terminar la escena exclama:

¡Y tanta sangre!

A lo cual responde D. García:

¿Áun no estás acostumbrada á verla
Contínuo derramar? — ¡Bastantes veces
Pedro, tu mismo amante, en tu presencia
La hizo alegre correr! — Elige ahora:
Verter la tuya ó derramar la ajena.

ESCENA II.

En el momento en que, resuelta ya la Padilla á procurar la muerte de su cautiva inocente rival, se lo declara así á su hermano, diciéndole:

¡Determinada estoy!

preséntase el Rey, que desde luégo advierte en el rostro de su amada se-

(1) Llámola así, porque tal la supone el autor. Don Pedro declaró, sin embargo, oficial y solemnemente en Córtes, que al llegar doña Blanca á España, estaba ya él *casado in faciæ Ecclesiæ*, con doña María de Padilla. Parece que, entre tanto, casábase tambien en Francia por poderes con Blanca; y no mucho después, vivas aún la Reina y la Padilla, *se casó* en la Iglesia con *doña Juana de Castro*, á quien abandonó al dia siguiente de consumado el matrimonio.

(2) Florez, *Reinas Católicas*, tomo II, pág. 651.

ñales visibles de las pasiones que su pecho agitan, y quiere naturalmente saber la causa.—Anúnciale ella que la traicion le acecha y su vida amenaza. Don Pedro se burla de sus temores. Quiere D. García esforzar las razones de su hermana, y osando decir que

> El consejo que dicta la prudencia
> Debe escuchar un Rey,

replica D. Pedro:

> El Rey tan sólo
> Debe escuchar su voluntad suprema.

Palabras que desde luégo plantean y pintan el personaje histórico.

Sin embargo, acaba la Padilla por lograr de su amante que escuche paciente á García; y retirándose ella, entáblase la

ESCENA III.

ENTRE EL REY Y EL SUSODICHO GARCÍA.

Oye D. Pedro con cierta indiferencia la revelacion del estado inquieto y tendencia sediciosa de Castilla entera, donde la rebelion parece pronta á estallar; impórtale poco que

> Blanca, en su prision, amigos cuente;

mas, al oir el nombre de su hermano *Enrique*, al saber que está en *Sevilla*, y conspirando como siempre, arde súbito en ira, y ordena á García que le busque y traiga en seguida al esclavo moro (Abenfarrax), delator del complot, y espía contínuo de las acciones del de Trastamara.

ESCENA IV.

EL REY.

La fiera desencadenada, y de sangre sedienta, se pinta á sí misma admirablemente en el breve monólogo que sigue:

> ¡Y qué! ¿Mi afrenta
> No he de vengar yo mismo?..... ¡Miserable!
> ¡Un vil bastardo arrebatarme intenta (1)

(1) Copiamos literalmente el manuscrito autógrafo, en el cual, como de razon, hay las incorrecciones propias de toda obra que su autor no da por terminada. Advertimos, pues, de una vez para siempre, que, como el verso anotado, hay otros muchos en que, por distraccion sin duda, sustituyó el poeta en la rima el consonante al asonante.

Mi trono y mi poder!..... ¡Ah!..... ¡Yo le juro.....
¡Yo anegaré en su sangre su soberbia!
¡Mi hermano!..... ¡Sí, mi hermano!!—Cuando ahora
Dentro en su corazon mi espada sienta,
Cuando yo mismo sus entrañas rasgue,
Cuando espirar, en su dolor, le vea;
Entónces yo le llamaré *¡mi hermano!*
¿Y Blanca?..... ¡Blanca!..... ¡El insensato piensa
Libertarla!..... ¡Infeliz!—¡Entre tus brazos
Yo te la arrojaré, sí, pero muerta!

ESCENA V.

EL REY.—GARCÍA.—ABENFARRAX (1).

Aquí el hijo de la Maga dibuja su carácter estúpidamente feroz. Ha visto á Enrique en torno de la prision de Blanca; sólo sabe quién es por habérselo dicho su madre, «la potente Maga de la caverna del Espectro.» Dió muerte á un emisario de los conjurados, de un solo golpe, porque

Su daga siempre del corazon halla el camino;

y sin ambajes ni circunloquios, pregunta á D. Pedro:

¿Cuánto me pagarás, si te presento,
Manando en sangre, el de tu hermano mismo?

D. Pedro, tratándole duramente, le manda, sin embargo, que le espere aquella noche misma en la caverna del Espectro, para que le guie donde se oculta el traidor Enrique.

ESCENA VI.

Retirado Abenfarrax, entran doña María de Padilla y Leonor; ésta con una carta de Blanca para el Rey, de que aquélla ha querido en vano apoderarse.—Solicita la Reina ver á su esposo; la Padilla y D. García tratan de estorbarlo; D. Pedro, aunque denostando á la infeliz prisionera, ofrece á su intercesora Leonor que Blanca le verá al siguiente dia.

(1) Acotacion del original: «Vestido de un marsellés, una faja, un puñal, calzones anchos, la pier»na desnuda, y babuchas moriscas.—Rudo y bárbaro en su apostura.»

ESCENA VII.

EL REY.—LA PADILLA.—DON GARCÍA.

Don Pedro se propone, y lo declara, presentar al dia siguiente á los ojos de doña Blanca el cadáver de Enrique, muerto á manos del Rey mismo; María teme que los celos sean los que tan bárbara resolucion le inspiren, y con D. García, presiente que la beldad, desdichas y llanto de la Reina pueden ablandar al Monarca. Mantiénese el Rey firme, prometiendo á su amada que la sentará en el trono para que Blanca en él la vea, y para que la Padilla misma sea quien de la suerte de su rival decida.—La presencia de D. Fernando de Castro pone fin á ésta, y da principio á la siguiente

ESCENA VIII.

DICHOS Y CASTRO (1).

Preséntase al Rey el hermano de doña Juana, á pedir (dice) *justicia contra el Rey mismo*, muy á deshora, en primer lugar; y en segundo, con lenguaje, desde luégo, tan injurioso y provocativo, que parece más bien calculado para exaltar la ira del Monarca y morir á sus manos ó en el suplicio, que para obtener reparacion del agravio recibido. Don Fernando de Castro es aquí un hombre enloquecido por la ira, un demócrata sin veneracion alguna al que, en su época, era reputado representante de Dios en la tierra, y á quien, si muchos nobles *desafiaban*, es decir, declaraban

(1) El poeta supone aquí que el espectador conoce la historia de D. Pedro en sus pormenores todos, lo cual pudiera no ser en muchos casos. Recordarémos, pues, sucintamente su inicua conducta con doña Juana de Castro, señora de ilustre linaje y grande hermosura, ya viuda, cuando para su mal la conoció el Rey, de D. Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya. «Como era mucha mujer para amiga» (dice Florez), y hacerla su esposa cosa difícil, viviendo, como vivian, Blanca y la Padilla, D. Pedro, haciendo caso omiso de su casamiento con la segunda, declaró nulo el celebrado con la francesa, por haberle contraido, decia, contra su voluntad. Dos obispos, dolor y vergüenza nos cuesta escribirlo, pero dos obispos españoles, el de Salamanca y el de Ávila, cobardes ó vilmente aduladores, pronunciaron sentencia, declarando que D. Pedro podia casarse con quien gustase. Desconfiados, sin embargo, los parientes de la novia, todavía pidieron y obtuvieron en rehenes ciertos castillos y heredamientos; concediólo y entrególo todo el Rey; casóse en Cuéllar, como lo pretendia, por ministerio del Obispo de Salamanca; y «gozando un solo dia de la dama, no la volvió á ver más, burlándose de una tan gran señora con el pretexto injurioso del santo sacramento del matrimonio.» Doña Juana vivió el resto de sus dias en Dueñas, llamándose *Reina*, á pesar del Rey; allí falleció, año de 1374, dejando un hijo, llamado D. Juan, á quien D. Pedro reconoció en su testamento, llamándole á reinar, si fallecian sin posteridad sus tres hijas, habidas en la Padilla. (FLOREZ, *Reinas Católicas*, tomo II, páginas 655 y siguientes.)

la guerra, renunciando á su vasallaje préviamente, nunca en su entidad de institucion soberana ultrajaron. Conspiraban contra un rey, sí, aclamando otro; tal vez asesinaban al aborrecido, mas arrancándole ántes la corona de las sienes, para ceñírsela al que les parecia mejor. — Paréceme, pues, violenta é inverosímil esta escena, que se termina interponiéndose la Padilla y D. García, para que el Rey no lidie cuerpo á cuerpo con Castro, lo cual está en carácter.

ESCENAS IX y X (*última*).

Solo Castro un momento, desahoga su furor en maldiciones y regicidas propósitos contra el tirano; interrúmpele la llegada de Hernando, que, con otros caballeros, viene á noticiarle que D. Pedro les ha dado órden para prenderle; órden que ejecutar no quieren, pues todos pertenecen á la faccion de los descontentos. Entónces, en el alcázar mismo, á las puertas de la cámara real, pónense á conspirar contra el Rey, en favor de su esposa y de D. Enrique, y en venganza del mancillado honor de los Castros; con lo cual se termina el acto segundo.

ACTO III.

El teatro representa el campo; á la derecha está el castillo prision de Blanca con rejas de hierro salientes; á la izquierda se eleva una montaña escabrosa, toda coronada de rocas, entre las cuales, á cierta altura, se ve la boca de una caverna. De la cima de esta montaña, así como al rededor y al lado del castillo, siguen (sic) *dos bosques, dejando un claro, por donde se descubre el Guadalquivir. El fondo del teatro es la otra orilla del rio. Es de noche, y sólo alumbra la luz que arde dentro de la caverna* (1).

ESCENA PRIMERA.

Delante de la caverna.

LA MAGA. — ABENFARRAX.

El moro, que está aguzando un puñal, se lo enseña á su madre, exclamando:

¡ Mejor despues lo aguzaré en su sangre!

(1) Acotacion copiada literalmente del MS. autógrafo.

Contéstale ella:

No, hijo mio:
¡Tú no le has de matar: su hermano mismo
Tiene que asesinarle!

Y entablado así el diálogo, fácilmente se comprende que ambos interlocutores, cada cual á su manera, son dos verdaderos abortos del infierno. — Sus retratos, dignos del pincel de Shakespeare, están trazados de mano maestra. La sangre se hiela en las venas al mirarlos.

Se trata de que D. Pedro asesine á Enrique; al fratricida, sus enemigos; á Blanca, la Padilla: se trata, no ya sólo del exterminio, sino de la eterna condenacion de la raza cristiana.

Hé aquí cómo se expresa la Maga:

..... Yo le he ofrecido (al Rey)
Un fratricidio horrible; en el infierno
Festejarán al recibir á Enrique,
Y aprestarán á Pedro otro festejo.
¡Jamas sentí tan puro regocijo!
¡Ni aunque volviera al fortunado tiempo,
Cuando en mi patria, venturosa y jóven,
Libre viví de los cristianos hierros,
Tanto gozo y placer sentir pudiera!
Es imposible, nó; los amos nuestros
Entre sí se encarnizan. ¡Ah! su sangre,
Al fin, mi pecho beberá sediento!! (1).
Sí, venganza juré; para saciarla
Yo os evoqué, demonios del infierno;
¡Y vosotros vinisteis! ¡Y mi dicha,
Mi único gozo, mi mayor contento,
Fué cuando vi que, á mi furor sensibles,
Un hijo como tú me concedieron;
Un hijo en que á mi vista se retrata
La propia forma y el semblante de ellos!

ABENFARRAX.

Tus furores ¡oh madre! son mi halago,
Son mi mayor placer. Cuando te veo
Correr el bosque en la sombrosa noche,
Con alharidos y horrorosos gestos;
Cuando te escucho, hablando solitaria,
Y oigo de los demonios el acento;
Entónces yo, con júbilo y con risa,
Contemplo tu furor.

LA MAGA.

¡Júbilo horrendo,
Que refresca mi alma! Sí, tu risa

(1) Véase, al fin de este Apéndice, la nota (A).

Es la luz del relámpago funesto,
Precursora del rayo. ¡En tu miseria,
Tú, al cabo, eres feliz! Tu horrible aspecto
Es terror de los hombres; tu cuchillo
De su maldita sangre está cubierto,
Goteándola siempre; tu alegría
Es verlos padecer; hasta el tormento,
La furia misma de tu misma madre
Es para tí un placer.

Sería necesario copiar toda esta escena para dar de ella cabal idea. Termínase recogiéndose á la caverna aquella furia y su digno vástago, porque oyen pasos de gentes que se acercan.

ESCENAS II y III.

María de Padilla, atormentada por los remordimientos y por el temor de verse un dia suplantada, y tal vez castigada, por la Reina, entónces su prisionera, acude supersticiosa á la caverna del Espectro, en demanda de conocer lo que el porvenir le guarda. — Bueno me parece, y bien versificado está su monólogo, quizá un poco largo; pero su conversacion con la Maga es, dado el género, una obra excelente. Luchan en el ánimo de la Favorita el amor con el remordimiento; y con el orgullo, la supersticion cobarde: necesita de la hechicera y la busca; pero despreciándola siempre, insultándola alguna vez. Entre tanto la Maga, furia implacable, dueño de todos los secretos de la mísera dama, búrlase de sus amenazas, devuélvele centuplicados los insultos, y acaba por persuadirla de que sólo un medio tiene para evitar su ruina, y conservar el corazon de D. Pedro, juntamente con el trono que usurpa: asesinar á la cautiva Reina.

Oyese entónces en el rio una voz cantando, una lindísima cancion por cierto, acompañada de un arpa.

La Padilla y la Maga se ocultan en la sombra, para oir sin ser vistas.

ESCENAS IV y V.

Aparecen en la reja del castillo doña Blanca y Leonor, que habiendo oido el canto presumen, y con razon, que es D. Enrique quien lo entona. El príncipe, en efecto, llega al pié del castillo en su barca, y salta de ella, embozado, al teatro. Su objeto es anunciar á la inocente prisionera que al dia siguieute recobrará la libertad. Cien caballeros lo han jurado sobre la cruz de sus espadas: todo está dispuesto; D. Pedro ignorante de la trama;

y al lucir el sol de nuevo, verá el triunfo de la inocencia. Todavía duda y vacila la Reina, esperando ablandar al cabo el corazon de diamante de su esposo; pero el de Trastamara, ménos crédulo, insiste en sus proyectos. —¡Vanos proyectos! La Maga y la Padilla, que están oyéndolos, tienen medios seguros de impedir su ejecucion, y á ello están resueltas.

ESCENA VI.

Retirada la Reina á su cárcel, y dando D. Enrique la vuelta al castillo, de manera que va á colocarse tras de la caverna, espia á su vez á las que á él ántes le espiaron, oyéndolas decretar la inmediata muerte de Blanca. Incapaz entónces de contenerse, preséntaseles y las increpa violento; replícale, más violenta aún, la Maga; y, ciego él de cólera, arrójase sobre ella para matarla. Ágil y serena la hechicera, esquiva el golpe retrocediendo de un salto á la entrada de su caverna, donde invoca el auxilio de su hijo y el de los espíritus del mal al mismo tiempo.

ESCENA VII.

Abenfarrax aparece con estúpida ferocidad, preguntando: «¿Hay, madre, ya que asesinar á alguno?» Desígnale la Maga su víctima en Enrique; interpónese la Padilla; y la lucha, sin embargo, va á trabarse, cuando súbito entran en escena D. Pedro y D. García.

ESCENA VIII.

La llegada del Rey suspende el combate, aunque por de pronto no se descubre. Poco tarda en hacerlo, porque Enrique se niega á cruzar la espada con un desconocido; mas cuando ya conoce á quien tiene delante, si por una parte el deseo de la venganza le incita al combate, por otra la fuerza de la sangre y el respeto á los vínculos de la naturaleza paralizan su brazo. En vano D. Pedro le provoca de todas maneras, y le ultraja con hábil furia: D. Enrique se niega á la lucha fratricida, y se aparta de su hermano, no sin oir de los labios de éste que, si todavía á la mañana siguiente no ha partido al destierro que le impone, le hará morir en el cadalso.

ESCENA IX (*última*).

D. Pedro, ausente ya el enemigo hermano, va á retirarse, cuando se le

aparece la Maga, apostrofándole con estos versos, que terminan el acto:

> El denso velo que el Destino cubre
> Miro rasgarse ya. Rey de cristianos,
> Oye mi voz; y á mi tremendo acento,
> Ronco responda el Tártaro, tronando.
> Próximo está tu fin; ya tu enemigo,
> Con alta pompa y esplendente fausto,
> Va muy pronto á brillar. —¡Óyeme y tiembla!
> *La vida, sí, te arrancará tu hermano.*

ACTO IV.

Salon en el Alcázar, con dos tronos.

ESCENAS I y II.

Al levantarse el telon aparecen en escena Hernando y otros caballeros de los conjurados con Castro, de quien dicen que «aguarda sólo la señal» para tirar la espada en defensa de doña Blanca. Interrumpe la conversacion D. García, quien se sorprende, y no sin razon, de hallarlos en Palacio armados de punta en blanco; circunstancia que ellos le explican diciéndole que se proponen ofrecerse al Rey para la guerra de Granada. Dase el cortesano por engañado, aunque conoce bien la conjuracion, y los nobles se retiran tranquilos.

ESCENAS III y IV.

EL REY.—DOÑA MARÍA DE PADILLA.—DON GARCÍA.
—*Acompañamiento.*

Blanca va á comparecer ante el Rey, como lo tiene solicitado; y aquél, para más humillarla, sienta á la Padilla en un trono, al efecto al par del suyo levantado. La Favorita está inquieta, sin embargo, y apénas bastan á calmarla el amor de D. Pedro y las seguridades que la da su hermano. —Comparece Blanca «trémula y temerosa»; y la dureza provocativa con que su marido la habla, y la presencia de su rival en el trono, justifican de más su turbacion y lágrimas. La infeliz es, no obstante, una víctima resignada, que ni la idea de resistir concibe. El Rey la injuria y calumnia:

ella le ama y se lo dice. La Padilla, que habla poco, y cuya sola presencia en la escena no sé yo si se toleraria en la representacion; la Padilla misma llega á acusar á la infeliz Reina de haberla maldecido, y Blanca le contesta:

¡Maldecirte!
Muéstrame cómo, y te maldigo luégo.
¡Yo oso todo, *mujer!* ¡Yo ansio la muerte,
La busco y llamo; por la muerte anhelo;
¡Ella es mi único bien, ella es el árbol
Á cuya sombra reposarme quiero!
Débil mujer cual soy, ¡ah! ¡me alimenta
La desesperacion! ¡Ya nada temo!
Yo no sé maldecir; mas, si me enseñas,
Tambien maldeciré.

Hasta aquí habla con la mujer que la ha privado de su corona, del tálamo conyugal y de la libertad misma: desde aquí se dirige á su cruel esposo:

¡Mas tú, que el fuego
Arder hiciste que me abrasa el alma,
Apiádate de mí! — Yo te deseo
Siempre felicidad. ¡Ah! ¡sí! ¡Perdona,
Perdóname! ¡Infeliz! — Si yo detesto,
Si ofendo á esta mujer..... ¡Ah! Tú la adoras.
¡Benigno quiera perdonarla el cielo,
Cual la perdono yo!

Abrázase, de hinojos ella misma, á las rodillas del Rey, y concluye:

Dame la muerte,
Y á Dios, por tí, le rogaré, muriendo.

Nó desmiente Blanca un solo instante, en este drama, su profunda mansedumbre y resignacion sublime; sublime de más, acaso, para el efecto dramático; porque con criatura tan perfecta la lucha es imposible.

Así el final de la cuarta escena de este acto, en que D. Pedro la arroja de sí, disponiendo que por fuerza se la lleven, anegada en lágrimas, sus carceleros, es más que dudoso que produjera buen efecto en el teatro.

ESCENA V.

EL REY. — LA PADILLA. — CASTRO.

Las últimas palabras de Blanca parecen haber conmovido un tanto á D. Pedro, que llega á preguntarse *si será inocente* aquella infeliz; mas pronto la voz de la Padilla, que ya desde aquí se muestra francamente ansiosa de

la sangre de su rival, y el estrépito y vocerío de la conjuracion, que al regreso de la Reina á su cárcel ha estallado, en fin, devuelven á D. Pedro su valor indómito y su ferocidad ingénita. — D. Fernando de Castro, consecuente en su vengativa demencia, aparece solo en el regio salon, espada en mano, insultando, provocando, y queriendo dar muerte, de su propia mano, al burlador de su hermana. La fortuna le es adversa : yerra el golpe, y cae, dos veces el pecho atravesado por el acero de D. Pedro, quien, cogiendo inmediatamente en sus brazos el áun caliente cadáver, arrójaselo desde un balcon á los conjurados, diciéndoles :

¡ Ahí teneis á vuestro jefe : yo os lo vuelvo !

Accion y frase dignas, en efecto, del que en Montiel sucumbió al puñal fratricida.

ESCENAS VI y VII.

EL REY. — LA PADILLA. — DON GARCÍA.

El último acude á participar al Monarca que el pueblo, por Castro sublevado, huyó amedrentado, una vez muerto su caudillo, y que los demás nobles conjurados

¡ Exhalaron, luchando, sus alientos,
Sin quererse rendir!
—¡ Y bien ; perezcan!

responde D. Pedro.

Mas eso no les basta, ni mucho ménos, á la Favorita y á su hermano, cuyo fin principal es acabar con Blanca. Ella, pues, ella sola es el orígen, el foco, el principal fautor de la conspiracion entónces vencida, como lo fué de las anteriores, como lo será de las futuras, si la fuente del mal para siempre no se ataja con su muerte. Oye el Rey, «como distraido y fastidiado» (acota el MS. autógrafo), las sugestiones de los dos hermanos durante toda esta escena. — ¿ Por qué? — ¿ Quiso acaso el poeta que la responsabilidad del crímen con que su drama termina, recaiga más sobre la Padilla que sobre su amante? — Fuera inútil intentarlo: en su obra misma, Espronceda, hasta aquí, es acaso el escritor que, de cuantos han puesto en escena al rey D. Pedro, con más verdad pintó su cruel ferocidad, y ménos le ha poetizado. Por otra parte, ahí está la historia, para acreditar que la Padilla fué siempre de corazon tierno y ánimo piadoso. ¿ Por qué manchar injustamente su memoria? — Nuestro poeta, deján-

dose llevar de la inspiracion del momento, respetó aquí la historia tan poco como solian hacerlo nuestros primeros ingenios del siglo de oro.

Volviendo al drama, si D. Pedro escuchó, al parecer, *distraido* y *fastidiado* á D. García y á la Padilla misma, al terminar la escena, ya por complacer á su Dama, ya porque, asesinato más ó ménos, no le parezca cosa digna de moverle á disgustar á la Favorita ni á nadie, responde á esta pregunta de María:

¿Dejas á Blanca así?

con esta sencillísima frase:

Yo te la entrego.

Dichas esas palabras, ó pronunciada esa sentencia, vase el Rey, y la escena, ó más bien el cuadro, concluye con el brevísimo diálogo siguiente:

GARCÍA.

¡Hoy mismo morirá!

LA PADILLA.

¡Vuela al castillo!
¡Manda qne muera! ¡Vé!

GARCÍA.

¡Calma y secreto!

ESCENAS VIII, IX y X.

Cámbiase la decoracion anterior en la que representa la cárcel de la Reina. Aparece ésta con Leonor, lamentándose amargamente de su desventura, perdida ya toda esperanza, deseando y presintiendo la muerte.

Don García se presenta á intimar á D. Tello la voluntad del Rey. Blanca (que no está presente) ha de morir, al mediar su curso aquella misma noche, á manos de Abenfarrax, el hijo de la Maga, para la consumacion del horrendo crímen diputado.

Oye el Alcaide lo que se le dice, y enterado de ello, exclama estóicamente:

Es mandato del Rey: fuerza es que muera.
Yo cumplo mi deber cuando obedezco.

Todo este segundo cuadro del acto cuarto, me parece completamente inútil, y en su virtud, perjudicial en el drama.

ACTO V.

CUADRO I. — *La misma decoracion del acto tercero. — Una tempestad. — Es de noche. — Abenfarrax sentado en una roca. — La Maga con una antorcha en la mano.*

MAGA. (*Canta.*)

¡Oh! ¡Salve, oscuro genio
Del hórrido huracan!
Ceñudo tú te sientas
Allá en la tempestad.
Tu augusto trono velan
La noche y el horror;
Tu voz, en silbo y trueno,
Retumba en derredor.
Las ígneas alas tiendes
Por cima al Aquilon;
Y, en torno, el aire tiñe
Relámpago veloz.
¡Salud, salud mil veces,
Espíritu infernal!
Desciende á mí en las alas
Del hórrido huracan.

(*Representa.*)

¡Hoy festeja el Averno; hoy, hijo mio,
La luz del rayo su festin alumbra;
Y en la noche, los lívidos espectros
Al trueno aterrador sus gritos juntan!
¡Noche de muerte! — ¡Regocija el pecho,
Hijo de Satanás! — Sí, ya vislumbra,
Á la luz del relámpago, tu daga,
Teñida en sangre la aguzada punta!
¡Noche de muerte es! ¡Vuela, hijo mio;
Con sangre ya mi paladar endulza!

ABENFARRAX.

¡Dame, oh madre, el puñal! ¿Llegó la hora?

MAGA.

¡Pronto ya va á sonar! La noche oscura
Sirve á encubrir tus silenciosos pasos;
El genio del Averno te conduzca;
¡Yo te doy mi puñal; marcha al castillo!

ABENFARRAX.

¡Yo juro allí satisfacer tu furia!
(*Vase de modo que se le vea abrir la puerta del castillo y entrar en él.*)

MAGA. (*Cantando.*)

En medio á la tormenta,
Su hora sonará;
¡La muerte acechadora
Su presa aguarda ya!

¡Genios del Tártaro,
Venid á mí!
¡Venid, mi júbilo
Á compartir! (*Arrójase en la caverna.*)

He copiado íntegro ese cuadro, no solamente por su belleza poética, que á mí me parece grande, sino, además, porque extractarlo hubiera sido lo mismo que no mencionarlo siquiera.

CUADRO II (1).— *Prision de Blanca: una capilla gótica en el castillo; un crucifijo en el fondo del teatro. — Una lámpara moribunda alumbra la escena. — La tormenta se oye á lo léjos* (2).

BLANCA Y LEONOR.

La desdichada Reina conoce ya su sentencia, y tambien la sabe su única y postrera amiga; mas si ésta no halla consuelo á su afliccion profunda, aquélla, entreviendo ya en la eternidad el reposo y la recompensa á sus virtudes debida, aguarda resignada el instante supremo. Quizá sea ésta la mejor, y es sin duda la más tierna y noblemente inspirada de todas las escenas del drama. Quisiera copiarla toda; mas no siéndome posible eso, habré de limitarme á citar los siguientes fragmentos.

Sea el primero éste, en que Blanca trata de dar consuelo á su desolada amiga:

Dulce Leonor, ¡gran Dios! calma tu llanto;
¿No ves mi dicha tú? — Gloria más pura,
En trono eterno, el Dios de la inocencia
Guarda, Leonor, para las almas justas.
¿Qué vale el trono de la tierra toda,
Cercado de esplendor? — Su faz se anubla,
Y el pueblo aquel que le temió algun dia,
Perdido el brillo, su grandeza burla.
¡No así aquel trono que, esplendente siempre,
Brilla en la eternidad! Paz y dulzura,
Inocencia y virtud, siempre le ensalzan;
Allí la libertad, la gloria augusta,
Su eterno manantial vierten, regando
Fértiles campos de eternal verdura.
Allí se cifra mi esperanza ahora.
¿Por qué temer la calma de las tumbas,
Si el alma la quietud halla en su seno,
Que en la tierra infeliz en vano busca?

(1) *Escena*, dice el original.
(2) Copia literal del manuscrito.

ESCENA III.

DICHAS.—DON TELLO Y UN ERMITAÑO.

Sólo un momento
Te queda ya para decir tus culpas,

dice el impasible Alcaide á la resignada víctima: es preciso que ella y Leonor se digan el último adios; y compréndese que la escena ha de ser muy dolorosa.

Hé aquí cómo, dirigiéndose á Leonor, que se niega á separarse de su amada señora, la termina Blanca:

¡Tu llanto quema!
No llores más, Leonor; mi alma se turba
Viéndote padecer. Tu amargo lloro
Me inspira compasion. Leonor, escucha:
Un tiempo fué, cuando, en mi cárcel misma,
Plácidos sueños de feliz ventura
Regalaban tal vez mi pensamiento,
Y ciertos yo los figuraba, ilusa.
¡Pensé que, clara la inocencia mia,
Se aplacára tal vez la alma sañuda
Del que tanto adoré! ¡Pensé, insensata,
Ocupar el asiento que ahora ocupa
La que perdone Dios. Feliz pensaba
Premiar entónces, en mejor fortuna,
Tu constante amistad..... Sólo una prenda,
Joya de mi niñez..... (1). Tómala, es tuya;
Guárdala tú, como único recuerdo
Que te puedo dejar de mi ternura.
¡Dulce Leonor, adios!—¡Vuelve á abrazarme!
¡Otra vez, y otra vez!—¡Basta! ¡Tu angustia
Me despedaza el corazon! ¡Recibe
Tú mis últimas lágrimas!

Difícil es, sin derramarlas, leer esa escena, en que Espronceda se elevó, á mi juicio, á tanta altura como el mismo Alfieri en el último acto de su *María Estuarda;* pero con la ventaja, para nuestro poeta, de que Blanca de Borbon va á morir inmaculada esposa, miéntras que la infiel consorte de Darnley iba á darle cuenta á Dios de la muerte de aquél, y de su impío casamiento con el asesino.

(1) Como se ve, aquí parece faltar algo; sólo una prenda *tengo*, ó *me queda;* sin ese complemento no hay ni gramática ni sentido.—Téngase en cuenta que nos sirve de texto un borrador, que, como todos los de su género, adolece de faltas, que la lima corrige á su tiempo. Ése le faltó á Espronceda.

ESCENA IV.

BLANCA, EL ERMITAÑO.

La desdichada víctima de D. Pedro, de rodillas ante el crucifijo, invoca ya la misericordia del Redentor, diciéndole contrita:

> ¡Dame resignacion, fuerza bastante
> Para apurar la copa de amargura,
> Perdonar, *como tú*, á mis enemigos,
> Y despreciar la vanidad inmunda
> Que me atormenta el corazon!

Y luégo, volviéndose al ermitaño, prosigue:

> ¡Oh padre,
> En nombre del Señor, oye mis culpas!

Pero entónces, deponiendo ya el disfraz que le oculta, preséntase á los ojos de la atribulada Reina D. Enrique de Trastamara, bajo el hábito de ermitaño, armado de punta en blanco. Fácilmente se comprende su objeto: quiere que Blanca salga de la prision con el traje que á él entrar en ella le ha facilitado; quiere quedarse en el calabozo de la que adora, á esperar la muerte ó á defender la vida con su espada, miéntras que al castillo llegan cien caballeros, que han jurado poner aquella misma noche en libertad á la Reina. Ésta, empero, se niega resueltamente á salvarse á expensas de D. Enrique, cuyos ruegos y elocuencia no alcanzan á que mude de propósito. Oigámosla á ella misma:

> ¡Déjame, tentador! — Yo amo la vida,
> Y la amo á mi pesar; mas, si mi fuga
> Sólo puede lograrse con tu muerte,
> Morir prefiero á la mayor ventura.
> Déjame ahora perecer tranquila,
> Ó un medio noble de salvarme busca.
>
> ENRIQUE.
>
> ¡Blanca, no hay otro!
>
> BLANCA.
>
> ¡Sí, queda la muerte!

No hay réplica posible á decision tan terminante: D. Enrique se ve en la precision de abandonar á Blanca por un momento á su destino, saliendo de la capilla, mas con la inquebrantable resolucion de volver seguidamente con los suyos á tomar por asalto la fortaleza ó perecer en la demanda.

ESCENA V.

Sola Blanca brevísimo plazo, vuelve á orar fervorosamente; mas interrúmpela, helándole la sangre en las venas, la presencia del horrible Abenfarrax, puñal en mano.

ESCENA VI.

El asesino y su víctima están ya frente á frente: él gozándose en su obra de iniquidad; ella procurando en vano ablandar aquel corazon de tigre. Óyese dentro estrépito de armas y voces, que van sucesivamente acercándose. Abenfarrax, sin turbarse, ase de los cabellos á Blanca, y en el momento mismo en que se escucha la voz de Enrique, clamando:

¡Nuestro es el triunfo!

hunde el monstruo su puñal en el inocente pecho de la Reina, y la tiende muerta á sus piés.

ESCENA VII (*última*).

Al espirar Blanca, entra Enrique en la capilla al frente de los conjurados, á quienes Leonor sigue.

Sus primeras palabras son:

¡Libertad, libertad! ¡Blanca!
—¿La buscas?—(exclama feroz Abenfarrax):
¡Mírala donde está!—¡Síguela y muere!

Lánzase entónces el moro, ágil y feroz como un tigre, sobre el Infante, y tírale al pecho una terrible puñalada; mas los filos de su acero se embotan en la armadura del paladin de Blanca, y, al fin, el hijo infame de la diabólica Maga rueda á las plantas de D. Enrique, bañado en su propia sangre.

Justa, pero inútil venganza: la infelicísima Blanca ha sucumbido, y el drama termina con estas palabras de su nunca correspondido amador:

ENRIQUE.

¡Qué horror! ¡Tan pura, tan hermosa y jóven,
Y perderse en su flor! ¡Ah! ¡Dios confunda
Sus enemigos todos, y maldiga
Al que manchado esté de sangre suya!
¡Yo lo juro ante Dios: mi espada, juro
Que hasta vengarla brillará desnuda!

NOTA (A).

Disfruto dos borradores, ambos autógrafos, de la *Blanca de Borbon*, y sigo en este extracto el segundo, corregido y arreglado por el poeta mismo, á mi parecer, con ánimo y propósito de hacer posible la representacion de su drama. De ahí cierta tendencia, en el borrador segundo, á procurarle una regularidad relativa, de que el primero carece con frecuencia; y de ahí tambien las numerosas variantes que en aquél se advierten, comparándole con éste. Muchas son trascendentales; pero ninguna tanto como la que voy á señalar; pues la supresion de unos cuantos, y por cierto magníficos, versos, ha hecho hasta cierto punto incomprensible la loca sed de sangre y el feroz ódio á la raza cristiana que animan á la Maga. Por tanto, me ha parecido indispensable restablecer aquí, en gran parte, el primitivo texto de la escena primera del acto tercero, en su género, para mí al ménos, el mejor del drama.

La Maga termina (en el borrador primero) su copiado parlamento en el verso anotado, y prosigue la escena de esta manera:

ABENFARRAX.

Y yo, en su cráneo, gozaré al beberla,
Y alegre entónces contaré el dinero
Que me valdrá su (*a*) muerte.

LA MAGA.

¡Digno hijo
Del furor implacable que mi pecho
Abrasa sin cesar; vuela, destruye
Hasta el nombre cristiano! — Es un consuelo
Verte resuelto así, para tu madre.
¡Tú vengarás su afrenta y cautiverio!
¡Qué placer la crueldad! — ¡Nunca tu alma
Ablanden los suspiros, los lamentos
Del moribundo que piedad te implore!
¡No le escuches jamás! ¡Negro veneno,
Hiel en el corazon, sangre en los labios,
Será toda tu vida tu alimento!
¡Cuando yo te engendré, cuando naciste,
Yo propia, yo, te consagré al infierno!
¡Mata, destruye, hasta que yo, tu madre,
Te diga: Basta!!

ABENFARRAX.

Mi puñal sangriento
Te responde por mí.

(*a*) No está claro si dice *mi* ó *su*, pero esto último parece más lógico.

LA MAGA.

Sí, tú naciste
Entre horrores y sangre. Mis tormentos
No has conocido tú. ¡Tú no conservas
De la perdida dicha los recuerdos!
Un tiempo fué, cuando tu madre, hermosa,
Reina feliz del africano suelo,
Gozó en su patria venturosos dias
De inocencia y de paz. Brillante un tiempo,
El sol iluminaba sus palacios;
¡Ella pensaba (*b*) su placer eterno!
Mas todo (*c*) lo perdió; viles cristianos
Vencieron (*d*) en la lid; yo misma el fuego
Vi de mi alcázar, contemplé sus ruinas
Ensangrentadas, negras del incendio;
Derribados allí entre los escombros
Vi de los mios los rompidos miembros;
¡Y yo!..... ¡cautiva, sin amparo alguno,
De la crueldad del vencedor fuí el premio,
Que hartó allí mismo su brutal lascivia,
Sobre el cadáver de mi amante mesmo!
¡Y no vertí una lágrima! — Yo entónces
Sentí, furioso, palpitar mi pecho,
Y venganza juré; para saciarla
Yo os evoqué, demonios del *Averno*; etc., etc.

Demonios del *infierno*, dice el borrador segundo, y copio yo en el lugar anotado. ¿Por qué el poeta suprimió entero este pasaje, que explica el ódio de la Maga á los cristianos? Si lo creia, como lo es, más que escabroso para el teatro, ¿por qué no lo suavizó en la expresion, dejando en el fondo lo necesario para que el personaje fuera lógico, ya que es infernal? — No acierto con la clave de este misterio, si no acudo á la precipitacion con que Espronceda escribia, y á la necesidad que acaso le apremiaba para dar pronto al teatro su obra.

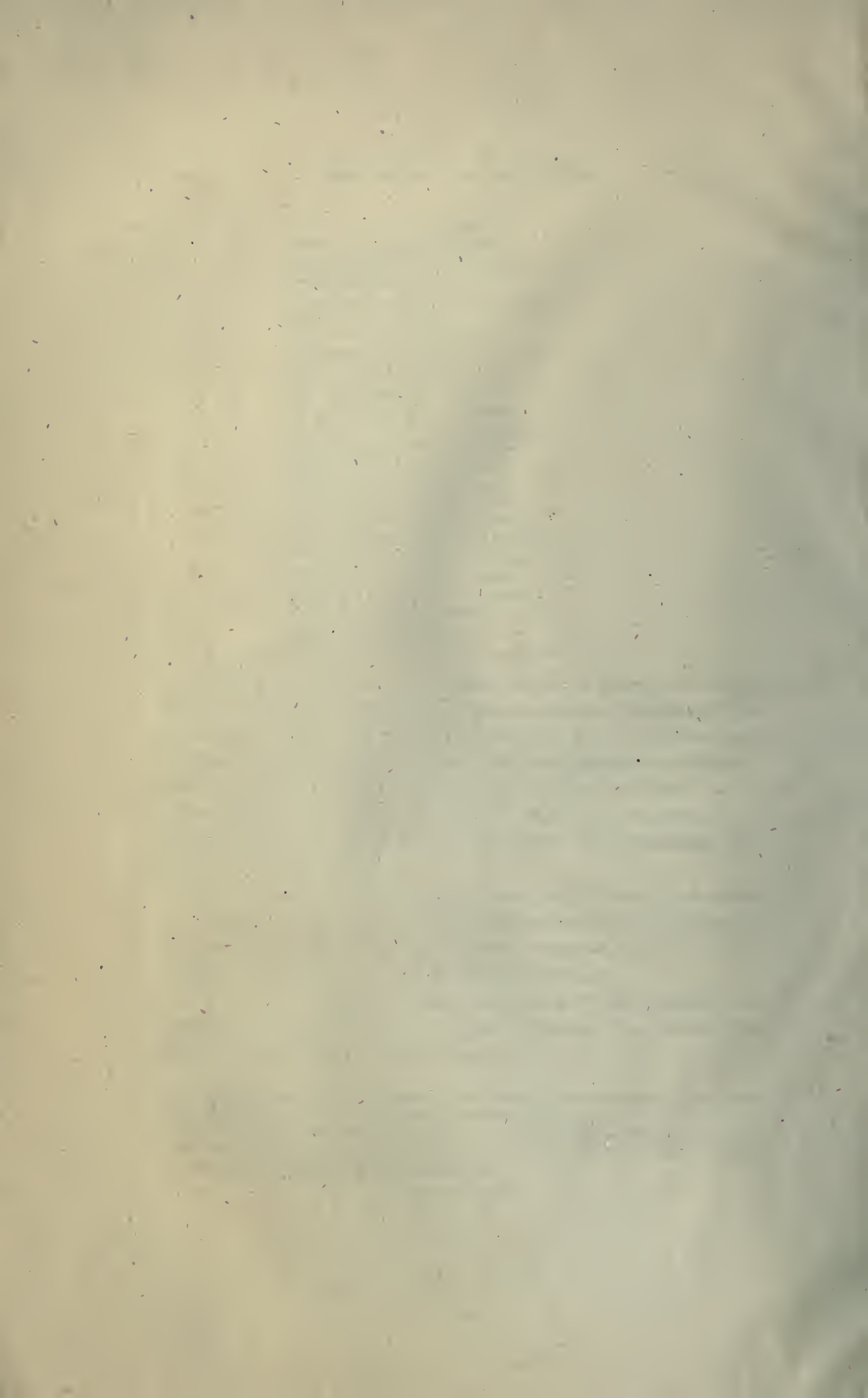
De todas maneras, la Maga, que en el segundo borrador tiene mucho de la *Sycorax* de Shakespeare, se asemeja grandemente en el primero, por su lamentable historia é implacable sed de venganza, á la *Ulrica*, en el *Ivanhoe*, magistralmente por Sir Walter Scott pintada.

Si yo hubiera de publicar ó poner la *Blanca de Borbon* en escena, indudablemente me atendria, en la primera escena del acto tercero, á lo que de primera intencion escribió Espronceda.

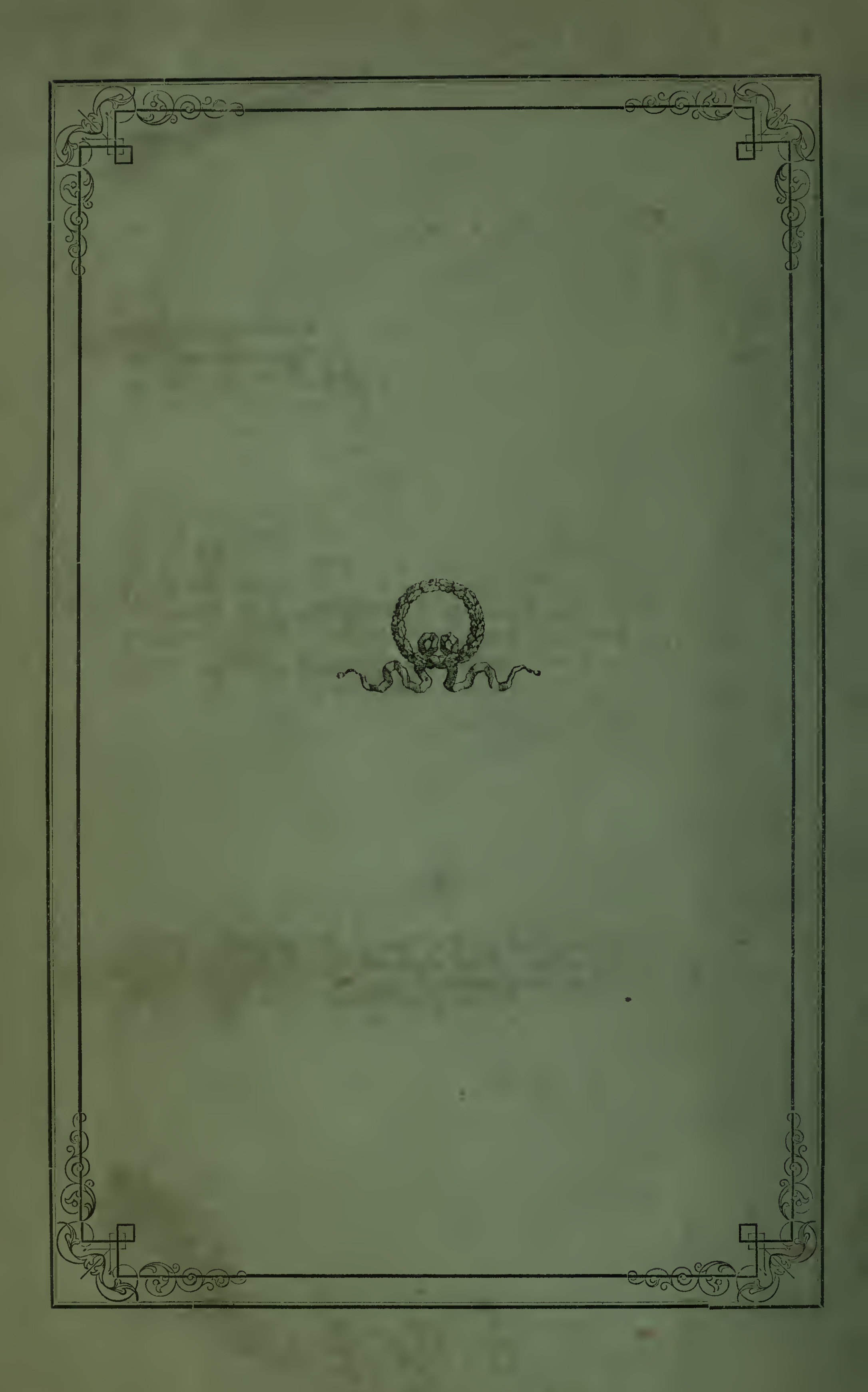
(*b*) Ilegible casi en este pasaje el manuscrito, procedo como se camina en tinieblas: á tientas. Paréceme que dice *pensaba*; y así lo escribo, aunque yo preferiria *juzgaba*.

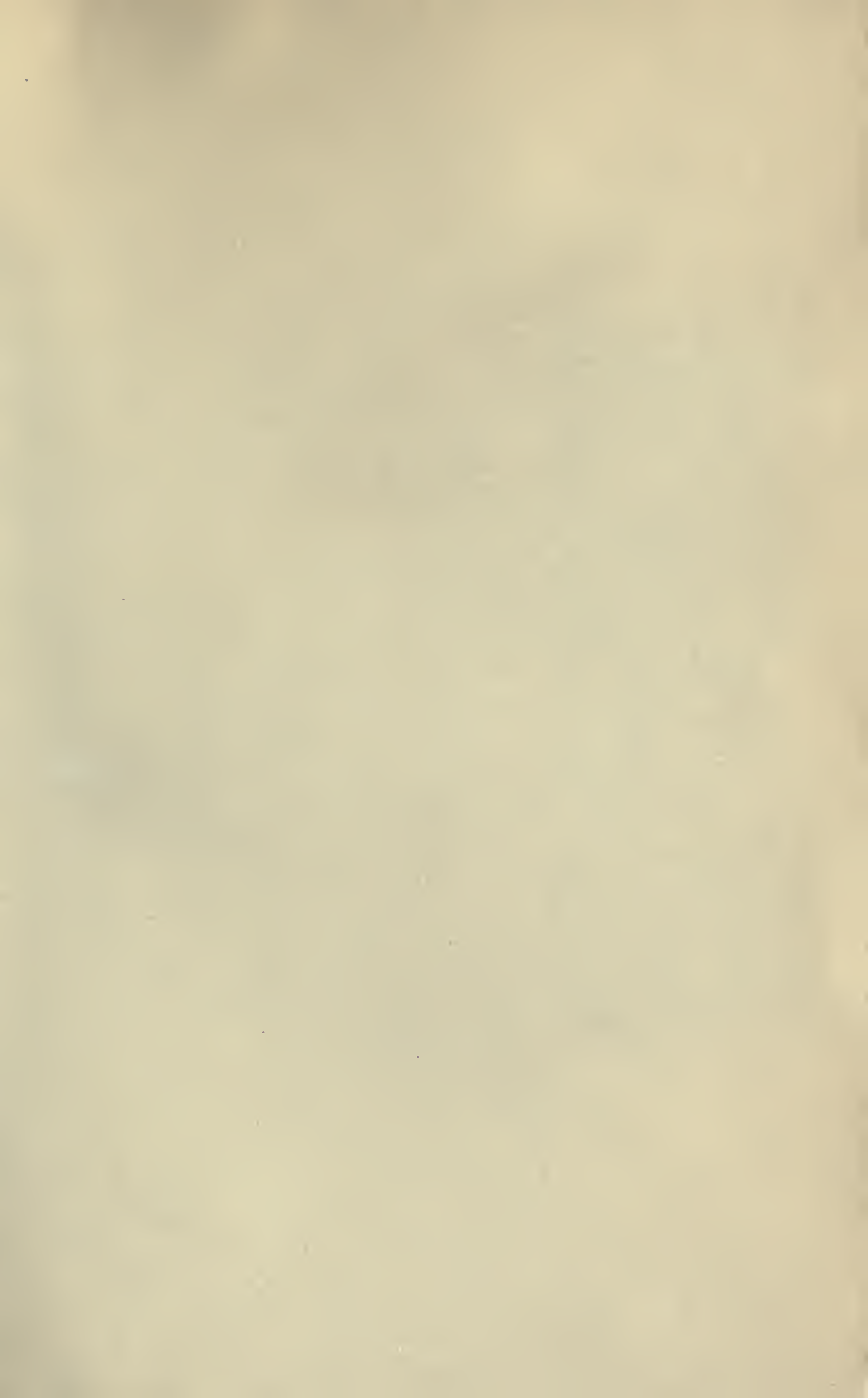
(*c*) (*d*) Destruido el papel en su ángulo superior, por la accion del tiempo, faltan para que los dos versos anotados consten, las palabras que al principio de cada uno de ellos van de bastardilla, porque he creido que podia atreverme á ponerlas de mi cosecha.



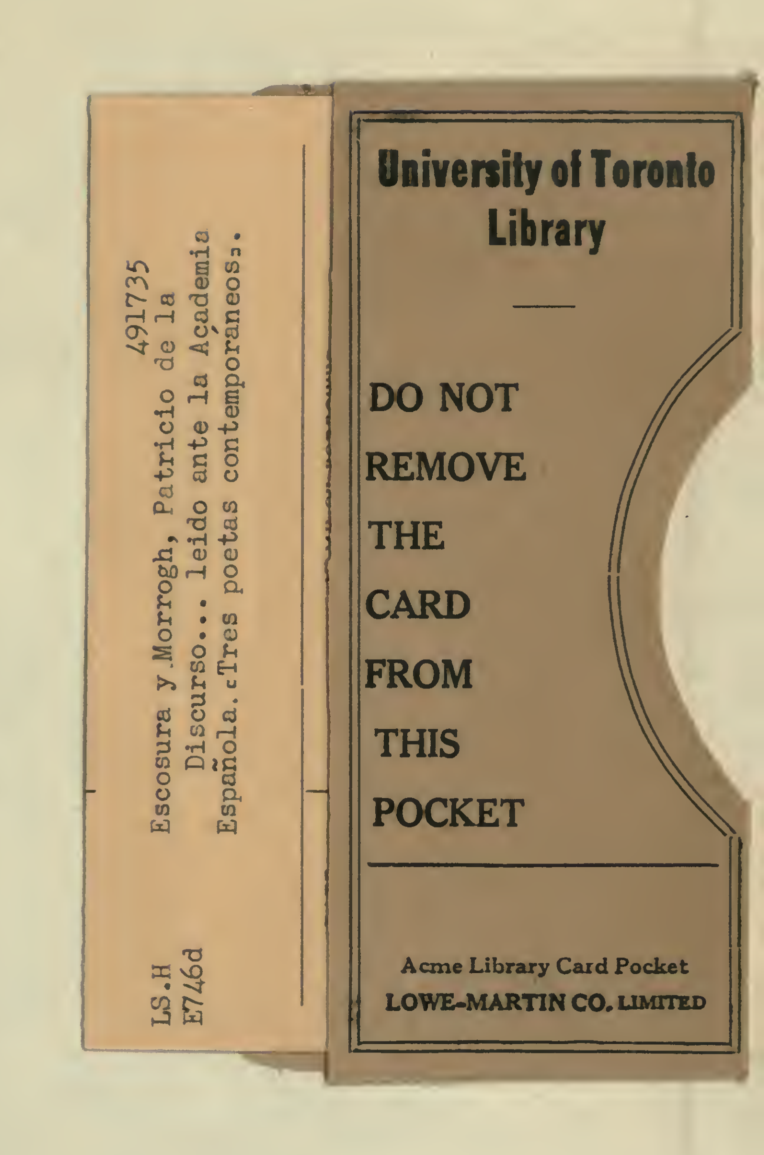











491735
Escosura y Morrogh, Patricio de la
Discurso... leido ante la Academia
Española. Tres poetas contemporaneos.
LS.H
E746d
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

